

José Carlos Bermejo, MI – Bruno Forte
Tomáš Halík – Mark-David Janus, CSP

DIOS en la pandemia

Prólogo del **papa Francisco**

SAL TERRAE
Colección «EL POZO DE SIQUÉN»
429

Walter Kasper
George Augustin (eds.)

José Carlos Bermejo, MI – Bruno Forte

Tomáš Halík – Mark-David Janus, CSP

DIOS EN LA PANDEMIA

Ser cristianos en tiempos de prueba



Grupo de Comunicación Loyola
• Facebook / • Twitter / • Instagram

El presente volumen se publica con la colaboración
del Instituto de Teología, Ecumenismo y Espiritualidad
«Cardenal Walter Kasper»,
con sede en la Escuela Superior de Filosofía y Teología
de Vallendar (Alemania).

Director: Prof. Dr. George Augustin

Traducción:
Álvaro Alemany Briz, SJ
(capítulos 1, 3 y 4)
Blanca Arias Badia
(capítulo 6)
Fernando Montesinos Pons
(capítulo 2)

Grupo de Comunicación Loyola
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria) – España
Tfno.: +34 944 470 358
info@gcloyola.com / gcloyola.com

Imprimatur:
✠ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander
12-06-2020

Diseño de cubierta:
Vicente Aznar Mengual, SJ

ISBN: 978-84-293-2986-5

Dios en la pandemia

«Pedid y se os dará,
buscad y encontraréis».

Pedir y buscar unidos
como el inspirar y el espirar.
Pedir nos abre el corazón
al don de Dios, en su surgir,
en su crecer y en su sazón.
Buscar nos activa enteros
para salir y encontrar el don
que ya crece entre nosotros
al ritmo y forma de lo humano.

Dios sabe lo que necesitamos
y ya ha empezado a dárnoslo
antes que se lo pidamos
y es mayor que nuestros sueños.

En los trabajadores enmascarados,
los laboratorios en silencio,
las rutinas de servidores anónimos,
la soledad intubada y muda,
el vacío respetuoso de las calles,
los templos llenos de ausencias,
las cuatro paredes familiares,
los muertos al sanar a los heridos,
los entierros sin funeral ni llanto,
el cálido aplauso de las ocho
y las insomnes redes digitales,
ya está creciendo un don impredecible
desbordando nuestras oraciones
y las previsiones de los sabios.
¿Qué nueva humanidad se está gestando
en esta tierra que gime su embarazo?

No le pidamos a Dios impacientes
que presione el vientre de la historia

y acelere el parto. Es tiempo
de silencio servicial y expectante.

BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA, SJ

Índice

Prólogo

PAPA FRANCISCO

La crisis del coronavirus nos ha sorprendido a todos, como una tormenta que descarga de repente, cambiando súbitamente a nivel mundial nuestra vida personal, familiar, laboral y pública. Muchos han tenido que lamentar la muerte de familiares y amigos queridos. Muchas personas han caído en dificultades económicas, otras han perdido su puesto de trabajo. En muchos países fue ya imposible celebrar comunitariamente la eucaristía en público ni siquiera en Pascua, la fiesta mayor de la cristiandad, para obtener fuerza y consuelo de los sacramentos.

Esta dramática situación ha puesto en clara evidencia la vulnerabilidad, caducidad y contingencia que nos caracterizan como humanos, cuestionando muchas certezas que cimentaban nuestros planes y proyectos en la vida cotidiana. La pandemia nos plantea interrogantes de fondo, concernientes a la felicidad de nuestra vida y al amparo de nuestra fe cristiana.

La crisis es una señal de alarma, que nos hace considerar con detenimiento dónde se hallan las raíces más hondas que nos sostienen en medio de la tormenta. Nos recuerda que hemos olvidado y postergado algunas cosas importantes de la vida y hace que nos preguntemos qué es realmente importante y necesario y qué tiene solo importancia menor o incluso meramente superficial. Es un tiempo de prueba y de decisión para reorientar de nuevo nuestra vida hacia Dios como apoyo y meta nuestra; nos ha mostrado que, especialmente en situaciones de emergencia, dependemos de la solidaridad de los otros; y nos invita a poner nuestra vida al servicio de los demás de un modo nuevo. Debe concienciarnos de la injusticia global y despertarnos para escuchar el clamor de los pobres y de nuestro planeta, gravemente enfermo.

En medio de la crisis hemos celebrado la Pascua, escuchando el mensaje pascual de la victoria de la vida sobre la muerte. Ese mensaje nos dice que, como cristianos, no debemos dejarnos paralizar por la pandemia. La Pascua nos proporciona esperanza, confianza y ánimo, y nos fortalece en la solidaridad; nos habla de superar las rivalidades del pasado y de reconocernos, más allá de toda frontera, como miembros de una misma gran familia, donde unos llevan la carga de los otros. El peligro de contagio a causa de un virus tiene que enseñarnos otro modo de contagio: el contagio del amor, que se transmite de corazón a corazón. Estoy agradecido por tantas muestras de altruismo espontáneo y de dedicación heroica por parte de cuidadores, médicos y sacerdotes. En

estas semanas hemos sentido la fuerza que procede de la fe.

La primera fase de la crisis del coronavirus, en que no pudo tener lugar ninguna celebración pública de la eucaristía, fue para muchos cristianos un tiempo de doloroso ayuno eucarístico. Muchos percibieron la presencia del Señor donde dos o tres se reunían en su nombre. La transmisión televisiva de la celebración eucarística fue una ayuda de emergencia que muchos agradecieron. Pero la transmisión virtual no puede sustituir a la presencia real del Señor en la celebración de la eucaristía. Por eso me alegro de que podamos retornar de nuevo a la vida litúrgica normal. La presencia del Señor resucitado en su palabra y en la celebración de la eucaristía nos dará la fuerza que necesitamos para solucionar los difíciles problemas que nos llegan tras la crisis del coronavirus.

Deseo y espero que las consideraciones teológicas y los testimonios ofrecidos en el presente libro, *Dios en la pandemia*, estimulen a la reflexión y susciten de nuevo en muchos la esperanza y la solidaridad. Igual que a los dos discípulos que iban de camino a Emaús, también en el futuro va a acompañarnos el Señor con su palabra y al partir el pan eucarístico. Y nos dirá: «¡No tengáis miedo! Yo he vencido a la muerte».



1

El coronavirus como interrupción: suspensión y salida[*]

WALTER KASPER

1. ¿Cómo hemos vivido la crisis?

Llevamos semanas y meses atrapados en la crisis del coronavirus. Aunque todos estábamos y estamos afectados, hemos vivido esta crisis de modos muy diferentes: como afectados directamente por el virus, como familiares de afectados, como cuidadores, médicos, agentes de pastoral; con diferencias y a menudo muy nerviosos en nuestra vida familiar y profesional, como jóvenes o como miembros de grupos de riesgo, en especial de mayores, enfermos, discapacitados, personas que viven en estrecha proximidad mutua en cárceles o alojamientos de emergencia; y todo de modo distinto en China, o en Italia, o también en Alemania; también diferente para quienes acuden regularmente a la iglesia o para quienes no van o solo esporádicamente. Una lista que podría continuar y que llevaría, además, a narrar muchas historias singulares conmovedoras.

Muchas experiencias individuales y, sin embargo, una experiencia común que une a todos en una comunidad de destino. Cierto que estamos ya demasiado acostumbrados a oír cada día noticias de catástrofes. Pero son catástrofes que ocurren en algún sitio lejano, en Asia o África; ahora se trata de una pandemia al pie de la letra, de una crisis que afecta a todo (*pân*) el pueblo (*dêmos*), a todos juntos y a cada uno en particular. Para todos significa una abrupta interrupción del estilo de vida anterior, de las costumbres y de las certezas cotidianas tenidas por evidentes. Nos afecta no solo en nuestra vida individual, sino en el conjunto de la vida pública y además a lo ancho del mundo, con una paralización jamás vivida hasta ahora. Metrópolis llenas de vida, aeropuertos, centros deportivos y de ocio, han quedado de repente como desiertos, sin que nadie pueda dar noticia fiable de cuánto va a durar esto.

Lo que está sucediendo no afecta solo a la vida privada y pública exteriormente, sino que alcanza al mismo corazón de nuestra sociedad moderna. Derechos humanos fundamentales tales como la libertad de movimientos, el contacto personal y la libertad de reunión son restringidos hasta el mínimo absolutamente necesario y, lo que no es

menos importante, se prohíbe el ejercicio público colectivo de la religión en la forma anterior. Hasta ahora, esto solamente se ha visto en Estados totalitarios, pero hoy pasa en Estados liberales, y la grandísima mayoría de los ciudadanos que están en esta situación extraordinaria, pese a algunas quejas, lo consideran razonable, lo asumen y lo cumplen.

Recuerdo todavía los últimos años y meses de la Segunda Guerra Mundial. Con mucha frecuencia no sabíamos cómo y dónde despertaríamos a la mañana siguiente, ni si despertaríamos siquiera. Pero no había una paralización general; la vida seguía, aunque a menudo con dificultades considerables. Muchas iglesias estaban destruidas, pero en las que aún funcionaban tenían lugar celebraciones litúrgicas. Ahora, en cambio, ni siquiera en Pascua, la fiesta mayor del cristianismo, ha habido ninguna celebración pública comunitaria –tampoco en Roma–; lo cual no había ocurrido nunca en casi dos mil años de historia eclesial.

Nada ha evidenciado tanto esta situación global, única en la historia, como lo ha hecho la bendición *urbi et orbi* del papa ante el crucifijo medieval de la Peste procedente de la iglesia de San Marcello al Corso de Roma. Una gran procesión muy concurrida lo llevó por Roma en 1522, año de la peste; ahora el papa está solo ante esa cruz, delante de la casi fantasmal plaza de San Pedro sin nadie, y habla como al vacío, aun cuando a través de los medios está siendo seguido desde todo el mundo. No hay celebración litúrgica en Pascua, para los cristianos de Oriente y de Occidente la fiesta mayor; para los judíos, ninguna fiesta de Pésaj, celebrada desde hace bastante más de dos mil años; ni para los musulmanes el mes de ayuno del ramadán con oraciones en común en las mezquitas y la fiesta conclusiva común de la ruptura del ayuno. Nunca había pasado esto.

El origen del virus no está esclarecido por completo. ¿Estamos ante una imprevisión humana, un accidente de laboratorio, o se trata más bien de una catástrofe de la naturaleza, como un terremoto, una erupción volcánica, un tornado o un tsunami? Que tales catástrofes naturales devastadoras son posibles en cualquier momento en determinadas zonas geográficas, lo mismo que las epidemias, que producen anualmente muchos miles de víctimas, todo esto se sabe y se sabía. Pero se trata de un virus hasta ahora desconocido, de rápida difusión mundial, para el que ni nuestra medicina, tan desarrollada, dispone hasta el momento de ningún remedio. Esto pone en evidencia de un modo nuevo la vulnerabilidad y fragilidad de los seres humanos, sus límites y también su impotencia frente a las fuerzas de la naturaleza, y pone en cuestión novedosamente la fe en el progreso y en la factibilidad. Es experimentar la contingencia de un modo nuevo, singular, extremo.

En justicia, se debe añadir que también hay experiencias de contingencia positivas, gratas. La gran mayoría de la gente ha reaccionado con mucho sentido común, a veces con una creatividad sorprendente y muy a menudo con admirable solidaridad. Hay innumerables informaciones sobre el esfuerzo desinteresado hasta el límite, y aún más allá, de sanitarios, médicos, agentes de pastoral; sobre el compromiso voluntario de jóvenes en favor de personas mayores, sobre la ayuda entre vecinos, sobre la reorganización de la convivencia familiar, a menudo en espacios muy reducidos, con

todo el estrés que lleva consigo. Fuera del estrecho círculo de la familia, las personas viven guardando una distancia espacial entre sí, pero se saben, en mayor medida que hasta ahora, unidas mutuamente en solidaridad de destino.

Como no cabía esperar de otro modo siendo realistas, también ha habido y hay ejemplos de desconsiderado abuso de la crisis, con criminal refinamiento. Pero lo asombroso ha sido que en conjunto han salido a la luz fortalezas internas y grandezas humanas, capacidades de superación propia, que dan un mentís a los juicios negativos generalizadores sobre *el* mundo de hoy y sobre *la* juventud de hoy. La experiencia de que en las personas se esconde más de lo que nos suele parecer da pie a la esperanza que con tanta urgencia necesitamos. Pues, aun cuando abriguemos la razonable expectativa de que en cierto plazo dispondremos de un medicamento, tras la crisis no va a ser lo mismo que antes de ella. Ya ahora tenemos que preguntar: ¿cómo llevaremos la crisis posterior al coronavirus?

No hace falta ser de los que ven todo negro para dar crédito a serios pronósticos que predicen graves repercusiones económicas –y, por tanto, sociales y políticas– a largo plazo. Todos seremos más pobres, unos más y otros menos, lo que a su vez provocará trastornos sociales, conflictos políticos y, sobre todo en Europa, una reorganización internacional.

Las consecuencias de la crisis del coronavirus son comparables principalmente a las del devastador terremoto de Lisboa en 1755. Transcurridos ya más de 250 años, aún no se sabe con exactitud lo que desencadenó tal catástrofe natural. Pero sí se sabe que aquel seísmo devastador conmovió y cambió hasta lo más profundo toda la cultura de entonces y la filosofía de la Ilustración. El temblor significó el final del optimismo y de la fe en el progreso de la Ilustración. Toda una época de la historia de Europa llegó entonces a su fin.

La crisis del coronavirus va a tener también repercusiones en nuestras certezas como civilización, como sociedad, como culturas; unas consecuencias que hoy casi nadie puede prever aún con detalle. En el terreno médico, superaremos el coronavirus; pero en el intelectual, en el cultural, también en el teológico, el virus nos va a tener aún mucho tiempo atrapados y ocupados.

2. ¿Cómo entender la crisis?

La pregunta teológica del terremoto de Lisboa era la cuestión de la teodicea: ¿cómo puede permitir tal cosa un Dios bueno y todopoderoso? Esta cuestión se consideraba en el siglo XIX «la roca del ateísmo» (Georg Büchner). En el siglo XX, la cuestión de la teodicea cobró nueva actualidad tras el crimen inaudito que ha quedado ligado al nombre de Auschwitz. Con el bárbaro asesinato de millones de personas, fríamente planificado e industrialmente ejecutado, la cultura europea occidental tal como hasta entonces la conocíamos se hizo humo junto al humo de los crematorios.

La crisis del coronavirus es de otro tipo. Aun cuando al principio pudo haber fallos humanos, no es una crisis producida por el hombre, sino una catástrofe natural de

dimensiones mundiales. Ha sido lo que filosóficamente se llama un suceso contingente, esto es, un suceso no necesario en virtud de una ley natural, pero posible. Ha ocurrido algo que no es necesario, pero evidentemente sí posible, algo que nos ocurre, nos pasa y nos afecta (*contingere*)[1].

En cuanto tal problema de contingencia, hemos de hablar de la crisis del coronavirus filosófica y teológicamente. La pregunta es: ¿cómo podemos los seres humanos hacer frente a esta y otras muchas formas de contingencia inevitable de la realidad y de la vida? Esta es una pregunta no abstracta, sino existencial y muy concreta, que –como esperamos mostrar– alcanza también a lo político y a lo eclesial.

El problema no es nuevo. Los griegos estaban fascinados por el orden y la hermosura del cosmos; hoy nosotros sabemos mucho más aún del admirable orden que hay tanto en el macro- como en el microcosmos hasta el ámbito atómico y subatómico, y también hasta las más pequeñas estructuras genéticas y celulares de la vida. Pero ya Aristóteles tenía conocimiento de la problemática de la contingencia, y nosotros, al menos desde la teoría cuántica y la teoría de la relatividad (Werner Heisenberg y Albert Einstein), por no hablar ya de la teoría del caos, sabemos que la realidad no procede, como pensaba Isaac Newton en los siglos XVII-XVIII, al modo de un gran reloj mecánico, y que la evolución del universo desde la explosión inicial y desde las amebas hasta el *Homo sapiens* no transcurre linealmente, sino que hay que pensarla según la ley del azar y la necesidad (Jacques Monod).

Siguiendo a Aristóteles, Tomás de Aquino profundizó en el problema de la contingencia. Lo plantea en principio, es decir, mirando a la realidad en su conjunto como cuestión fundamental de la metafísica, tal como más tarde la formularon Leibniz, Schelling, Heidegger: «¿Por qué existe algo en vez de nada?». Todo lo real es manifiestamente posible, pero no necesario; podría ser de otro modo y podría no ser. ¿Por qué no es nada, por qué es algo? Esto solo es posible, según Tomás, si existe algo que no puede no ser, es decir, que es necesario. Es lo que todos llaman Dios[2]. Esto es lo que se designa como la tercera de las cinco pruebas de Dios de Tomás de Aquino. Pero Tomás mismo era lo bastante inteligente como para no hablar de cinco pruebas, sino de cinco vías hacia Dios, es decir, cinco caminos para mostrar que la fe en Dios, que entonces se daba universalmente por supuesta, era intelectualmente responsable y, por tanto, ajustada a razón.

Dios es el fundamento último de todo ser; está presente en todo lo que es y lo que sucede, pero al mismo tiempo está por encima de todo. En cuanto da ser a todo lo que es y le hace ser, lo quiere en su ser propio, en su actuar propio, en su propia autonomía[3]. Por ello es imposible atribuir inmediatamente a Dios una catástrofe natural y amenazar con ella o proclamarla castigo de Dios. Tampoco debemos interpretar el éxito y el bienestar como recompensa de Dios a la conducta moral o como señal de especial predilección de Dios, como hace la *prosperity theology* de algunas Iglesias libres[4]. La desgracia de tal argumentación seudoteológica nos viene expuesta ya en el libro veterotestamentario de Job. Por mucho que todo cuanto es y cuanto acontece esté fundado, en definitiva, en la providencia divina, los pensamientos de Dios no son

nuestros pensamientos; como el cielo está por encima de la tierra, así los pensamientos de Dios están por encima de los nuestros (cf. Is 55,8s)[5].

También para hacer sitio a la fe, Kant sometió las pruebas de Dios, y con ellas todo el edificio de la metafísica, a una crítica fundamental, de la cual ya no se han recuperado nunca por entero las pruebas de Dios. Pues, sea cual fuere el juicio que a uno le merezca la crítica de Kant, puso en evidencia que las pruebas de Dios dependen de muchos presupuestos epistemológicos y ontológicos que uno puede argumentar, pero que también muchos rechazan. Su debilidad está en que fundamentan con una lógica formal abstracta lo que tiene una significación existencial básica para el sentido y la meta de la vida, siendo por ello una cuestión que afecta a cada persona en la totalidad de su existencia y, por tanto, debe ser objeto de una decisión libre.

Este es el punto desde el que Kant aborda de nuevo la cuestión. Parte de la libertad del ser humano y pone en claro que mi libertad solo puede tener pleno sentido si el mundo en que vivo es un posible espacio de libertad. Lo cual, a su vez, solo es posible si la libertad humana y la naturaleza están determinadas por una libertad mayor que abarca a ambas. Dios es, por ello, un postulado de la libertad. Tras Kant, esto ha llevado en Fichte, Schelling, Hegel, a los grandes bosquejos sistemáticos idealistas, que, partiendo de una libertad absoluta, entienden el mundo y la historia como una gran historia de libertad.

Si uno declara razonable todo, se pregunta de dónde viene lo mucho no razonable que hay en el mundo, y, en primer término, el mal destructivo en la historia de la humanidad. Bajo el incesante bombardeo de la experiencia de la contingencia, se han venido abajo los sistemas idealistas. El mundo contingente no se deja comprimir en un sistema[6]. Marx quiso poner patas arriba el sistema hegeliano e interpretar las ideas como reflejo de las condiciones socioeconómicas; Friedrich Nietzsche entendió a Dios como expresión del resentimiento. La muerte de Dios fue para él la buena noticia de que ahora vive el superhombre[7]. Finalmente, el pensamiento posmoderno ha proclamado el fin de todos los metarrelatos, tanto del idealismo como del marxismo[8].

Con la deconstrucción de Dios le ha salido ciertamente un problema a nuestra época postidealista y posmoderna. El ser humano se encuentra ahora solo y perdido en el ancho mundo, no siempre amigable para con él. Entonces se apodera de él la angustia, como ya analizaron el Schelling maduro y después Kierkegaard y Heidegger. Es un talante fundamental del hombre moderno. Si Dios ha concluido su servicio, si ya no se le necesita o se ha vuelto indiferente, entonces nosotros, los humanos, hemos de tomar el problema de la contingencia en nuestras manos y hacer nosotros mismos de providencia.

Eso es justo lo que ha emprendido la moderna sociedad burguesa. Intenta dominar la naturaleza, o al menos asegurarse contra las iniquidades de la naturaleza. La razón contemplativa se ha vuelto una razón técnico-instrumental que apuesta por lo factible. La naturaleza pasa a ser mero material y es explotada como tal. A ello se añade la prestación de los servicios de interés general, esto es, la economía. Ya no es solamente un medio para la prestación de los servicios de interés general, sino que se convierte en contenido, sentido y objetivo de la existencia. Lo que cuenta es el logro y el éxito. Las cosas son

valoradas por su utilidad y su valor de cambio; en definitiva, por su valor económico. Para que esto funcione, el mundo de la vida ha de estar bien organizado y administrado. Se requiere una forma burocrática de dominio, que regule, a ser posible, todo y lo controle democráticamente. La política queda reducida a una acción planificadora dictada por constricciones objetivas. El objetivo supremo es la seguridad.

No habría hecho falta la crisis del coronavirus para mostrar que esas cuentas no salen. Ya las repetidas crisis económicas y financieras ponen de manifiesto que un capitalismo desbocado y desenfrenado divide a la sociedad y a los pueblos en pobres y ricos y mata a las personas. La crisis ecológica lleva a la visión de que el manejo irreverente y la explotación desaprensiva de la naturaleza hacen inhabitable esta Tierra y destruye la base misma de la vida. La crisis del coronavirus ha conducido al cuasiapagón y a una paralización económica y social generalizada, que al final golpea al núcleo del orden político liberal burgués. El virus ha puesto en cuestión el sentimiento burgués de seguridad. La contingencia nos ha arrastrado.

También la sociedad burguesa ha visto que es imposible una seguridad total; siempre queda un resto de riesgo. No tenemos en nuestras manos la vida ni, sobre todo, la muerte. Por eso es irrenunciable la religión. Es necesaria para salir adelante con la contingencia; ahora tiene la función de consuelo[9]. En la fe sabe uno que el mundo no es fatalista o determinista, ni tampoco es mero azar. Nos está permitido confiar en la providencia de Dios y sabernos, en el fondo, sostenidos por Dios[10].

Sin embargo, esta religión aburguesada liberal no puede ofrecer más que un consuelo desconsolado. En ella la religión y la fe no poseen valor propio; están funcionalizadas y acaparadas. La fe es un trascender sin trascendencia (Ernst Bloch), una sublimación simbólica de algo que, de todos modos, ya es. No cambia nada de las condiciones contextuales; al contrario, las estabiliza. La religión civil es, así, una ideología del mundo vital burgués. En cuanto factor cultural, sigue siendo estimada y cuidada, porque la técnica y la economía no pueden satisfacer solas las necesidades anímicas, ético-pedagógicas y estéticas. Igual que todo lo demás, la religión es objeto de consumo como satisfacción de necesidades. La Iglesia se vuelve Iglesia de servicios.

Sören Kierkegaard practicó desde el principio una crítica del cristianismo burgués que tuvo amplia repercusión. Según Kierkegaard, la cristiandad existente ha suprimido el cristianismo al suprimir lo escandaloso del mensaje cristiano[11]. Vive en una seguridad adormecida y nada apasionada[12]. Se ha convertido en una Iglesia triunfante de interioridad escondida, que ya no se parece a la Iglesia combativa[13].

Siguen su estela dos mártires del siglo XX. Dietrich Bonhoeffer critica en sus cartas y apuntes desde el cautiverio, *Resistencia y sumisión*, que Dios es expulsado del mundo una vez que este ha llegado a la mayoría de edad, y ya solo sirve como tapaagujeros para responder a las llamadas cuestiones últimas[14]. Alfred Delp no deja de reconocer en el estilo de vida burgués la grandeza que un día tuvo, pero ahora este está anquilosado en todas las posibles seguridades y garantías y ha conducido hasta un tipo de hombre «ante el que incluso el Espíritu de Dios, pudiera decirse, se halla perplejo y no encuentra cómo entrar en él». Este hombre burgués también se ha difundido en la Iglesia con posesiones,

poder, una existencia cuidada, un modo de vida asegurado. La Iglesia burocrática es, en gran parte, obra del hombre burgués[15].

En la teología ha sido sobre todo Johann Baptist Metz quien, siguiendo a Max Horkheimer y Theodor Adorno, ha mostrado la dialéctica interna de la Ilustración[16] y ha criticado la teología trascendental y existencial como introducción del pensamiento burgués en la teología y la Iglesia. Estas se abandonan a la Ilustración abrazándola y dejándose abrazar por ella[17]. La teología y la Iglesia no pueden superar su crisis porque expulsan al demonio con el poder de Belzebú y se venden a la conciencia burguesa.

La cristiandad se halla, así, como un árbol deshojado tras una tormenta al final del otoño. ¿Es que las iglesias vacías, la plaza de San Pedro vacía son, pues, un símbolo externo del vacío interno? ¿Son las iglesias vacías mausoleos del Dios muerto, como se mofaba Nietzsche? ¡No! Pedro estaba ahí bajo la figura de su sucesor anunciando la resurrección: «Christus vivit». Ha resucitado. Sobre este fundamento ha de recapacitar la Iglesia. Sobre esta roca del Evangelio puede edificar.

3. ¿Cómo superar la crisis de la Iglesia?

No es tarea ni competencia de la Iglesia y la teología hacer propuestas para una estrategia de salida ni para superar los retos económicos, sociales y políticos consiguientes a la crisis del coronavirus. Pero sí se puede esperar una orientación básica, que en este contexto es posible con solo unos pocos enunciados[18].

1. Como cristianos, tenemos que saber en primer término quiénes somos, de qué vivimos y qué esperamos. Para mí fue más que una casualidad que la crisis se pusiera de manifiesto especialmente en Pascua. Pues la Pascua ha retirado la piedra que tapaba el sepulcro y ha traído la noticia del Dios que da vida a los muertos[19]. No se ajusta a ningún esquema. El acontecimiento pascual atestigua la libertad soberana de Dios, aguijón contrafáctico, que excluye toda acomodación a plantillas previas y abre nuevas perspectivas. Es contingencia pura, pero al mismo tiempo testimonio de la fidelidad inquebrantable de Dios, con la que obtenemos en la fe un suelo y soporte firme en la inconsistencia del mundo. Solo podemos hablar del reino de Dios con imágenes y parábolas, pero el dicho «el reino de Dios y su justicia» muestra que ese mensaje no es indiferente a la clamorosa injusticia presente en el mundo. Es más que satisfacción de necesidades, más que futuro planificado tecnocráticamente y controlado por ordenadores. No es una utopía intramundana, ningún hurra, sino un amén[20], un «Sí, así es», y, por tanto, una llamada a convertirse de los falsos dioses y a la vez un envío al mundo.
2. La nueva creación comenzada en Pascua nos remite a la primera creación. Ya en el Génesis recibe el ser humano la encomienda mundial y cultural de proteger y cuidar la Tierra. Una encomienda que enseguida es desarrollada y sublimada por

la fundación del orden sabático, el cual interrumpe el orden laboral y económico y establece el ritmo del tiempo. La santificación del sábado afirma que el ser humano no es solo animal de labor y que el reposo sabático no es descansar del trabajo y recargar fuerzas para seguir trabajando. Es hacer una pausa con el fin de tener tiempo para Dios y para los hombres, para la familia, los amigos, el trato social. El tiempo de Dios es tiempo del hombre. La gloria de Dios es el hombre vivo (Ireneo de Lyon). El culto y la distracción, el culto y la cultura, están ligados entre sí. A un mundo que no tiene ya tiempo, sino que ya solo descansa y corre, hay que decirle: Es tiempo de tener tiempo. Para sobrevivir de modo humano, hay necesidad de un nuevo orden sabático.

3. La nueva creación no se inicia en la mañana de Pascua, sino que comienza ya el Sábado Santo. El *descensus ad inferos* es poco considerado en la Iglesia occidental, pero en las orientales está en el centro del acontecimiento pascual[21]. Jesús desciende al reino tenebroso de la muerte y de los muertos. Es la victoria sobre el poder y los poderes de la muerte, y la solidaridad con los muertos, los asesinados, los olvidados, con todos los que carecen de futuro y viven en sombras de muerte, porque se les considera poco útiles y son por ello descartados. Es algo más que un callado recuerdo a los muertos y una cultura memorial: es memoria actualizadora de que estamos subidos a hombros de quienes nos han precedido. Su nombre queda registrado permanentemente en la memoria de Dios, en quien ahora viven y descansan en paz. Sin ese origen no tenemos ningún porvenir. Lo cual contradice a una orientación unilateral desde el progreso y el futuro, que, sin un origen, ha perdido su rumbo.
4. Pascua es la fiesta de la libertad cristiana. *Libertad* es una palabra grande, la palabra clave de la modernidad. No podemos renunciar a ella; la hemos de defender. Pero la libertad cristiana no tiene nada que ver con una libertad egoísta de frío cálculo, con el culto de la autorrealización personal, que enseguida se vuelve autocompasión, ni, desde luego, nada con la arbitrariedad personal. Es libertad liberada, redimida, que se hace efectiva en el amor (cf. Gal 5,1.6). Está libre del apego a uno mismo, y por ello está libre para los demás. Se muestra en el compartir, en la solidaridad con que uno lleva la carga del otro (cf. Gal 6,2). La misericordia se hace cargo de la necesidad contingente concreta. No considera la necesidad como un caso social previsto en el ordenamiento social; es justicia relativa a la situación de penuria concreta. Por sus llagas reconocieron los discípulos al Señor resucitado. El criterio identificativo de los cristianos es conocer a Jesucristo en las llagas del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, la cual está presente ocultamente en toda la historia de la humanidad desde el justo Abel (Mt 25)[22]. La Iglesia ha de estar presente en el mundo como audacia en pro de los demás; solo es Iglesia como Iglesia por los demás[23]. Su futuro radica en el retorno de las Iglesias a la diaconía[24]. La Iglesia como hospital de campaña y de emergencia (Papa Francisco).
5. El Resucitado se apareció a sus discípulos en comidas. Pascua y eucaristía están

indisolublemente ligadas entre sí. Lo malo de la Pascua de este año fue la ausencia de celebraciones eucarísticas, y fue peor aún que, según algunas encuestas, solo lo percibieran así relativamente pocos. El papa puso un contrasigno en la plaza de San Pedro. Impartió la bendición *urbi et orbi* de modo inhabitual: la impartió con la custodia y demostró que solo tendremos futuro y vida con el pan eucarístico de la vida. La eucaristía es comida, y no podemos compartir el pan eucarístico sin compartir también el pan cotidiano. Pablo nos muestra que nosotros no separamos ambas mesas, aunque debemos distinguirlas (cf. 1 Cor 11,34). Por tanto, la eucaristía no es solo comida. Por eso en la plaza de San Pedro precedió a la bendición con el Santísimo la adoración eucarística. Jesús mismo celebró la Última Cena con la perspectiva de la comida escatológica en el reino de Dios. Esto nos lleva al Apocalipsis, el último libro de la Biblia, en el que la celebración de la eucaristía viene descrita como eco y anticipo de la liturgia celestial ante el Cordero inmolado y glorificado, que con su sangre nos ha hecho reyes y sacerdotes (cf. 5,8-10). Para captar esto, nos queda por delante un largo camino en la renovación pascual de la liturgia.

6. Ya el testimonio pascual más antiguo del Nuevo Testamento muestra que no hay testimonio pascual sin testigos de la Pascua, ante todo Pedro y los Doce (cf. 1 Cor 15,3-5). Ciertamente, todos los cristianos reciben en el bautismo la luz pascual y deben dar testimonio de ella. Pero están los testigos apostólicos auténticos. Cómo han de hacer ellos su irrenunciable servicio lo estableció Jesús, la noche antes de morir, en el nítido ejemplo del lavatorio de los pies. Puso cabeza abajo la pirámide jerárquica. Apunta hacia abajo; no debe dominar, se le asigna el servicio de los esclavos. De hecho, todos los llamados apóstoles murieron mártires. Algo para tomar en consideración cuando se habla de la futura forma de vida de los sacerdotes (y de los obispos)[25].

Hay un ejemplo de ello: san Martín de Tours, patrón de la iglesia y la diócesis de mi patria chica. Al dividir su manto, quedó grabado en la memoria hasta hoy como icono del amor cristiano al prójimo. Un mosaico en San Vitale de Ravena le muestra además el primero en la fila de los confesores discípulos de san Hilario, Padre de la Iglesia, que defendió contra los arrianos la verdadera divinidad de Jesucristo. Finalmente, si se sigue el relato de su vida en Sulpicio Severo, mantuvo el ideal monacal preconstantiniano de obispo tras el giro constantiniano, cuando la mayoría de los obispos se acomodaron con sorprendente rapidez a la Iglesia imperial. Para mí es san Martín, como obispo entre épocas, el modelo de obispo en una Iglesia episcopal no clerical de la era posconstantiniana; el patrón de una Iglesia en renovación tras el coronavirus.

[*] Los capítulos 1, 2, 3, 4 y 6 de este libro fueron publicados originalmente en 2020 bajo el título *Christsein in der Corona-Krise: Das Leben bezeugen in einer sterblichen Welt*, por Matthias Grünewald Verlag, de Schwabenverlag AG, Ostfildern, Alemania. El título original de este primer capítulo es «Corona-Virus als Unterbrechung – Abbruch und Aufbruch».

[1] Cf. art. «Kontingenz», en *Historisches Wörterbuch der Philosophie 4, 1976, 1027-1038.*

[2] *S. th.* I q. 1 a. 3; *S. c. g.* I, 13.

[3] *S. th.* I q. 8 a.1-3. El Concilio Vaticano II ha enseñado explícitamente la autonomía relativa de toda realidad creada y cultural, cf. Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 36, etc.

[4] Se discute la tesis defendida por Max Weber en *Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus* (1904), según la cual el éxito y el bienestar se concebían en la mentalidad reformada-puritana como recompensa por la renuncia y la abnegación, lo que sentó los fundamentos del pensamiento capitalista y, en definitiva, lo legitimó.

[5] S. WEBER, *Warum greift der gute Gott nicht ein? Die Allmacht Gottes in zeitgenössischen theologischen Ansätzen und das Problem des* malum naturale, Freiburg i. Br. 2013.

[6] Esto no significa que no haya minúsculas convicciones falaces de idealismo vulgar. Se atribuye a Hegel el dicho «Si los hechos reales no concuerdan con la teoría, tanto peor para ellos». De modo similar, dicen que Albert Einstein respondió así a una pregunta sobre una posible prueba de realidad contra su teoría: «Lo siento por el buen Dios. La teoría sí que es correcta». Christian Morgenstern lo dijo a su modo: «Y así, concluye tajantemente que lo que no puede ser no puede ser». Hoy vemos que ha irrumpido una época posfáctica: cuando los hechos no se ajustan a la opinión preconcebida, se deben desechar. Uno encuentra entonces datos alternativos, que son *fake news*, pero de los que, si se ajustan al prejuicio, se echa mano ávidamente y se les presta fe. Podemos formularlo de modo muy exigente: no hay hechos puros; los hechos solo se dan en un contexto, una constelación, un constructo mental, una cosmovisión o una ideología. Con formulación política: en el mundo global hipercomplejo, uno no se siente en casa nunca; se busca arraigo en un mundo abarcable y se cree haberlo encontrado en el neonacionalismo, en el retorno al Estado-nación propio, a pesar de que justamente el nacionalismo es el que desencadenó las dos guerras mundiales del siglo XX. Y ¿no sucede que a veces a los jóvenes les quedan muy estrechas su casa y su patria chica y que eso los saca al ancho mundo? El burgués con gorro de dormir difícilmente va a ser la respuesta a las preguntas de hoy.

[7] F. NIETZSCHE, *Die fröhliche Wissenschaft*, en WW 2, ed. Schlechta, 126s [trad. esp.: *La gaya ciencia*, por ej. EDAF, Madrid 2002].

[8] Jean-François LYOTARD, *Das postmoderne Wissen*, ed. Peter Engelmann, Wien 2012 [trad. esp. del orig. fr.: *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid 1987[4]].

[9] H. LÜBBE, *Religion nach der Aufklärung*, Graz 1986.

[10] Cf. H. KÜNG, *Christsein*, München 1974 [trad. esp.: *Ser cristiano*, Trotta, Madrid 2019[6]]. Una obra que no por casualidad se ha convertido en *bestseller*, pero que hay que defender de una crítica precipitada, porque su autor, debido a que en un principio siguió la teología de Karl Barth, está suficientemente vacunado contra una recaída flagrante en el virus de la teología liberal.

[11] S. KIERKEGAARD, *Einübung ins Christentum* (1850), en *Ges. Werke* 26, Düsseldorf o. J., 101-105 etc. [trad. esp.: *Ejercitación del cristianismo*, Trotta, Madrid 2009].

[12] *Ibid.*, 115.

[13] *Ibid.*, 210s; 218ss.

[14] D. BONHOEFFER, *Widerstand und Ergebung: Briefe und Aufzeichnungen aus der Haft*, ed. de E. Bethge, reedición, München 1977, 356s; 373s; etc. [trad. esp.: *Resistencia y sumisión: Cartas y apuntes desde el cautiverio*, Sígueme, Salamanca 2018[2]].

[15] A. DELP, *Im Angesicht des Todes*, Frankfurt a. M. 1961, 210-213.

[16] M. HORKHEIMER y T. W. ADORNO, *Dialektik der Aufklärung*, Frankfurt a. M. 1969 [trad. esp.: *Dialéctica de la Ilustración: Fragmentos filosóficos*, Trotta, Madrid 2016[10]].

[17] J. B. METZ, *Glaube in Geschichte und Gesellschaft: Studien zu einer praktischen Fundamentaltheologie*, Mainz 1977 [trad. esp.: *La fe en la historia y la sociedad: Esbozo de una teología política fundamental para nuestro tiempo*, Cristiandad, Madrid 1979]; desde otro punto de partida, J. Ratzinger/Benedicto XVI. Por ser representativo de muchas de sus publicaciones, remitimos al diálogo entre J. HABERMAS y J. RATZINGER, *Dialektik der Säkularisierung: Über Vernunft und Religion*, Freiburg i. Br. 2005 [trad. esp.: *Dialéctica de la secularización*, Encuentro, Madrid 2006].

[18] Ya en mi lección inaugural de Münster «Evangelio y dogma» (1964), tras examinar el idealismo y su crisis en el Schelling maduro, puse los fundamentos de una teología que parta del Evangelio, y desde entonces he procurado una y otra vez desarrollarlos: WKGS 7, 2015 [trad. esp.: «Evangelio y dogma», en *Evangelio y dogma*, *Obra completa de Walter Kasper* 7, Sal Terrae, Santander 2018, 29-42].

[19] A este respecto sigue siendo digno de lectura el documento del Sínodo de Wurzburgo *Nuestra esperanza*

(1971-1975).

[20] S. KIERKEGAARD, *loc. cit.*, 110.

[21] La teología del Sábado Santo en H. U. VON BALTHASAR se halla en *Mysterium salutis* 3/2, Einsideln 1969 [trad. esp.: Cristiandad, Madrid 1971, 237-262].

[22] CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 2.

[23] D. BONHOEFFER, *loc. cit.*, 413.

[24] A. DELP, *loc. cit.*, 139s.

[25] Algunos pueden señalar que, según el Evangelio de Juan, fue María de Magdala la primera testigo de la Pascua (Jn 20,11-18). De hecho, es venerada con razón como *apostola apostolorum*. Ella sacudió y despertó a los lánguidos, resignados y angustiados apóstoles. Esto se ajusta perfectamente a la imagen que Edith Stein desarrolla sobre el oficio y la misión de la mujer en la Iglesia. Cristo las ha llamado a una íntima unión consigo, «como mensajeras de su amor, como anunciadoras de su voluntad a reyes y papas, como precursoras de su soberanía en el corazón de los seres humanos. Una vocación superior a la de *sponsa Christi* no puede haber, y quien ve abierto este camino no demandará otro» (*Beruf des Mannes und der Frau nach der Natur- und Gnadenordnung*, en WW 5, Louvain-Freiburg 1959, 43 [trad. esp.: *Vocación del hombre y de la mujer según el orden de la naturaleza y de la gracia*, en *Obras completas* 4: *Escritos antropológicos y pedagógicos*, 271-296, Monte Carmelo, Burgos 2005]).

2

La fe en el Dios de Jesucristo y la pandemia[*]

BRUNO FORTE

1. El desafío

El mundo de antes del coronavirus se había caracterizado cada vez más por la experiencia de la «globalización», llevada a cabo de manera relativamente reciente y rápida en beneficio de los grandes organismos de poder económico y político, generalmente sobre la base de la explotación de los pueblos considerados «dependientes» y a expensas de las áreas consideradas «desechos». El proceso se ha ido desarrollando en el sentido de una «globalización de la indiferencia», basada en el egoísmo y la avidez de las potencias fuertes y en el mantenimiento de los sistemas de dependencia favorables a ellas. Hubo incluso quien consideró el extraordinario desarrollo de los países avanzados como el signo de la culminación de la historia, por fin conseguida: así, Francis Fukuyama –politólogo estadounidense de origen japonés– había llegado a afirmar que «si ahora nos encontramos en un punto en el que no podemos imaginar un mundo sustancialmente distinto del nuestro, en el que el futuro constituya una mejora fundamental de nuestro orden actual, tenemos también que considerar la posibilidad de que la historia misma haya llegado a su fin»[1].

Según esta lectura, el fin de la historia no es el de los acontecimientos, mucho menos de los más grandes y más graves, sino el de la historia entendida como proceso evolutivo único y coherente, que abarca las experiencias de todos los pueblos en todos los tiempos: en la cima de este proceso se encuentra –a juicio de Fukuyama– la «democracia liberal» según el modelo americano, que constituiría el punto de llegada de la evolución ideológica de la humanidad y la forma de gobierno definitiva entre los hombres, presentándose así como «el fin de la historia». De esta visión –divulgada por las vías de la información mundial– deriva fácilmente la pretensión de tener que defender el resultado alcanzado al precio de un desinterés total por las necesidades y los derechos ajenos: el «primero nosotros», teorizado, por ejemplo, en el eslogan «America first», de Donald Trump, e inspirador de procesos de desgarro y de cierre a los otros, como el Brexit, expresa una jerarquía de valores en la que se dejan de lado el principio de la

igualdad fundamental entre los seres humanos y el derecho de todos al acceso a los bienes fundamentales de la naturaleza, mientras que la responsabilidad frente a la tutela del medio ambiente queda subordinada a la consecución de los intereses del más fuerte.

Si bien el «fenómeno Greta Thunberg» ha lanzado en este punto un grito de alarma formidable, recogido sobre todo por las generaciones jóvenes, la lógica dominante en la escena política y económica mundial no parece haberse sentido afectada. A nivel general, este predominio de una visión egoísta y arrogante se ha ido traduciendo en un consumismo cada vez más desbocado, especialmente en las llamadas sociedades avanzadas, y se ha expresado en estilos de vida hedonistas en los que la idea de aceptar sacrificios en nombre de una distribución más equitativa de las posibilidades y de los bienes entre todos está considerada como anacrónica e irrelevante. El orgullo de ser los señores del mundo, hasta el punto de poder desinteresarse de la suerte de una gran parte de la humanidad, parece haberse convertido en la clave vencedora del progreso, en la fuerza portadora de la *affluent society* (John Kenneth Galbraith) americana y occidental, la venda puesta en los ojos para esconder a los más afortunados el dolor y la miseria de innumerables hombres y mujeres. Ha habido también, no obstante, quien preveía con clarividencia que semejante modo de vivir y de actuar no podía durar mucho tiempo y hasta quien había profetizado que no una guerra atómica o un hundimiento financiero mundial imprevisto, sino un pequeñísimo virus podría marcar el fin del mundo, o al menos de ese mundo construido sobre la fuerza y los intereses del más grande…

2. La pregunta

La amenaza supuesta como hipótesis se ha convertido de repente en realidad: si en los comienzos de la tragedia de Wuhan, la ciudad china donde surgió la covid-19 y tuvieron lugar sus primeros efectos dramáticos, se contemplaba en Occidente con cierta despreocupación la «enfermedad china», pensando que podría defenderse de ella simplemente cortando los puentes con el coloso asiático, han bastado unas pocas semanas para darse cuenta de que el insidioso enemigo estaba ya entre nosotros. Las actitudes minimizantes de algunos poderosos de la Tierra se han visto pronto burladas: la pandemia avanzaba ahora por doquier y la presunción de inmunidad no se mantenía en pie frente a la evidencia trágica del número de los enfermos, y todavía menos ante el de los muertos a causa del coronavirus. Los que se han visto afectados en un número impresionante han sido, sobre todo, los ancianos: su fragilidad les hacía naturalmente estar más expuestos al ataque del virus, pero el conjunto de las graves omisiones en su tutela y de retrasos injustificados ha originado en diferentes países condiciones letales para muchos de ellos. La pandemia no ha tardado en mostrarse, a continuación, como una amenaza para todas las edades; y, si bien las muertes de los jóvenes han suscitado mayor impresión, la pérdida de fuerzas sustentadoras de la realidad económica y social ha infligido golpes gravísimos a la vida de no pocos países. La primera pregunta que ha ido apareciendo en los corazones y en las mentes de muchos ha sido, pues, la pregunta universal suscitada por el dolor y por la muerte, cuando aparecen en nuestras casas y

directamente en nuestros sentimientos y en nuestras mismas personas: ¿por qué? ¿Por qué todo este mal? ¿Por qué todo este dolor?

En muchos se ha producido rápidamente el paso desde estas preguntas a la pregunta radical, la que recuerda al supremo responsable de todo: si Dios existe y es justo, ¿por qué este virus mortal? Si es bueno, ¿cómo es que permite que se encarnice tanto mal con nosotros, en particular con los más débiles e indefensos? Si es Padre, ¿por qué no nos trata como hijos? Se trata de una pregunta antigua, que vuelve con dramática actualidad, ya sea por el surgimiento imprevisto de la pandemia, ya sea por el espectáculo nuevo e inesperado al que asistimos, tan trágico como cercano a nosotros, a nuestras vidas, a nuestros sentimientos, a nuestro trabajo, a nuestras casas. Si fue el terremoto de Lisboa del año 1755 el que impulsó a Voltaire en su *Cándido* o en su *Poema sobre el desastre de Lisboa* a desacreditar el juicio sobre nuestro mundo como «el mejor de los mundos posibles», propuesto por Gottfried Wilhelm Leibniz, el mismo terrible acontecimiento le pareció minar en su raíz la «teodicea» que aquel había elaborado: frente a las innumerables víctimas inocentes no puede sostenerse ninguna «justificación de Dios», y, sobre todo, no puede permanecer inalterada ninguna «doctrina del derecho y de la justicia de Dios».

La diferencia con la terrible pandemia actual se encuentra en el hecho de que el terremoto del año 1755 estuvo circunscrito en el tiempo y en las víctimas, mientras que no solo lo que sabemos de este virus es todavía tan poco que no se puede hacer ninguna previsión realista sobre su duración y el alcance de su acción devastadora, sino que ni siquiera disponemos de ninguna prevención segura en forma de vacuna o de remedio eficaz en forma de medicina. El mito del *Homo emancipator*, señor de su destino y dueño de sus fuerzas, vencedoras de todo, se encuentra aquí en tela de juicio desde la base. Y, si bien esto no debe justificar ningún pesimismo sobre las capacidades de la ciencia, tampoco debe motivar una fe en ella que trascienda sus inevitables límites. Será preciso invertir, a buen seguro, al máximo en energías humanas y recursos económicos para salir de la prisión de la pandemia, pero será menester mostrarse mucho más humildes y vigilantes que en el pasado a fin de no correr el riesgo de tener que enfrentarnos a nuevas y tal vez todavía más peligrosas amenazas, ligadas a la naturaleza y a sus posibles reacciones frente a las prepotencias del protagonista humano de la historia.

3. El Dios que sufre

¿Y el rostro de Dios? ¿Cómo se presenta el Dios que Jesucristo reveló como amor personal, eterno diálogo de los Tres, que son Uno en el amor, frente a tanto dolor? Una primera respuesta a esta pregunta es, ciertamente, que el Dios anunciado por el Hijo que vino entre nosotros no es un espectador impasible frente al dolor del mundo, ni mucho menos el árbitro despótico del dolor y de la alegría de sus criaturas. Es, más bien, el Dios con nosotros, que sufre con nuestro dolor porque nos ama, que lo permite porque nos deja libres, que precisamente en su Hijo crucificado nos ayuda a llevar la cruz como Él la

llevó. La cruz de Cristo es el lugar en el que Dios nos habla en el silencio; el misterio escondido en las tinieblas del Viernes Santo es el misterio del dolor de Dios y de su amor a los hombres. En su muerte en la Cruz, el Hijo ha entrado en la finitud del hombre, en el abismo de su pobreza, de su dolor, de su soledad, de su oscuridad. Y allí, bebiendo el cáliz amargo, experimentó hasta el fondo nuestra condición humana: por la vía del dolor se hizo hombre hasta el extremo.

Precisamente así es como el Padre ha conocido también el dolor: en la hora de la Cruz, mientras el Hijo se ofrecía en incondicionada obediencia a Él en solidaridad con los pecadores, también el Padre sufrió por el Inocente entregado a la muerte, optando, sin embargo, por ofrecerlo para que, en la humildad y en la ignominia de la Cruz, se revelara a los hombres el amor trinitario por ellos y la posibilidad de llegar a ser partícipes del mismo. «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que quien crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). «Dios ha demostrado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único para que vivamos gracias a él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para expiar nuestros pecados» (1 Jn 4,9-10). Después, el Espíritu entregado por Jesús al Padre al morir (cf. Jn 19,30) fue el vínculo divino en la separación dolorosa que se consumó entre el Señor del cielo y de la tierra y Aquel que se hizo pecado por nosotros, de modo que se abriera una brecha en la muerte y se abriera a los hijos la vía del Hijo hacia la plenitud de la vida. De este modo, «el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rom 8,26).

Esta muerte en Dios no significa, pues, en modo alguno la muerte de Dios que el «hombre loco» de Nietzsche iba gritando por las plazas del mundo: no existe ni nunca existirá un templo en el que se pueda cantar en verdad el «Requiem aeternam Deo!». El amor que liga el Abandonante al Abandonado y, en este, al mundo, vencerá a la muerte, a pesar del aparente triunfo de esta. El cáliz de la pasión de Dios se ha colmado de una bebida de vida, que brota y mana eternamente (cf. Jn 7,37-39). El fruto del árbol de la Cruz es la alegre noticia de la Pascua: el Consolador del Crucificado se derrama sobre toda carne para ser el Consolador de todos los crucificados y para revelar, en la humildad y en la ignominia de la Cruz, de todas las cruces de la historia, la presencia vigorizante y transformadora del Dios cristiano. En este sentido, el sufrimiento divino revelado en la Cruz es verdaderamente la Buena Nueva: «Si los hombres supieran –escribió Jacques Maritain– que Dios "sufre" con nosotros y mucho más que nosotros el mal que devasta la tierra, son muchas las cosas que cambiarían sin duda, y se liberarían muchas almas»[2]. De este modo, la «palabra de la Cruz» (1 Cor 1,18) llama, de una manera sorprendente, al discípulo al seguimiento: por la vía de la Cruz –en la pobreza, en la debilidad, en el dolor e incluso en el abandono de la muerte– podemos encontrar al Dios de la vida. En el dolor, el Señor crucificado está de nuestra parte, con nosotros y por nosotros. Con Él se vuelve posible convertir nuestro sufrimiento en un camino de fe y en una aurora de vida, vivida y entregada cada vez más por los otros.

4. El «toque» de Dios

Así pues, incluso en tiempos del coronavirus puede acontecer lo que aconteció un día por los caminos de Galilea: «En cualquier aldea, ciudad o campo adonde iba [Jesús], colocaban a los enfermos en la plaza y le rogaban que les dejara tocar al menos la orla de su manto. Y los que lo tocaban se sanaban» (Mc 6,56). El toque de Jesús cura porque es el toque de Dios, ese Dios que se ha hecho hombre por amor a nosotros, para «tocar» y compartir en todo nuestra condición humana y transmitirnos el don de la salvación que viene de Él. El lugar donde este toque divino alcanza su cima es la Cruz; en ella Jesús hace suyo el dolor de todos, carga con nuestros pecados y nuestros males y nos ofrece la plenitud de la vida, en el tiempo y para la eternidad. En la Cruz ha entrado también el Hijo eterno en el abismo de debilidad, de fragilidad, de dolor, de soledad, de oscuridad, que muchos han experimentado y están experimentando a causa del coronavirus. En la Cruz nos ha revelado Jesús el amor de Dios por cada ser humano y la posibilidad de llegar a ser, todos, sin excepción, partícipes del mismo. Y el Espíritu, entregado por Jesús al Padre al morir, ha sido derramado para ser el divino Consolador, que nos ayuda a vencer el mal, a transformar el dolor en amor, el sufrimiento en ofrenda, la enfermedad en curación, la fragilidad en fuerza, incluso frente al flagelo de este virus devastador.

Alcanzados por el toque de Dios en la cruz y resurrección de Jesús, fuente de vida victoriosa y segura, podremos recorrer el oscuro camino de la prueba y convertirlo en escuela de fe y de caridad, fuente de amor que libera y salva: «Quien no tome su cruz para seguirme no es digno de mí» (Mt 10,38 y Lc 14,27). Quien ama a Jesús crucificado y le sigue no podrá dejar de sentirse llamado a aliviar las cruces de los que sufren, con una entrega activa a los otros, con un compromiso activo y vigilante de convertir cada calvario en un lugar de resurrección y de vida plena. Es lo que están haciendo muchos: médicos, enfermeros, agentes de la sanidad, sacerdotes, trabajadores comprometidos con el bien común y los servicios esenciales en el tiempo de esta pandemia. La cruz de Jesús no se ha vuelto vana (cf. 1 Cor 1,17) en aquellos que se esfuerzan por vivir y actuar así. A través de ellos nos llega el toque de la gracia divina, que perdona, sana, conforta y renueva, y se manifiesta la victoria del Señor, resucitado a la vida. También nos está hablando Dios así en esta dramática pandemia. Una poesía de Emily Dickinson –una voz solitaria del siglo XIX americano– dice: «Quien no ha encontrado el Cielo aquí abajo / Fracasará allí arriba… / pues alquilan los ángeles la Casa de al lado, / doquiera nos mudemos»[3]. Así pues, es preciso invocar los ojos de la fe para reconocer a «los santos de la puerta de al lado», como los llama el papa Francisco, y tomar ejemplo de ellos.

El toque de Dios se ha mostrado asimismo bajo otro aspecto en el drama de la pandemia: son muchos los que han experimentado y, con frecuencia, descubierto o redescubierto el enorme apoyo que les ha dado la fe en este tiempo doloroso. La fe nos da ojos y corazón para comprender cómo Dios no es el competidor del hombre, sino su aliado más verdadero y fiel. Quien cree en Jesucristo sabe que el Hijo eterno ha cargado en la Cruz con nuestra muerte y nuestros pecados para ayudarnos a llevar nuestra cruz. El Dios que es Amor no abandonará nunca a quien a Él se confía. Gracias a la fe en Él, la esperanza puede vencer al miedo, un nuevo impulso de altruismo puede vencer al cierre egoísta, una activa solidaridad con los más necesitados puede vencer a la soledad.

En este tiempo de forzada clausura para muchos, en el que hemos podido dar más espacio tanto a la reflexión sobre lo que supera los estrechos horizontes de lo cotidiano como a la oración, vivida o redescubierta como fuente de luz y de paz, ha sido un beneficio para muchos reflexionar sobre lo que hemos ido viviendo y sobre la necesidad de hacer elecciones inspiradas por la voluntad lúcida y valiente de abandonar las lógicas del consumismo y del hedonismo, que dominaban hasta hace poco. Dedicarnos al servicio del bien común, encomendándonos con confianza al Dios que es amor, libera del temor, porque nos hace experimentar la verdad expresada por la Primera Carta de Juan: «En el amor no cabe el temor, antes bien, el amor desaloja el temor» (1 Jn 4,18).

5. Para un nuevo comienzo

Si la pandemia originada por el coronavirus ha tenido efectos devastadores –y muchas veces, desgraciadamente, mortales– en la vida de muchos hombres y mujeres compañeros nuestros de camino, ha tenido también consecuencias no menos negativas en las mentes y en los corazones: frente al flagelo que ha golpeado a la humanidad, se ha ido difundiendo un sentimiento de temor pánico, un miedo generalizado e indistinto, capaz de impulsar a identificaciones simplistas del enemigo al que hay que temer y de generar sentimientos de rechazo a los otros. Fruto de este miedo ha sido en muchos casos la experiencia de una soledad profunda, en la que se tendía a encerrarse a la defensiva, como si el otro fuera solo un peligro del que hay que huir o un enemigo del que protegerse. Al mismo tiempo, esta vivencia horrible que muchos han experimentado en su propia carne o en la de personas amadas, no todas vencedoras del mal, ha abierto nuevos horizontes a la mente y al corazón. ¿Qué saldrá de todo esto para el futuro de las conciencias y de toda la humanidad? Hacer previsiones después de una prueba tan vasta y profunda es, a buen seguro, aventurado; con todo, es un dato cierto que, tras la clausura forzosa en las casas y las imágenes de innumerables ataúdes con cadáveres llevados a cementerios donde pudieran ser incinerados o encontrar sepultura, no podrá dejar de quedar en nosotros una huella profunda. Surgen, sobre todo, algunos estímulos que debemos recoger para el mañana; palabras de vida y de esperanza dichas más con la elocuencia de los gestos que con la de las palabras.

Un primer mensaje procede precisamente de aquellos que se han prodigado de tantos modos, con valor y generosidad, para cuidar a los enfermos, asistir también espiritualmente a las comunidades, proteger a los sanos, garantizar los servicios esenciales para la vida civil. La esperanza es que su ejemplo estimule a todos a comprometerse más y mejor por amor al prójimo. Es preciso redescubrir el valor del bien común, un redescubrimiento del que, por otra parte, muchos han sido signos, empezando por la respuesta ampliamente mayoritaria que ha dado la gente sencilla a las restricciones impuestas; nueva prueba de que son muchos los que están a la altura de nuestra historia, marcada por la fe cristiana, a pesar de la arrogancia y el carácter pendenciero de algunos protagonistas de la escena política. Se ha tratado de un ejercicio de responsabilidad por parte de todos; y si la responsabilidad consiste en hacerse cargo

de un peso (*pondus*, de donde deriva el verbo latino *respondere*), cada uno se ha sentido llamado no solo a cargar con su propio peso a fin de precaverse del posible contagio, sino también a cargar con el peso de cualquier otro y de todos los otros, a fin de evitar que el virus circulara, dada la posibilidad de que fuera transmitido por portadores asintomáticos, que no eran conscientes de estar contagiados.

Además, la ocasión que les ha brindado la clausura forzosa ha llevado a bastantes a valorar las relaciones directas, empezando por las familiares, no pocas veces descuidadas o infravaloradas a causa de la obsesión por la productividad y del activismo exasperado del consumismo y del arribismo propagados en las sociedades del bienestar y de la presunción de superioridad sobre los otros como estilos de vida, antes de que la difusión del virus mortal nos diera a todos una nueva conciencia de nuestros propios límites y de nuestra propia gran fragilidad. Estas experiencias podrán impulsar a muchos a redescubrir la importancia de los pequeños gestos de atención y de caridad para con los otros, empezando por el prójimo inmediato; así como el valor del tiempo dedicado a orar más, a reflexionar más, a escuchar más a los otros y a entregarse más a ellos. Recuperar la capacidad de escucha; redescubrir la fuerza y la belleza del diálogo; vivir gestos, aunque sean pequeños, de compartir, sobre todo con los más débiles y desafortunados; «perder tiempo» por amor a los otros, son otros tantos estímulos que podrán venir a las conciencias a partir de lo que hemos vivido y presumiblemente deberemos vivir todavía durante una fase cuya duración no se ha precisado aún.

No debemos olvidar, además, que también la Unión Europea se ha visto llamada a proceder a una profunda revisión de vida: el sueño de sus padres fundadores estaba centrado en el valor infinito de cada persona y, por consiguiente, en los principios de la responsabilidad y de la solidaridad. El desafío que se ha impuesto durante la pandemia ha sido aplicar estos motivos inspiradores al servicio de la tutela de la vida y de la salud de todos, empezando por los más débiles. La pregunta que ha nacido es si a nivel europeo hay bastantes protagonistas dispuestos a implicarse hasta el fondo para aceptar semejante desafío. Entretanto, no se puede ignorar la desilusión que muchos han sufrido ante una Europa muy alejada del ambicioso proyecto de constituir la «casa común» de todos los europeos: sin ceder a valoraciones pesimistas apresuradas, no es difícil observar que la fragmentación y el aislamiento egoísta siguen siendo rasgos de muchas de las sociedades avanzadas del Viejo Continente. Afloran los intereses localistas, y se imponen sobre toda lógica de solidaridad. Faltan un alma común, una identidad compartida, un impulso de generosidad generalizado, que permitan alimentar sueños y proyectos de gran alcance para el bien común: Europa, unida al menos de nombre en el frente económico, no lo está en el desarrollo de un programa político unitario de gran alcance, y de este modo se vuelve incapaz de dar las respuestas adecuadas en el momento oportuno, arriesgándose a perder el tren de la historia.

¡Qué necesario sería, pues, que también a causa de esta dramática prueba emergiera una «gobernanza» europea verdaderamente dotada de autoridad, reconocida por todos, capaz de oponerse a la avidez de algunos poderes nacionales, interesados en obtener de la «casa común» el máximo de beneficios al mínimo coste, siguiendo el modelo de lo

que fueron capaces de hacer los padres fundadores de la Europa unida, hombres de la talla de un De Gasperi, de un Adenauer o de un Schuman! Fijándonos en su ejemplo, debemos preguntarnos: ¿cómo vencer los egoísmos y el miedo, tanto de los individuos como de comunidades regionales y nacionales enteras, con vistas a un bien común mayor, logrado en favor de todos y, en primer lugar, de los más débiles y desfavorecidos? La respuesta no podrá darse sin una amplia implicación de las conciencias: es preciso acostumbrarse y acostumbrar a reconocer, alimentar y realizar el sueño de una humanidad solidaria que se ponga al servicio de la protección de la calidad de vida y de la salud de todos, empezando por los más débiles. El desafío nos afecta a todos en primera persona; y aquí es donde la fe en el Dios, que se reveló en Jesucristo como amor, se presenta más preciosa que nunca.

Se lo ha recordado a la Iglesia y al mundo el papa Francisco el 27 de marzo de 2020, ante una plaza de San Pedro completamente vacía, en la homilía pronunciada en un bellísimo momento de oración en tiempo de pandemia, que siguieron millones de personas por los medios de comunicación: «Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso […]. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa [que] desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades […]. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia Ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida […]. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza […]. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas Tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: “No tengáis miedo” (Mt 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque tú nos cuidas” (cf. 1 Pe 5,7)».

[*] Título original: «La fede nel Dio di Gesù Cristo e la pandemia».

[1] *La fine della storia e l’ultimo uomo*, Rizzoli, Milano 1996, 72 («If we are now at a point where we cannot imagine a world substantially different from our own, in which there is no apparent or obvious way in which the future will represent a fundamental improvement over our current order, then we must also take into consideration the possibility that History itself might be at an end»: *The End of History and the Last Man*, The Free Press, New York 1992, 51 [trad. esp.: *El fin de la historia y el último hombre*, 2 vols., Planeta, Barcelona 1996]).

[2] «Quelques réflexions sur le savoir théologique»: *Revue Thomiste* 69 (1969), 25.

[3] «Who has not found the Heaven –below– / Will fail of it above – / For Angels rent the House next ours, / Wherever we remove –»: *The Complete Poems*, Little, Brown and Company, Boston 1960, nro. 1544 [trad. esp. tomada de https://bit.ly/3clwDST].

3

Dar testimonio de la vida en un mundo de muerte[*]

George Augustin, SAC

Dar testimonio de la vida en un mundo de muerte: así reza el subtítulo de la edición alemana del libro en que se publicó originalmente este capítulo. Queremos reflexionar sobre la vida, de la que, como cristianos, hemos de dar testimonio. En un mundo de muerte, la fe cristiana anuncia la vida eterna como esperanza con la que el ser humano puede vivir y morir. Nos corresponde sacar fuerzas de esa esperanza para dar forma acertadamente a nuestra vida y para configurar el mundo.

1. La crisis del coronavirus y su repercusión mundial

En enero de 2020, el presidente chino, Xi Jinping, informó a la opinión pública sobre el estallido de la pandemia, explicando que el peligroso virus se difundía por contacto humano. Desde entonces, la covid-19, causada por el virus SARS-CoV-2 y desencadenante de la pandemia, ha provocado angustia y terror en el mundo. El coronavirus hace estragos en cualquier parte del globo. Cinco meses después de manifestarse la pandemia, sigue dándose una situación de extrema tensión. Aun cuando en este momento las cifras de contagiados van disminuyendo en muchos países, la lucha contra el virus no está aún ganada, ni mucho menos. Todavía se tardará mucho en encontrar una vacuna y medicamentos efectivos y ponerlos al alcance de todos. Es de temer que haya un rebrote de la enfermedad y el mundo vuelva a paralizarse. Probablemente habremos de vivir mucho tiempo con el coronavirus y los fenómenos concomitantes. Tenemos que aprender a lidiar y convivir con ello. Es posible también que, una vez vencido este virus, nos desafíe otro y volvamos a enfrentarnos con un nuevo peligro biológico.

El coronavirus ha cambiado de raíz nuestra vida. Esta crisis representa un reto médico, económico, humano y espiritual hasta ahora desconocido y sin precedentes, que va a marcar decisivamente los años venideros. Aunque hoy no podemos prever aún todo

el alcance de la crisis, ni mucho menos sabemos cuándo terminará la pandemia, sí que sabemos que va a permanecer *un* desafío grande y fundamental para la humanidad: no ya la pandemia misma, sino la angustia existencial y la inseguridad que la crisis trae consigo. De repente, en este tiempo mucha gente ha tomado conciencia de su vulnerabilidad y fragilidad, muchas presuntas seguridades se han quebrantado y el estilo de vida de este planeta ha quedado cuestionado en lo más fundamental. A todos se nos ha puesto inesperadamente ante los ojos lo referente a la muerte y la enfermedad, al riesgo de la vida y de la salud. La confrontación con la limitación y caducidad de la propia vida desencadena un agobio y un miedo al futuro hasta ahora desconocidos y reprimidos. Ante nuestros ojos se derrumba de pronto el sistema que ha determinado nuestro modo de vida moderno.

La crisis del coronavirus es una verdadera imposición para la humanidad. Esta se halla ante un cambio de época con graves consecuencias sociales y económicas, unidas a una gran sobrecarga psicológica e interpersonal. El coronavirus ha pillado desprevenido al mundo, como un ladrón nocturno. Cuando la enfermedad se difundía en la ciudad china de Wuhan, la opinión pública mundial no podía imaginar que a partir de ahí iba a desarrollarse una pandemia. Este suceso nos muestra con total claridad que nuestro mundo es una comunidad que comparte un destino, para lo bueno y para lo malo.

La crisis del coronavirus ha acarreado un inmenso sufrimiento, agobios, angustia existencial y muerte a mucha gente, y además una grave crisis económica mundial, cuyo alcance no podemos descifrar aún. El virus ha llevado al mundo al estado de *shock*. La pandemia parece degenerar, además, en una «infodemia»: teorías conspiratorias, rumores, informaciones falsas que amenazan con infectar nuestro mundo; andan circulando espíritus malignos, que, a conciencia o no, multiplican los miedos humanos. Por eso es importante adoptar una perspectiva de cordura, sensatez y responsabilidad ante las repercusiones mundiales de esta crisis. Evidentemente, todavía es pronto para emprender un análisis conclusivo de estos sucesos, interpretar la crisis o estimarla finalmente solucionada.

Como este contagio se extiende a todo el mundo, y toda persona de este planeta está afectada directa o indirectamente, se trata de una crisis de gran calado, que el mundo nunca había vivido antes con tal dimensión. Por esta razón nos hallamos en un punto de inflexión decisivo en la historia mundial. Así pues, la crisis del coronavirus es una importante ocasión para echar una mirada a la vida humana con sus rasgos multidimensionales desde la perspectiva de la fe cristiana. De hecho, todo ser humano, con independencia de sus convicciones religiosas, está llamado a reflexionar sobre esta crisis global y descubrir su significación existencial para él mismo. La crisis del coronavirus es y sigue siendo una catástrofe de dimensiones apocalípticas, que de buenas a primeras tenemos que aguantar. ¿Por qué una crisis así? Esta pregunta no nos lleva muy lejos. Más bien tenemos que preguntar: ¿para qué esta crisis? Dependerá de cada cual lo que pueda aprender de esta crisis y lo que pueda aportar para configurar mejor nuestro mundo globalmente interconectado.

En este contexto se plantean algunas cuestiones de fondo: ¿tiene algún sentido esta

crisis? ¿Nos puede ayudar la crisis a recapacitar de nuevo sobre la cuestión permanente del sentido de la vida humana? ¿Pueden las experiencias actuales devolver a nuestra consciencia algunas dimensiones de la vida humana reprimidas y olvidadas? ¿Apreciamos el don de la vida y somos conscientes de que nuestra vida en la tierra es limitada? ¿Cómo entender el misterio de la muerte? ¿Hay en todo lo que estamos viviendo una referencia trascendente? ¿Qué límites deben afirmar y asumir los seres humanos en relación con el mundo que les rodea y acompaña? ¿Qué fundamento necesitamos para humanizar la cultura humana y construir una humanidad nueva? ¿Qué atención prestamos a las personas en riesgo, enfermas, débiles, solitarias y necesitadas en múltiples sentidos? ¿Cuáles son los valores imprescindibles que hemos de redescubrir? ¿Deberíamos replantear nuestros hábitos, que damos en exceso por supuestos, y cambiar nuestro estilo de vida?

Hay que partir de la base de que nuestro mundo no va a ser ya lo que era antes de la crisis del coronavirus. En vista de sus dimensiones apocalípticas y de la experiencia de desvalimiento humano, así como de la consiguiente angustia por el futuro, se plantea la cuestión del sentido y del sinsentido de esta experiencia terrible. Hoy no estamos aún en situación de dar una respuesta satisfactoria en todos los aspectos. Todo lo que podemos decir sobre esta crisis son tanteos y aproximaciones cautelosas para entenderla e interpretarla.

Está fuera de duda que esta crisis supone una interpelación a nuestra fe. Es un tiempo de dudas de fe, de experiencias límite, de fe puesta a prueba. La crisis del coronavirus es un signo de los tiempos y hay que buscar respuestas, desde la hondura y fecundidad de la fe cristiana, a las preguntas y retos que tenemos planteados. La fe nos da pie para reenfocarnos de nuevo a nosotros mismos y nuestra relación con Dios. La prioridad solo puede estar en buscar una respuesta personal a la cuestión, en ver con una perspectiva nueva nuestras angustias y agobios personales para proporcionar un carácter cualitativo desde la fe a nuestras posturas y actitudes.

2. Dios, iniciador y consumador de la vida

La inseguridad provocada por la crisis del coronavirus nos da una oportunidad para cambiar de perspectivas y ampliar nuestros horizontes. Un cambio de perspectivas reconociendo que en el centro no está el hombre, sino Dios. La fe cristiana vive de profesar que Dios es el creador del mundo visible y el invisible. Es el sustentador y consumador del mundo. Es hora de redescubrir de nuevo a Dios, creador y custodio de la vida. Él es el origen de la vida, el que nos otorga la vida. Únicamente Él puede custodiar y consumar la vida. Venimos de Dios y vivimos en este mundo en la presencia de Dios y volvemos a Él como culminación nuestra. Solo en Dios encuentra el ser humano una respuesta satisfactoria a sus preguntas vitales. Dios es *la* respuesta a la cuestión humana del sentido. Dios, y no el hombre, es el Señor de la vida. La fe en Dios da al creyente certidumbre y esperanza inconmovible: Dios salva el mundo en su Hijo Jesucristo, que con su muerte ha superado nuestra muerte y nos da la participación en la vida eterna, la

vida en plenitud. El creyente vive de la certeza de fe de que Dios creará de la muerte una vida nueva.

La realidad de Dios es distinta de todas las demás realidades. Él es «un Dios escondido» (Is 45,15), al que nadie ha visto (cf. Jn 1,18) y que «habita en la luz inaccesible» (1 Tim 6,16), y por ello le experimentamos como misterio muy profundo. Agustín formula de modo conciso la incomprensibilidad de Dios: si tú le comprendes, no es Dios[5]. Este carácter incomprensible y escondido de Dios se puede percibir dolorosamente en tiempos de crisis. Pero de la experiencia de Dios forma parte el atravesar la tiniebla de su ocultamiento. Al creyente le es lícito esperar que ese Dios incomprensible nos otorgue vida y nos diga su sí. El ser humano vivencia a Dios en una tensión existencial de cercanía y lejanía: como cercanía gratificante y lejanía opresiva, como presencia y ausencia, como inmanencia y trascendencia. Los signos y los tiempos de la experiencia de Dios se van alternando como el día y la noche, como la luz y la oscuridad, como la experiencia de estar acogido en Dios y la experiencia de estar abandonado por Dios.

En el contexto de estas experiencias hay que dar relieve de nuevo a los tesoros de nuestra fe y renovar nuestra confianza en Dios. Creemos en un Dios que es la plenitud de la vida y que nos libera para que vivamos. El Dios de la vida nos desata de todas nuestras dependencias, de todas las ataduras y autoalienaciones. La unión con Dios permite al ser humano conocer la grandeza verdadera y hacer que se desarrolle. A la luz de Dios queda de manifiesto el destino último del mundo y de los hombres. La relación con Dios pone al individuo en una relación más profunda con los demás. La persona no está aislada ante Dios, sino que vive en una comunidad de la cual depende. El hombre es alguien que recibe una llamada intransferible y, sin embargo, tiene que ver con muchos otros. Cada cual tiene una importancia singular e insustituible para los demás, y, por tanto, para la comunidad. La singularidad inconfundible y el enfoque comunitario no se excluyen mutuamente, sino que tienen que ver una con otro. Este enfoque comunitario del individuo hay que verlo en un contexto universal. Pues el hombre, como ser comunitario, vive en el gran contexto de la humanidad entera y de la creación entera.

El ser humano que está en relación con su Creador sabe que esta relación con Dios es el presupuesto fundamental para una relación equilibrada consigo mismo, para una convivencia reconciliada con los otros y para una relación sana con la creación. El hombre que confiesa a Dios como su Creador sabe que nosotros no podemos sostener la creación sin el Creador. Hay que llegar al conocimiento de que la naturaleza no es todo y de que en la naturaleza puede haber fuerzas hostiles, que ponen en peligro la vida. Por eso hemos de aprender a ver nuestro mundo desde la perspectiva de Dios; será una diferencia cualitativa que busquemos ayuda en Dios o que queramos tenerlo todo bajo nuestro control. El creyente hará todo lo humanamente posible por sí mismo, sabiendo bien esperar lo decisivo de solo Dios. «¿De dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (Sal 121,1s).

La impotencia del hombre es lugar de revelación de la fuerza de Dios, pues «la fuerza se realiza en la debilidad» (2 Cor 12,9). En la impotencia humana se hace visible

la gloria divina, aun cuando esta experiencia no siempre es inmediatamente perceptible para el creyente.

Desde la perspectiva cristiana, solo desde Dios puede ser adecuadamente interpretado el misterio de la vida humana en el mundo. La fe cristiana entiende al ser humano en su condición de criatura como alguien radicalmente relacionado con Dios. El hombre es receptor por entero, tanto en su ser como en su actuar. El hombre solamente está consigo mismo por completo cuando crece más allá de sí mismo. Darse cuenta de ello le lleva a tomar conciencia de que es un ser que se debe a Dios y que tiene que conocer sus límites humanos. A la inversa, el hombre que conoce y reconoce sus límites toma conciencia de que depende de Dios. «Porque el hombre no triunfa por su fuerza» (1 Sm 2,9). Por ello tiene relevancia existencial poner la mirada en quien nos puede salvar.

La crisis del coronavirus nos reta a abordar con referencia a Dios nuestra humanidad y nuestra existencia en el mundo. La crisis pone en evidencia lo que antes de ella no estaba en orden en nuestra vida y en nuestro mundo. No sabemos todavía cuánto va a durar. Pero lo que sí deberíamos saber es que tras la crisis no debemos regresar a la antigua normalidad. Esta crisis nos ha hecho dolorosamente conscientes de muchos límites de nuestra vida: los límites por medio de la distancia –el llamado «distanciamiento social»–, los límites en las familias por las distintas generaciones, las fronteras territoriales cerradas de nuevo. Los límites provocan distanciamiento entre los seres humanos, en los que muchas veces solo se ve a un potencial portador de virus. Esta experiencia nos llama la atención sobre algo más profundo en la vida humana: los límites de la vida, su limitación y vulnerabilidad.

Ya el salmista enseñó que el hombre debe reconocer sus límites para crecer en la sabiduría de la vida: «Enséñanos a llevar buena cuenta de nuestros días para que adquiramos un corazón sabio» (Sal 90,12). Lo podemos ampliar: Señor, enséñanos a reconocer nuestros límites; entonces recibiremos sabiduría para dar forma a nuestra vida. Si conocemos y aceptamos nuestros límites, adquirimos la sabiduría del corazón. Ese autoconocimiento nos ayuda a decir sí a la *conditio humana*, las limitaciones de la existencia. La necesidad de reconocer los límites viene explicitada ya en el relato de la creación. Adán debe reconocer sus límites. La transgresión significa separarse de la inmediatez con Dios, alejarse de su proximidad y debilitar su relación con Dios. Por eso la crisis del coronavirus es una oportunidad para cobrar mayor conciencia de los límites de nuestra vida y para ahondar en nuestra relación personal con Dios. Entonces este tiempo desafiante de la pandemia puede convertirse también en un tiempo de gracia, en el que buscamos y experimentamos la cercanía reconfortante y la protección acogedora de Dios.

3. Comprender la vida

Los sucesos de este tiempo revelan que la pregunta por la vida, la iluminación de la *conditio humana* en todo su esplendor y su miseria, está permanentemente de actualidad. Podemos aproximarnos al misterio de la vida desde diversas perspectivas. Partiendo de

nuestra experiencia, sabemos, en primer lugar, que el lapso de nuestra vida, la vida terrena, la vida biológica, es limitado. Por eso tenemos que poner la mirada en el comienzo *y* el final de la vida terrena, la muerte. En vista de esta experiencia, hay que preguntar por la fuente de la vida. Según la concepción cristiana, Dios es la fuente de la vida, al ser el fundamento primordial: «en él vivimos, y nos movemos y existimos» (Hch 17,14-28).

De la comprensión de Dios como fuente de la vida se deducen consecuencias para nuestro comportamiento concreto ante la vida. Para conseguir una comprensión integral de la vida es necesario dirigir nuestra mirada desde Dios al mundo y desde el mundo a Dios. Solo en unión con Dios resulta comprensible la vida. Sin referencia trascendente, la vida humana queda reducida a su inmanencia, a su breve lapso vital biológico. La vida es creada por Dios, sostenida por Él, y es preservada en su bondadosa providencia más allá de los límites de la existencia biológica. De aquí proceden toda la autonomía, la singularidad y la subjetividad del ser humano. La creaturidad del hombre cualifica la humanidad del hombre.

Según la concepción bíblica, la vida está orientada a Dios y a la comunión con Él. Es vida en Dios y con Dios, que se realiza en la vida con los demás. La vida tiene lugar en la presencia viva de Dios: en su origen, en el devenir de la vida individual y su mantenimiento, así como en su limitación por la muerte y en la esperanza de comunión viva más allá de ella. Es la totalidad de la vida y su plenitud.

Esta vida en plenitud es una promesa de Dios; y el hombre, como ser consagrado, está invitado en el lapso de su vida terrena a vivir según la promesa de Dios. El fundamento de una forma de vida correcta es el temor de Dios y la relación vivida con Dios. Incluso en las catástrofes más absolutas, en las peores experiencias de dolor, en las mayores quiebras del recorrido vital, el ser humano, aun cuando su entorno vital niegue la presencia de Dios y la relación humana con Dios, puede encontrar refugio en Dios mismo, aunque este Dios permita la desgracia, lo cual puede parecer incomprensible desde nuestra perspectiva (cf. Job 19,13-25).

Si queremos comprender adecuadamente al ser humano en el mundo, tiene gran importancia explicitar la universal proclividad humana al pecado y la redención en Jesucristo. Una experiencia básica universal de la humanidad es que hay mal en el mundo y que todos los humanos están atrapados en las estructuras del mal. El hombre se experimenta a sí mismo como un ser ambivalente: de su grandeza forma parte también su miseria como existencia pecadora. La relación personal existente entre Dios y el hombre, como imagen suya, puede echarse a perder por la pecaminosidad humana. El hombre puede, en su libertad, aceptar o rechazar la relación con Dios. Si la acepta, experimenta la vida en plenitud.

4. Vivir frente a la muerte

La crisis del coronavirus nos ha situado en una gran angustia, pues desde hace décadas solo hemos abordado los aspectos positivos de la vida, reprimiendo lo más posible los

negativos y los oscuros. En medio de un ambiente de posibilidades ilimitadas, de afán por la factibilidad técnica y también de euforia vital sin límites, nos hemos visto afectados imprevistamente por la pandemia y su escenario de horror. De repente hemos cobrado conciencia: yo también podría verme afectado personalmente, podría enfermar y morir. Ante la posibilidad de la muerte, el ser humano desarrolla una angustia existencial.

Nuestra fragilidad humana y nuestra fugacidad humana se nos han puesto delante de los ojos sin maquillaje. El hombre es un ser mortal. La muerte pone extremadamente de manifiesto el misterio de la vida. A la vista de la muerte, el hombre mismo se vuelve un interrogante, como lo formuló de modo ya clásico san Agustín en sus *Confesiones*, bajo el dolor por la muerte inesperada de un joven amigo: «Me convertí en una gran pregunta para mí mismo»[6].

Toda persona se plantea consciente o inconscientemente la cuestión «¿Qué sucede cuando me muero? ¿Cuál es el sentido de la muerte?»[7]. Sabemos por experiencia que cada ser humano que llegó a nacer habrá de morir. La muerte pertenece, así, a la vida, a la existencia humana, que une al hombre con todos los demás seres vivos. Tenemos la certeza existencial de tener que morir. Nada tan definitivo como la propia muerte: lo más seguro que hay en el mundo es la muerte.

La muerte es algo insuperablemente definitivo y por eso es la emergencia por excelencia para el ser humano. Conocemos la muerte de los otros, pero tratamos de reprimir la nuestra. No queremos tomarla en consideración. El conocimiento exclusivo de la muerte ajena comporta naturalmente la tentación de ahorrarnos el encuentro auténtico con la nuestra. Sin embargo, toda persona ha de enfrentarse –aunque duela– con el carácter ineludible de la muerte, la incertidumbre de la hora y la índole definitiva de la despedida, para poder llevar una vida con sentido. Pero es evidente que tenemos miedo a la muerte: miedo a la muerte de los seres queridos, miedo a la muerte propia. El proceso de morir, que termina en la muerte, está envuelto en dolores. Todos los dolores, duelos y lágrimas ligados a la muerte siguen siendo una realidad que forma parte de la vida misma. No podemos huir de ella, sino que el camino redentor consiste en asumir el hecho de la muerte con fe y esperanza.

Sobre el trasfondo del carácter mortal y de la muerte, la fe cristiana anuncia la vida eterna como una posibilidad real para todos. El fundamento de esta fe es la resurrección de Jesucristo. Con esta confesión se mantiene o cae la fe cristiana. «Pero si el Mesías no ha resucitado, es vana nuestra proclamación, es vana nuestra fe» (1 Cor 15,14). La resurrección de Jesucristo es la base para esperar la resurrección de los muertos, que está indisolublemente ligada a la de Jesucristo. «Ahora bien, el Mesías ha resucitado de la muerte, primicia de los que han muerto. Ya que, si por un hombre vino la muerte, por un hombre viene la resurrección de los muertos» (1 Cor 15,20s).

La esperanza en la resurrección de los muertos presupone la muerte y, por tanto, el carácter mortal del ser humano. Nuestra esperanza es que la muerte no aniquila la identidad de los muertos. La resurrección no es en absoluto una creación distinta, sino una nueva creación de esta vida. La vida eterna, en su sustancia, no es otra vida que esta

vida. La vida actual queda transformada. «Esto corruptible tiene que revestirse de incorruptibilidad y lo mortal tiene que revestirse de inmortalidad. Cuando lo corruptible se revista de incorruptibilidad y lo mortal de inmortalidad, se cumplirá lo escrito: La muerte ha sido aniquilada definitivamente. ¿Dónde queda, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde queda, oh muerte, tu aguijón?» (1 Cor 15,53).

En la vida eterna, el muerto se vuelve nuevo, pero la identidad de la persona sigue permaneciendo, y entonces resucitar significa que Dios toma al ser humano con toda la realidad y toda la historia de su vida y lo transforma y lo ilumina para que pueda estar en la presencia de Dios sin velos. La muerte, entonces, es solo el poder de separación de este tramo terreno de la vida humana. En cambio, la resurrección es la visibilización del poder divino de unión. Todo lo terreno y lo humano queda reunido en el presente eterno. La figura rota de la vida es sanada por el amor de Dios, y la historia vital interrumpida es completada en su bondad. La vida eterna no es sino vida temporal y mortal sanada definitivamente en su totalidad. «Así pasa con la resurrección de los muertos: se siembra corruptible, resucita incorruptible; se siembra sin honor, resucita glorioso; se siembra débil, resucita poderoso; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual. Si existe un cuerpo animal, existe también un cuerpo espiritual» (1 Cor 15,42ss).

El cristiano que cree en la resurrección de los muertos está sostenido por una esperanza inconmovible. Podemos vivir y amar aquí y ahora, así como morir con confianza, porque en nosotros está viva la certeza de fe de que seremos resucitados para la vida eterna.

La vida, cuya intensificación y culminación es la vida eterna, está fundada en la profunda relación de todo el hombre mortal con Dios. El aliento vital de Dios, que da vida, establece la relación entre Dios y sus criaturas, que les proporciona vida y bendición. Esta relación entre Dios y el hombre persiste en la vida, en la muerte y después de la muerte. Solo Dios podría retirar su voluntad de esa relación que Él mismo ha establecido con sus criaturas; lo cual, ciertamente, no va a hacer, a causa de su fidelidad. Donde el hombre, en su libertad, conserva también a su vez la fidelidad, permanece siempre en esa relación vital con Dios. El hombre, como ser humano mortal y perecedero, permanece él mismo inmortal e imperecedero en virtud de esa relación creatural con Dios, que puede ser misericordiosamente redimida, renovada y transformada.

La vida humana, evidentemente, es transitoria en el espacio y el tiempo, pero la relación entre Dios y el hombre tiene un presente eterno en Dios. El ser humano permanece eternamente en Dios y es inmortal en Él. Como esa comunión con Dios es indestructible y tiene persistencia eterna en Dios, podemos creer en la vida eterna por el poder de Dios. Así entendido, podemos decir: la muerte es el límite de nuestra vida terrena, pero no el límite de la relación de Dios con nosotros. En la vida y en la muerte, Dios sigue siendo el Señor de la vida: «El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta» (1 Sm 2,6). La muerte es, así, una puerta que atravesamos. Es una transformación de la faceta de la vida terrena: «Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos

una mansión eterna en el cielo»[8].

¿Cómo podemos hacer que nuestra vida terrena tenga éxito a la luz de la promesa de la vida eterna? Jesús nos invita a acoger con fe su palabra: «Os aseguro que quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió tiene vida eterna y no es sometido a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida» (Jn 5,24). Es la certeza de nuestra fe: nuestro salvador vive, y con Él viviremos también nosotros (cf. Job 19,25). Jesucristo nos promete: «Yo vivo y vosotros viviréis» (cf. Jn 14,19). Lo que nos da es la vida eterna (cf. Jn 17,3).

El camino de la vida verdadera consiste en reconocer y aceptar esta dimensión trascendente y escatológica de la vida humana. Nuestra preocupación debe ser reconocer con fe, esperanza y amor esa realidad de la presencia de Dios y de la comunión con que nos agracia, dejando que tome forma en nuestra vida. El objetivo primario de la vida cristiana es el conocimiento del Hijo de Dios (cf. Ef 4,13), porque Él es la vida eterna. Tenemos vida si vamos a Él y con Él: «Señor, ¿a quién iremos? Tú dices palabras de vida eterna» (Jn 6,68). Si construimos nuestra vida sobre Cristo y la fundamentamos en Él, recibimos la vida en plenitud. La regla de san Benito nos recomienda esto: no anteponer nada a Cristo, «Christo nihil omnino praeponere» (LXXII, 11).

Si ahora consideramos la vida como un don, Dios se nos presenta en Cristo como el donante. Puesto que el dar pertenece realmente a la esencia de Dios, se nos concede encontrarle al final de la vida como donante. En cuanto criatura de Dios, puedo confiar en que una vez finalizada la vida terrena no se rompa la comunión con Él, que es en sí la vida. «Pero si el Mesías está en vosotros, aunque el cuerpo muera por el pecado, el espíritu vivirá por la justicia. Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús de la muerte habita en vosotros, el que resucitó al Mesías de la muerte dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el Espíritu suyo que habita en vosotros» (Rom 8,10s).

Creer en la vida tras la muerte nos da fuerza para mirar la vida antes de la muerte en perspectiva divina y hacer que tenga éxito gracias al poder de Dios. El cristiano entiende el camino de su vida terrena como peregrinación a la gloria celestial. No es un camino de resignación, sino un camino dinámico con la mirada puesta en el cielo. Dar un sí creyente a la promesa de la vida eterna es el fundamento y sostén que nos hace interiormente libres y nos ayuda a superar nuestra angustia existencial, que siempre tiende a bloquearnos. La vida eterna en Cristo es nuestra fuente de energía. La conciencia creyente de que esa promesa está ya actuando en nosotros mediante la participación otorgada en la vida de Dios revitaliza en nosotros una fuerza interior que nos permite tener una vida plena de sentido. La esperanza activa que hay en nosotros nos motiva una y otra vez para abordar apasionadamente la vida con serenidad interior, pese a todos los desafíos, sufrimientos, agobios y angustias que nos afectan dolorosamente.

A la vista de la muerte y en situaciones de desesperación, hay una valoración realista de la vida, una fuerza. El hombre es un ser frágil; solo Dios es eterno. La vida, sea antes o después de la muerte, está resguardada en la presencia de Dios. Si asumimos esta certeza de fe y nos confiamos a las manos de Dios, eso nos proporciona una fuerza creyente para salir adelante incluso en situaciones difíciles de la vida. Esta certeza es, de

todos modos, un don de Dios, que podemos pedir y que podemos esperar.

5. La fuerza de la oración en un tiempo de necesidad

En tiempos de crisis quizá es mejor que hablemos menos *de* Dios con la gente y más *con* Dios de la crisis. El cristiano extrae su energía fundamentalmente de la oración, de hablar con Dios. El ser humano no tiene fuerza por su propia virtud y, por tanto, depende de la ayuda de Dios. En la necesidad clamamos a Dios, a veces incluso a gritos. Es un acto de confianza alzar la voz a Dios hasta que nos escuche (cf. Sal 77,2). «En mi angustia te busco, Dueño mío, de noche rebulle mi mano sin descanso, rehúsa calmarse el jadeo» (Sal 77,3). Si ante experiencias de sufrimiento indecible nos faltan las palabras, siempre nos queda aún estar en silencio ante Dios.

La oración es la actitud natural de la persona religiosa, lo cual es especialmente cierto en situaciones de necesidad y de crisis. La oración no es hablar con uno mismo ni dirigiéndose a la pared. La oración es diálogo con Dios. Es hablar de amor con quien nos quiere, con quien nos reunimos a menudo y a gusto (Teresa de Ávila). Para el orante, Dios es su refugio: «Por eso, que todo fiel te suplique…, la avenida de aguas torrenciales no lo alcanzará. Tú eres mi refugio, me libras del peligro, cuando grito: ¡Socorro!, me rodeas» (Sal 32,6s). Quien ora con fe puede alegrarse por la ayuda del Señor, «pues has mirado mi miseria, has sabido las angustias de mi alma». Aun cuando Dios sabe nuestra necesidad, podemos abrir nuestro corazón a Él con confianza y presentarle nuestras múltiples lesiones: «En tu mano encomendaba mi vida; y me libraste, Señor, Dios fiel» (cf. Sal 31). Sobre el trasfondo de la amenaza existencial, solo podemos pedir a Dios que aprendamos de nuevo a ver y entender los caminos de la providencia divina.

En la oración expresamos nuestra dependencia existencial de Dios. Se trata fundamentalmente de la confesión de que el cuidado y la providencia de Dios siguen valiendo en cualquier tiempo, incluso en situaciones en que sus frutos nos resultan invisibles. *Sin embargo* y *pese a todo* son términos que dan expresión a la actitud de confianza básica: «Aunque la higuera no echa yemas y las cepas no dan fruto, aunque el olivo se niega a su tarea y los campos no dan cosechas, aunque se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo festejaré al Señor gozando con mi Dios salvador: el Señor es mi fuerza, me da piernas de gacela, me encamina por las alturas» (Hab 3,17ss).

Ante la necesidad y la muerte, no podemos, como personas religiosas, sino poner nuestra mirada en Dios y suplicar su ayuda. Mis ojos miran suplicantes hacia arriba: «¡Señor, que me oprimen, sal fiador por mí!» (Is 38,14). La oración hace crecer en nosotros una nueva confianza y esperanza.

Orar es un acto de confianza, el camino que lleva directamente al corazón de Dios. Es la respiración del alma, que es nuestra ancla en las múltiples tormentas de la vida, así como consuelo y guía. La oración nos da la fortaleza que nos permite superar nuestra angustia existencial y, confiando en el cuidado paternal de Dios, vivir en confianza y esperanza. El propósito de Jesús era animar a las personas a confiarse a la bondad y el

cuidado del Padre: «Por eso os digo que no andéis angustiados por la comida [y la bebida] para conservar la vida o por el vestido para cubrir el cuerpo. ¿No vale más la vida que el alimento?, ¿el cuerpo más que el vestido? Fijaos en las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni recogen en graneros, y, sin embargo, vuestro Padre del cielo las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros puede, por mucho que se inquiete, prolongar un poco su vida?» (Mt 6,25ss). Como personas que confían en Dios, podemos alabar a Dios en los momentos de alegría, buscar a Dios en tiempos difíciles, venerar y adorar a Dios en las horas tranquilas, confiar en Dios en situaciones de dolorosa necesidad, y en toda situación dar gracias a Dios.

En todo momento y en toda situación se nos exhorta a cuidar intensamente nuestra relación con Dios en la oración. En vista de las experiencias de sinsentido, tristeza y fragilidad, podemos asumir con fe las palabras del Evangelio: «Pero a los que la acogieron, los hizo capaces de ser hijos de Dios» (Jn 1,12). Como hijos de Dios, podemos ir al Padre celestial con todas nuestras preocupaciones: «Nada os preocupe. Antes bien, en vuestras oraciones y súplicas, con acción de gracias, presentad a Dios vuestras peticiones» (Flp 4,6).

De la vida forman parte experiencias positivas y negativas; la alegría y la pena nos acompañan toda la vida. Es ley de vida que hemos de morir para vivir: el grano de trigo debe morir para vivir (cf. Jn 12,24). Sin la cruz, el mensaje cristiano queda sin fuerza y vacío de contenido. Mientras vivimos en el mundo, son inevitables los apuros: «En el mundo pasaréis aflicción; pero tened valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Si en nuestra necesidad y angustia miramos a Jesús y confiamos en su promesa, nos da fortaleza para resistir apuros y necesidades y experimentar su consuelo.

A lo largo de la historia de la cristiandad, en situaciones de necesidad provocadas por epidemias, catástrofes naturales y guerras, los creyentes se consideraron siempre una comunidad de fe orante. Invocaban la intercesión de los santos. Hacían así visible y tangible la *communio sanctorum*, la comunidad de los santos que profesamos en el credo. En situaciones de crisis, los creyentes han rezado por los que padecían necesidad. Esta oración vicaria por los demás expresa que somos una familia de Dios. Necesitamos orantes, intercesores y la comunidad solidaria de oración.

Al terminar el tiempo de Cuaresma, el papa Francisco dio un ejemplo estimulante de plegaria de intercesión en la crisis. En la memoria de este siglo quedará grabada la imagen del papa subiendo solo la escalinata de la plaza de San Pedro, orando en solitario entre el «Cristo de la Peste» romano y el icono de María *Salus populi Romani*, para finalmente impartir al mundo la bendición con el Santísimo.

6. Un nuevo estilo de vida en el tiempo posterior

La crisis del coronavirus puede convertirse en una llamada de atención en una época caracterizada principalmente por concepciones del más acá. Nuestro pensamiento está en diversos paraísos sobre la tierra, donde buscamos satisfacer nuestros anhelos. Hablamos hoy de paraísos de vacaciones, paraísos soñados, paraísos del surf, paraísos del consumo,

paraísos fiscales y demás. La gente vive y trabaja duramente, sin sosiego e incansablemente para acceder a tales paraísos.

La inmensa mayoría de las personas tienen representaciones del paraíso, independientemente de su cultura y su religión. Tenemos que trascender estas representaciones, en buena parte atadas al más acá, para llegar a una comprensión verdadera e integral del ser humano. «No os acomodéis a este mundo, antes transformaos con una mentalidad nueva, para discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno y aceptable y perfecto» (Rom 12,2). Esto solo es posible si rompemos la atadura con el más acá actualmente dominante y la ampliamos con la perspectiva del más allá celestial, para que la vida en su totalidad llegue a buen término.

Solamente con la perspectiva cambiada de la fe podemos llegar al final de nuestra vida al auténtico paraíso que nos espera, en el que la presencia plenificante de Dios nos otorga la salvación, plenitud y felicidad definitivas. Este paraíso no se puede «hacer»: pertenece a Dios. El camino hacia él se caracteriza por una vida con buen criterio que renuncia a las tendencias egoístas, evitando las acciones autodestructivas y la destrucción de las relaciones y de los fundamentos de la vida de los demás.

En vista de las múltiples catástrofes naturales, hemos de reconocer de nuevo cuán poco sabemos de la naturaleza y el mundo que nos acompaña y rodea. La crisis del coronavirus nos ha mostrado cómo en el mundo todo está conectado entre sí y que el mundo es una comunidad de destino. De nuevo hemos cobrado conciencia de la unidad de Dios y de la humanidad, de la universalidad de la fraternidad. De aquí se desprende que hemos de cuidar de la casa común y vivir la solidaridad universal[9]. Cada individuo y la humanidad en cuanto tal están llamados a una conversión y renovación integrales del corazón, para comprometerse por una *ecología humana* fidedigna[10].

Cambiar nuestro estilo de vida nos ayuda a desarrollar la capacidad «de salir de sí hacia el otro. Sin ella no se reconoce a las demás criaturas en su propio valor, no interesa cuidar algo para los demás, no hay capacidad de ponerse límites para evitar el sufrimiento o el deterioro de lo que nos rodea. La actitud básica de autotrascenderse, rompiendo la conciencia aislada y la autorreferencialidad, es la raíz que hace posible todo cuidado de los demás y del medio ambiente, y que hace brotar la reacción moral de considerar el impacto que provoca cada acción y cada decisión personal fuera de uno mismo. Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad»[11]. El verdadero conocimiento de Dios y el autoconocimiento realista llevan directamente a la empatía y la solidaridad con nuestros semejantes y a una praxis solidaria.

En este tiempo de crisis se nos ha quedado grabado en la memoria el término *covid*. La abreviatura *covid* (*corona virus disease*), con que se designa la enfermedad desencadenada por el virus, podría darnos finalmente una orientación ético-espiritual para nuestro estilo de vida en la pandemia y después de ella:

– *C*: confianza (confianza en Dios)

– *O*: oportunidades (aprovechar las oportunidades)
– *V*: valores (volver a descubrir los valores fundamentales)
– *I*: inteligencia (sabiduría para discernir los espíritus)
– *D*: dedicación (entrega a Dios en favor de los hombres y el mundo).

7. Dios tiene la última palabra

La pandemia del coronavirus y la consiguiente angustia por el futuro pasarán, lo mismo que han pasado muchas épocas malas en la historia del mundo. No solo en esta pandemia, sino en todas las catástrofes naturales y en todas las suertes personales de la vida, podemos confiar en el cuidado y la providencia de Dios, a pesar de que esos tiempos parezcan tristes y dolorosos. Como seres frágiles, podemos en la fe aprender a aceptar nuestros propios límites y confiar a Dios nuestro desvalimiento: «Por todas partes nos aprietan, pero no nos ahogan» (2 Cor 4,8).

Las llagas de Jesús fueron para Tomás el lugar para experimentar al Señor resucitado (cf. Jn 20,24-29). Las llagas de esta pandemia ¿podrían ofrecernos ocasión también para hacer una experiencia nueva de Dios? Si, como creyentes, insertamos confiadamente nuestra propia fragilidad y la de nuestros semejantes, la necesidad de salvación de todos, en el plan salvífico de Dios para salvar la creación entera, entonces brota en nosotros una energía nueva. Por la fuerza de la fe podemos gritar también a nuestro angustiado mundo, con san Juan Pablo II: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!»[12]. Cristo es el Salvador, que nos puede sanar. Es el Redentor y Salvador del mundo. Solamente Él es nuestra esperanza.

Ante los múltiples riesgos y amenazas de la vida, cada uno de nosotros tiene la misión de entregarse según sus posibilidades, desde la fuerza de su fe, a hacer avanzar un desarrollo sostenible e integral de toda la familia humana. Desde la perspectiva de la fe cristiana, debemos tener siempre en consideración a los débiles y los necesitados, a los pobres y los enfermos, y emprender todo lo posible para aliviar y suprimir su necesidad. Para ello extraemos nuestra energía de nuestra vivencia de relación con Dios. Nuestro Dios es un Dios para nosotros y un Dios que va con nosotros. Permanece con nosotros todos los días de nuestra vida (cf. Ex 3,14; Mt 28,20). No nos abandona tampoco en este tiempo. Su presencia sanadora y salvífica es para los creyentes una certeza y una fuente de vigor.

Los cristianos vivimos de la esperanza. La muerte es solo la palabra penúltima: la última palabra la tiene Dios mismo y es la resurrección, la vida en plenitud y la vida eterna. Si nos abandonamos a la fidelidad de Dios y confiamos en Él, tenemos la certeza que nos apacigua: los seres humanos no tenemos todo bajo control, pero estamos en las manos de Dios. El cristiano no da forma a su vida por su propio poder, sino por el poder del Espíritu Santo. En tiempos de inseguridad podemos confiarnos a su guía con toda confianza. Con su don de sabiduría podemos asumir la vida y darle forma en sus límites y posibilidades. Con su don de entendimiento aprendemos a considerar, atender y preservar la vida en su santidad y belleza. Con su don de consejo podemos elegir lo

necesario y correcto en situaciones de decisión. Su don de temor de Dios nos capacita para desarrollar la reverencia por la vida y por la creación y vivir humanitariamente por amor a la humanidad universal.

No solo la crisis actual, sino también muchas catástrofes locales y mundiales pueden convertirse en una interpelación a nuestra fe y una prueba para ella. Pero no nos deben llevar a la desesperación, sino a una certidumbre creyente y una fortaleza en la fe, así como a un conocimiento más profundo de que Dios es el Señor y conductor de la historia, el presente y el futuro. Él puede guiarnos a través de cualquier crisis, y en sus manos permanecemos a resguardo. En una hora en que la humanidad entera padece bajo la amenaza de la pandemia, nuestra fe puede proporcionarnos esperanza y confianza. La fuerza de la fe puede mostrarse como el poder que supera el poder de la angustia. A la vista de la grave prueba y del sufrimiento, no solo en esta pandemia, sino en todas las catástrofes naturales, como creyentes podemos hacer nuestro existencialmente el conocido poema del teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer:

> «Maravillosamente protegidos por poderes bienhechores,
> esperamos confiados lo que venga.
> Dios está con nosotros mañana y noche,
> y ciertamente en cada nuevo día»[13].

[*] Título original: «Leben bezeugen in einer sterblichen Welt».

[5] AGUSTÍN, sermón 52, 6.

[6] AGUSTÍN, *Confesiones*, IV, 4, 9.

[7] Con gran detalle en torno al tema de la muerte, la inmortalidad y la vida eterna: J. RATZINGER, *Eschatologie – Tod und ewiges Leben*, Regensburg 1977 [trad. esp.: *Escatología: Muerte y vida eterna*, Herder, Barcelona 2007]; J. PIEPER, *Tod und Unsterblichkeit*, ed. de Berthold Wald, Kevelaer 2012 [trad. esp.: *Muerte e inmortalidad*, Herder, Barcelona 1982].

[8] Misal romano, prefacio I de difuntos.

[9] Cf. FRANCISCO, encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común.

[10] Cf. *ibid.*, 5.

[11] *Ibid.*, 208.

[12] Con esta llamada llena de esperanza comenzó el papa Juan Pablo II su pontificado el 16 de octubre de 1978.

[13] *Gotteslob: Katholisches Gebet- und Gesangbuch*, Stuttgart 2013, 430.

4

La pandemia como experiencia ecuménica[*]

TOMÁŠ HALÍK

1. La pandemia como lado oscuro de la globalización

Para que un suceso nuevo se convierta en experiencia, ha de pasar por una reflexión, por el esfuerzo de comprender. Para que ese suceso se convierta en parte integrante de nuestro mundo interior, ha de ser de algún modo compatible con él; pero, al mismo tiempo, no debe perder durante el proceso de integración su novedad enriquecedora. Un componente importante de este proceso es la contemplación: es necesario crear en nosotros mismos un silencio, un espacio libre, vacío, procurando sosegar nuestras primeras reacciones y tomar conciencia de nuestras «pre-comprensiones», nuestros prejuicios y actitudes defensivas frente a la novedad de lo nuevo. Solo al alcanzar una atención concentrada podemos dejar al suceso acceder a nosotros; hacemos espacio a ese suceso para que pueda revelarnos su sentido, su mensaje. Conferimos a lo vivido el poder del lenguaje, lo revestimos de palabras; recibe así una forma, puede entrar no solo en nuestro mundo interior, sino en el mundo de nuestra convivencia y nuestra comunicación con los demás.

La pandemia del coronavirus ha sido un suceso inesperado de dimensión mundial. ¿Va a convertirse también esta pandemia en una experiencia global? Seguro que las distintas sociedades procurarán tanto hacer frente a las inmediatas consecuencias económicas, sociales y políticas de la pandemia como prepararse mejor para posibles sucesos similares en el futuro. Hemos cobrado conciencia de la vulnerabilidad de la civilización global. La pandemia es un aspecto de la globalización, de ese proceso económico y cultural que desde hace tiempo está modificando nuestro mundo y la vida en él.

Aun cuando en las últimas décadas va cobrando fuerza la resistencia contra la globalización y se fortalecen tendencias centrífugas, en las que confluyen nacionalismo, fundamentalismo y populismo, estoy convencido de que no podemos apearnos ya del proceso de globalización, del mundo multiconectado. Pero un componente importante del proceso de globalización consiste en que interpretemos ese proceso.

El fenómeno de la pandemia está esencialmente unido al fenómeno de la globalización; son dos temas inseparables. Una reflexión de fondo de la experiencia de la pandemia puede contribuir a una comprensión más honda del proceso de la globalización. Con ello podemos orientarnos en el mundo actual, así como encontrar valor para aprovechar las oportunidades que nos brinda este proceso y a la vez darnos cuenta de los peligros que comporta.

En la época en que el proceso de globalización contribuyó de modo significativo a la caída del mundo comunista (que no estaba en situación de sostenerse en el mercado libre de las cosas y de las ideas), surgió la profecía del «final de la historia». Con gran optimismo, se esperaba la victoria global de la democracia política y económica de tipo occidental. Si hoy apareciese un libro con el título de *El fin de la historia*, contendría, probablemente, visiones muy distintas, más bien apocalípticas.

El proceso de globalización es ambivalente; la pandemia muestra una de sus muchas caras oscuras: en muchas personas suscita opresión, angustia, pánico, expectativas pesimistas, incluso desesperación, que Sören Kierkegaard llamaba la «enfermedad para la muerte». ¿Cómo podremos reubicarnos en situación de transformar esta «paranoia» en una *prónoia*, en sabiduría y amplitud de miras?

Aquí veo un desafío grande para la teología: el de ser *public theology* y teología ecuménica, en un doble sentido. La teología es *public* en la medida en que se ocupa del «espacio público» y también en que resulta comprensible también para las personas que en ese espacio público no comparten nuestro «juego de lenguaje» eclesial; teología ecuménica tanto por surgir de la colaboración entre teólogos por encima de fronteras confesionales y religiosas como por ser una «teología del ecumenismo», una contribución teológica al debate sobre la *oikouménē*, sobre la configuración del mundo común.

La globalización ha creado a partir de este planeta un espacio de múltiples conexiones, pero no ha creado a partir de la «casa común» un hogar común. En las pasadas décadas, cuando el proceso de globalización entró en una nueva fase con el derrumbamiento del mundo bipolar tras el fin de la Guerra Fría, ese proceso tenía predominantemente el carácter de una integración económica. Lo cual dejaba encubierta otra dimensión, cuya importancia no se debe subestimar: el proceso de la comunicación cultural y mental.

El cristianismo, como uno de los primeros grandes *global players* de la historia de la humanidad, tiene en este campo grandes experiencias que manifestar y sigue disponiendo aún de grandes posibilidades, pero al mismo tiempo tiene también una gran responsabilidad. Recordemos a Pierre Teilhard de Chardin, uno de los primeros «profetas de la globalización» (él mismo hablaba de «planetización»), que nos ha proporcionado valiosos estímulos de cara a la espiritualidad de un «mundo en crecimiento conjunto». Sin embargo, Teilhard –lo mismo que C. G. Jung o Dietrich Bonhoeffer– señaló también graves impedimentos y enfermedades del cristianismo actual, que obstaculizaban un desarrollo suficiente de su potencial terapéutico e integrador. Si el cristianismo ha de contribuir a una terapia del mundo, debe someterse él

mismo a una terapia, una reforma; tampoco estos dos procesos se pueden separar entre sí.

2. La necesidad de un ecumenismo más profundo

Un componente de la reforma del cristianismo ha de ser no solo una profundización de los esfuerzos ecuménicos en curso, sino también una profundización esencial de la misma comprensión del ecumenismo, de su esencia y su sentido.

En la Iglesia católica vinculamos, sobre todo, el ecumenismo con el Concilio Vaticano II y su concepción del diálogo ecuménico. Es necesario proseguir por ese camino.

El Concilio planteó a la Iglesia la exigente tarea de una triple apertura: abrirse al diálogo con las otras Iglesias cristianas, con las religiones no cristianas y con los «no creyentes», el humanismo secular y el ateísmo[1]. Aunque, de ordinario, el concepto de ecumenismo se aplica solo a las relaciones entre las Iglesias cristianas, en esta reflexión lo emplearé para los tres tipos de apertura y hablaré de un ecumenismo primero, segundo y tercero.

Si el cristianismo católico quiere ser realmente *católico*, tiene que dar el *paso del diálogo a un ecumenismo profundizado* también en las relaciones con otras religiones y con el mundo secular. Estoy convencido de ello. Tiene que tomar a su cargo y asumir a la mayoría de la humanidad, que no pertenece formalmente a la Iglesia católica, y no solo como interlocutora, sino como cohabitante de la casa común, a partir de la cual hay que configurar un hogar común.

El Concilio procuró sacar a la Iglesia católica del «catolicismo» –del callejón sin salida de la contracultura, deslindado negativamente del mundo que la rodeaba, primero del protestantismo y luego de la cultura secular moderna– para llevarla a la «catolicidad» del cristianismo, esto es, a un cristianismo como oferta universal; no a una concepción de la Iglesia semejante a una fortaleza rodeada de enemigos, sino a una concepción que ve a la Iglesia como «sacramento» (símbolo y signo eficaz) de la unidad a la que está llamada la humanidad entera. Una unidad prometida que, sin embargo, solo puede ser realizada en plenitud en perspectiva escatológica.

Esta comprensión de la vocación de la Iglesia en el proceso de integración de la humanidad requiere tanto una apertura valerosa ante los otros como «paciencia escatológica», respeto y acogida hospitalaria. Si no respetáramos la alteridad de los otros y quisiéramos precipitadamente «transferir lo distinto a lo propio», sucumbiríamos en la tentación del proselitismo, el triunfalismo y el totalitarismo[2].

El Concilio ha exhortado a la Iglesia a dar un paso valeroso similar al que dio en tiempos el apóstol Pablo, cuando sacó a la joven cristiandad de la figura de una secta judía al espacio de la ecúmene de entonces, del mundo greco-romano, y la presentó como una oferta universal de un camino vital que traspasa todas las fronteras entre culturas, entre religiones, entre géneros y clases sociales. Karl Rahner vio en el Concilio Vaticano II un impulso similar para la Iglesia, que ahora habría de salir (no solo física,

sino sobre todo mentalmente) del ámbito de la civilización eurocéntrica, crecida desde las raíces de aquella ecúmene, para convertirse en una comunidad verdaderamente global, multicultural. La superación del eurocentrismo significaría también enlazar de nuevo con aquellos intentos (antaño trágicamente aniquilados) de inculturar el cristianismo, en especial por parte de las misiones jesuitas: apoyar en los «países de misión» la transformación del cristianismo de copia del viejo catolicismo europeo a la forma de las Iglesias locales, que beben en las fuentes de las culturas autóctonas; por tanto, apoyar en el fondo un cristianismo africano, asiático, latinoamericano, etc.

El triple diálogo que estimuló el Concilio recibió un paraguas institucional bajo la forma de tres organismos vaticanos. En el campo de la colaboración ecuménica con otras Iglesias se ha hecho ciertamente mucho bueno y necesario, lo mismo que en el diálogo entre cristianos y judíos (al que se reservó un ámbito especial, pues la Iglesia ha querido mostrar que es consciente de su decisivo vínculo con el judaísmo, al que no contempla meramente como una de las «religiones no cristianas»). De un modo similar, se va desarrollando también fructíferamente el diálogo con las otras religiones, desde sus inicios en los encuentros de Asís en el pontificado de Juan Pablo II hasta los documentos conjuntos recientemente firmados con los musulmanes en el pontificado del papa Francisco.

En la época posterior a la caída del comunismo fui uno de los consultores del Consejo Pontificio para el Diálogo con los No Creyentes, hasta el momento en que ese Consejo fue suprimido (claramente en el marco de la euforia tras la caída del imperio soviético, potencia mundial atea). El papa Benedicto XVI habló al final de su pontificado de la necesidad de abrir en la Iglesia un «atrio de los gentiles» y esa idea inspiró una serie de encuentros interesantes en diversas partes del mundo.

Sospecho, sin embargo, que los radicales cambios de nuestro mundo –de los que forma parte el fenómeno de la pandemia– muestran que hoy se presentan desafíos mucho más radicales para el tercer «ecumenismo». Hoy ya no es suficiente ofrecer en la Iglesia a los «no creyentes» un espacio similar al que el judaísmo reservaba a los «incircuncisos», a los «gentiles piadosos», en el templo de Jerusalén. Me viene una y otra vez la imagen usada por el cardenal Bergoglio en vísperas de su elección papal: Cristo está a la puerta y llama. Pero hoy –añadió Bergoglio– Jesús llama a la puerta de la Iglesia desde dentro y quiere salir, y nosotros hemos de seguirle. Entiendo esta imagen como una valiente exhortación a traspasar las actuales fronteras institucionales y mentales del cristianismo, a hacer de la fe cristiana una auténtica levadura del mundo, una fuerza espiritual de la globalización, una oferta universal y una visión inspiradora. ¿Está dispuesto el cristianismo actual a dar ese paso?, ¿tiene suficiente valor y vitalidad para ello?

3. La espiritualidad como base del ecumenismo

Los cristianos de nuestro tiempo tienen que encontrar un camino entre dos extremos peligrosos: el imperialismo, proselitismo y triunfalismo espirituales, por un lado, y, por

otro, la pérdida de identidad, la disolución de la sal de la fe en un informe y desdibujado «unitarismo», o en un humanismo abstracto y vago que todo lo abarca. Lo que importa es cómo unir la «catolicidad» con el cristianismo sin que la catolicidad se reduzca a un «catolicismo» (o cualquier otro «ismo» ideológico) y sin que el cristianismo renuncie a su carácter como «religión de la encarnación»: sin que su figura pierda los rasgos singulares del rostro de Jesús de Nazaret.

Si el cristianismo ha de ahondar su catolicidad y volverse radicalmente ecuménico, si ha de contribuir al desplazamiento de una cultura del diálogo a una cultura de verdadera participación, debe repensar de nuevo a fondo muchas disciplinas teológicas, incluyendo la cristología y la eclesiología, la doctrina sobre Cristo y la doctrina sobre la Iglesia[3]. Pero la mayor tarea que se le plantea a la teología tiene que ver con su espiritualidad y con la praxis de la espiritualidad cristiana en general. Es necesario superar la separación entre teología y espiritualidad, que Hans Urs von Balthasar designaba como la mayor tragedia de la historia cristiana. Justamente en el ámbito de la espiritualidad –de una espiritualidad verdaderamente ecuménica, por tanto «radicalmente católica»– se halla la clave de la renovación de la teología y de la renovación de la Iglesia, el camino para llevar a cabo la vocación terapéutica del cristianismo en el mundo, en el que están en marcha a la vez un proceso de integración y una escisión profunda.

En el terreno de las «cosmovisiones» seguirán subsistiendo, sin duda, diferencias legítimas y comprensibles: entre las Iglesias cristianas, entre las religiones mundiales y entre las religiones y las filosofías seculares; han sido causadas en gran parte por diferentes perspectivas histórico-culturales. *Pero el lugar de encuentro va a ser una profunda experiencia espiritual: la experiencia de la* metánoia, *de la transformación, del cambio de una vida en la superficie a una vida en la hondura*.

Estoy convencido de que la *metánoia* (la transformación existencial del ser humano, el cambio de dirección de los esfuerzos humanos, la reorientación hacia el *unum necessarium*), tema de la primera predicación de Jesús y, en cierto modo, lema de toda su actuación, puede ser justamente lo que pueden entender, por encima de las fronteras de culturas y religiones, todos los que buscan el sentido y un anclaje más profundo de la existencia humana. Aquí veo el «punto Omega» del ecumenismo de tipo primero, segundo y tercero.

En la época de la Plena Edad Media, cuando se encontraron entre sí los mundos intelectuales de las tres religiones monoteístas, Tomás de Aquino dio en su *Summa contra gentiles* un paso valiente, genial y decisivo: trató de fundamentar el pensamiento religioso en la «razón natural», haciéndolo así accesible incluso a los que no comparten la fe cristiana en la revelación de Cristo. Puso, de ese modo, el pensamiento religioso en dos planos: el primer plano es la «teología natural» filosófica; el segundo, la teología en el sentido propio de la palabra, la hermenéutica teológica de la singular autorrevelación de Dios. Con ello confirió a la teología católica, para varios siglos, el carácter de una metafísica, fundada especialmente en un aristotelismo reelaborado creativamente. El papa Benedicto XVI –aun cuando él mismo estaba más influenciado por Agustín que por Tomás– tenía aún claramente por indisoluble el matrimonio entre la fe cristiana y la

metafísica griega.

Sin embargo, uno de los valiosos frutos de la globalización (de cuya historia forma parte, por lo demás, aquel encuentro de las tres religiones abrahánicas en la Plena Edad Media) es reconocer las profundas diferencias de los paradigmas culturales. Es ingenua e insostenible la concepción de que la racionalidad de la metafísica medieval pudiera convertirse hoy en un fundamento, asumible por todos, de la comunicación cultural y religiosa en el mundo actual. En el diálogo de las culturas, la concepción ahistórica de una «naturaleza inmutable» es en sí misma producto de una época determinada, de una cultura determinada, de un «juego de lenguaje» determinado. De cara a una *public theology* ecuménica que responda a los signos de nuestros tiempos, hemos de buscar un fundamento más profundo y ahondar el pensamiento filosófico.

Los adversarios más bulliciosos de una separación entre la teología y la metafísica clásica son sobre todo los partidarios de aquella caricatura del tomismo de la modernidad tardía que –inspirados, evidentemente, por su adversario, la racionalidad cartesiana y el positivismo de la Edad Moderna– se esforzaron por construir una «ciencia de Dios» cuasipositivista, un mundo silogístico cerrado en sí mismo, autorreferencial. La «neoescolástica», fruto de aquella época del «retrocatolicismo» en el siglo XIX (período en que en la arquitectura eclesiástica predominaban estilos como el neorrománico, el neogótico o el neorrenacentista, carente igualmente de audacia para una auténtica novedad, originalidad o creatividad), había olvidado una fuente importante de la teología medieval –también de la obra de santo Tomás–, a saber, la mística y la teología «negativa» o apofática dimanante de ella. La tradición mística y la teología mística fueron a lo largo de toda la Edad Media las hermanas y el necesario correctivo de la metafísica.

Estoy convencido de que llega la hora en que se cumpla la profética frase de Karl Rahner de que el cristiano del futuro será un místico o ya no será. En un tiempo de inflación de la seudomística, que patentiza que sigue existiendo sed de esa dimensión postergada de la religión, pero que, sin embargo, no representa una respuesta legítima a esa sed, la teología tiene planteada la importante tarea de dar a la teología espiritual un fundamento sólido, que pueda servir de base para un auténtico diálogo y una participación de las culturas. (Se trata, por tanto, de un intento similar a aquello por lo que se esforzó Tomás de Aquino en su tiempo, usando las fuentes filosóficas de entonces). Ese instrumento filosófico difícilmente podrá serlo la ontoteología clásica; lo serán más bien la fenomenología o la hermenéutica.

Juan Pablo II y también Benedicto XVI han recalcado debidamente que una fe sin razón y una razón sin fe (una racionalidad sin el componente espiritual y ético que dimana de la religión) pueden ser muy peligrosas en su unilateralidad. En una época en la que en algunas corrientes de un cristianismo «carismático» y evangélico muy dinámico florece una espiritualidad emocional, es preciso, ciertamente, poner en guardia contra una piedad irracional y recordar la dialéctica de racionalidad y fe como un rasgo permanentemente importante de la teología católica y de la cultura cristiana en general. Sin embargo, no podemos ignorar los cambios históricos de la racionalidad y la

«pluralidad de racionalidades» que señalan muchas escuelas de antropología cultural y de sociología (desde el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss, pasando por la «revolución de los paradigmas científicos» en Kuhn, hasta la «teoría de la decisión racional» en la sociología de la religión[4]). Personalmente, barrunto que en especial la mecánica cuántica y la teoría de sistemas en la sociología de Niklas Luhmann pueden resultar interlocutores inspirados para una teología posmetafísica. Ha sido justamente Luhmann quien ha mostrado cómo la teología mística (en especial la teología de Nicolás de Cusa), con su capacidad para reflexionar sobre el carácter paradójico de la realidad, puede servir de inspiración para el diálogo de la ciencia y la teología[5].

4. Entender la fe de los «no creyentes»

La gran tarea del «tercer ecumenismo»[6] consiste en descubrir, comprender e interpretar con mayor profundidad las experiencias espirituales de las personas que no profesan ninguna religión. En muchos lugares de nuestro planeta, pero especialmente en nuestra sociedad occidental (y con gran fuerza en mi país, la República Checa), está creciendo el número de los «nons»: personas que no están dispuestas a incluirse en una de las religiones existentes.

A tales personas se las llamaba «ateas» en el pasado reciente, demasiado a la ligera. Sin embargo, los verdaderos ateos (que niegan expresamente la posibilidad de la existencia de Dios y de «realidades espirituales») constituyen un porcentaje relativamente reducido; e incluso de estos, muchos no rechazan a «Dios», sino solo un tipo determinado de teísmo, de concepciones religiosas. (Con frecuencia uno tiene que estar de acuerdo, incluso como teólogo cristiano, con su rechazo de ciertas formas de teísmo, de concepciones humanas ingenuas o pervertidas de Dios). Los «nons» representan una gama muy plural, desde los apateístas (personas religiosamente indiferentes o apáticas), los agnósticos, los anticlericales, los «autogestionarios en el terreno religioso», pasando por los adeptos a espiritualidades alternativas, los sincretistas, hasta los que se han sentido decepcionados o heridos por las instituciones religiosas, así como los buscadores espirituales honestos.

Una corriente significativa de la teología moderna, la teología de la liberación, está concentrada en las personas al margen de la sociedad, los integrantes de minorías, los pobres, perseguidos, explotados y marginados de las sociedades que se centran en el crecimiento continuo del bienestar, aun cuando se consiga al precio de destruir el planeta entero. Esa teología afirma que el Evangelio es, ante todo, buena noticia para los pobres y que solo puede comprender su sentido auténtico quien es pobre él mismo o se solidariza con los pobres y marginados. Seguro que la actual pandemia del coronavirus traerá a la memoria la actualidad y relevancia de muchos temas de la teología de la liberación.

Sospecho, con todo, que en paralelo con ello es preciso desarrollar una teología que reflexione sobre la experiencia espiritual de los «nons», que están marginados en las Iglesias, a menudo decepcionados y heridos por la «religión organizada»; de las personas

al borde del mundo de los dogmas y rituales religiosos, de las personas sin anclaje, de las que son pobres en «seguridades» y, sin embargo, están abiertas y buscan honestamente y con frecuencia ansían seriamente la verdad y la justicia. ¡También a estos «pobres» los tenemos siempre con nosotros y los vamos a tener siempre con nosotros!

Estoy convencido de que en el futuro las Iglesias, además del cuidado pastoral de sus fieles, naturalizados en sus comunidades parroquiales y eclesiales, y además de la misión clásica, dirigida a captar nuevos miembros para la Iglesia, tendrán que desarrollar en especial un tercer tipo de servicio: el acompañamiento espiritual de los buscadores. En cierto modo, el prototipo de esta vocación es el servicio de los capellanes, sobre todo de hospitales y prisiones, dirigido a todos los que lo requieren, no solo a los «fieles», sin pretender una «conversión» en el sentido tradicional religioso-eclesial de la palabra.

Con todo, en el centro de este servicio ha de estar también una conversión en el sentido de *metánoia*: la conversión existencial de una vida en la superficie a una vida en la hondura. Esta transformación la describe la psicología profunda como hacer el camino del ego al *self*, el yo interior; la filosofía de Heidegger, como *Kehre*, viraje, giro de la vida inauténtica en el activismo y las preocupaciones del mundo de los entes, de la vida conforme como la viven «todos los demás» (el *se* del «se vive»), a la vida auténtica, a escuchar la llamada de la conciencia.

San Pablo expresa esta experiencia mística con la frase «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí», dando inicio así a la tradición de la mística cristiana, que busca un camino al «castillo interior», al «alma de nuestra alma», etc. El Maestro Eckhart, probablemente el más audaz y original de los místicos cristianos, habla de un hombre exterior, que tiene un «Dios exterior», y de un hombre interior, que vive para un «Dios interior», el «Dios por encima de Dios» (Paul Tillich habla, con este espíritu, del «Dios por encima del Dios del teísmo»). Con ello, el Maestro Eckhart se sitúa próximo a los místicos de otras religiones, en especial al budismo zen, a la mística sufí del islam y a la mística jasídica del judaísmo. Pero tratar los puntos de contacto y las diferencias entre las diversas corrientes místicas, eventualmente también de la filosofía existencial y la psicología profunda, excede las posibilidades de este texto.

5. «Ayunar de religión» como camino para profundizar la fe

Pero el camino de la transformación, de la *metánoia*, es también un camino de purificación, de penitencia y de ayuno; el camino de la resurrección pasa por la cruz y la muerte. También el ayuno forzoso en los tiempos de Cuaresma y Pascua del año 2020, cuando, a causa de la pandemia del coronavirus, hubo que renunciar a muchas formas de praxis religiosa, fue un *kairós*, una expresión de la pedagogía de Dios, una oportunidad para transformar y profundizar la fe.

Sin embargo, me temo que hay cristianos para los que esta lección divina ha sido vana. Se trata de aquellos cristianos (y lo mismo vale también para creyentes de otras religiones) que solo consideraron la necesidad de abandonar sus iglesias y renunciar a las tradicionales celebraciones comunitarias como un «trastorno coyuntural del

funcionamiento normal», durante el cual, con todo, era posible sustituir las celebraciones por el consumo de liturgia en las pantallas de televisión, y que, terminado el «trastorno», quieren proseguir sin problema con lo que había antes.

La experiencia de los tiempos de Cuaresma y Pascua del año 2020 –incluido el ayuno de sacramentos– nos ha podido evidenciar aspectos significativos. Primero, que Dios y su eficacia no están limitados a la praxis sacramental de la Iglesia (*Deus non tenetur sacramentis*) y que los cristianos están llamados a una búsqueda constructiva de formas de comunicación con Dios también fuera del espacio eclesial tradicional. Segundo, que la eucaristía es una fuente vivificadora de la Iglesia como comunidad; no es un medio de comunicación solo con Dios, sino también con otros seres humanos: la celebración eucarística es verdadera comida, en la que la presencia real de Cristo en el sacramento está ligada a la presencia real (no virtual) de los creyentes; en la eucaristía nos recibe Cristo y nosotros recibimos al mismo tiempo a Cristo y a nuestros hermanos y hermanas, le recibimos también en ellos y a través de ellos.

Estoy convencido de que el ayuno sacramental era una invitación a vincular el retorno a la mesa de Cristo con el anhelo apasionado por la comunidad sacramental con los otros cristianos. ¿Cuánto tiempo nos separarán aún las definiciones medievales, que hoy ya nadie entiende, salvo un puñado de especialistas en historia de la teología, mientras que estamos unidos con los demás cristianos por un solo Cristo, una sola fe, un solo bautismo, una sola esperanza y amor? Barrunto que este ayuno de eucaristía forzoso nos debería dar valor igualmente para dirigirnos, en el espíritu de la misericordia de Jesús, a las personas en «situaciones irregulares», a lo cual nos invitaba el papa Francisco –bajo el griterío de los fariseos de nuestro tiempo– en la *Amoris laetitia*.

En sus textos místicos, Teilhard de Chardin describe su experiencia de vivir el misterio de la eucaristía en el desierto, sin pan ni vino. Teilhard no «imitaba» la celebración eucarística en la soledad del desierto, sino que por vía de la contemplación de ese misterio percibía la eucaristía como una fuente de «cristificación del universo», una santificación del trabajo humano, de su anhelo y su sufrimiento. Esos textos inspiraron también mi servicio sacerdotal, así como el servicio de otros sacerdotes de la «Iglesia clandestina», ordenados en secreto en tiempos de la persecución comunista. En condiciones mucho más duras vivieron el misterio de la eucaristía nuestros maestros, los sacerdotes recluidos en las cárceles y los campos de concentración del nacionalsocialismo y del comunismo.

En el diálogo ecuménico, muchos teólogos católicos y evangélicos están de acuerdo en que la eucaristía revela al mismo tiempo la presencia y la ausencia de Cristo: en la eucaristía anunciamos su muerte y su resurrección, pero asimismo *aguardamos su venida*. Según esto, la eucaristía es el sacramento de la Iglesia cuya unidad –la unidad mutua de los cristianos, así como la unidad de la Iglesia con Cristo– aún no está completa, culminada[7]. La eucaristía es el pan de los peregrinos (*panis viatorum*), alimento para el camino. No es –como cierta praxis pastoral nos sugería– el premio para los mejores de la clase en la escuela divina. La celebración eucarística nos dice que aún no hemos llegado a la meta. Quizá el triunfalismo de la Iglesia (que pasa por alto la

«diferencia escatológica» entre la Iglesia peregrina en la tierra y la *Ecclesia triumphans* celestial) es justamente el pecado que puede producir que uno «no sea digno de recibirla»; la eucaristía es el pan de los peregrinos, de los seres humanos en camino; quien accede al lugar y solo mira atrás, quien, lleno de orgullo, se ve ya en la meta, ¡no debería comer de ella!

Recapacitar sobre este aspecto de la eucaristía puede quizá servir también como argumento contra la afirmación de que la celebración eucarística común entre cristianos de diversas Iglesias solo será posible cuando nuestra unidad sea perfecta. En la historia no será nunca perfecta. Y en la Jerusalén celestial no será posible ya celebrar una eucaristía; allí no habrá templo (cf. Ap 21,22).

6. Quien percibe la santidad del amor sabe de Dios

Si el suceso de la pandemia se convierte en una experiencia mundial (lo cual presupone un acceso contemplativo, una reflexión teológica de fondo sobre ese suceso y la comunicación sobre su sentido), entonces, sospecho, puede enriquecer fundamentalmente al ecumenismo tercero, a la relación entre «creyentes y no creyentes». Puede hacernos patente que tal separación estricta entre personas es hoy ya engañosa. Pues los conceptos de fe e incredulidad no señalan dos grupos de personas tajantemente separados, dos equipos de jugadores en el campo de fútbol con camisetas de distinto color.

Ciertamente, hay grupos que profesan su religión de modo rígido e inconmovible y hay grupos de ateos dogmáticos, que se parecen a ellos en muchas cosas. Pero esos grupos se van debilitando. Sucesos como la pandemia pueden seguramente reforzarles en sus convicciones, pero también pueden sacarles al ámbito en que se encuentra la mayoría de nuestros contemporáneos, al ámbito en que fe y escepticismo están imbricados entre sí. En los momentos dramáticos en que una evolución histórica sobrepasa un umbral más, la fe de muchos creyentes resulta, con frecuencia, sacudida, pero también muchos «no creyentes» empiezan con frecuencia a plantearse preguntas de fondo. El poeta checo Vladimír Holan lo ha expresado con un verso: «Lo que no tiene temblor no tiene firmeza alguna».

No solo entre los creyentes de diferentes Iglesias y religiones, sino también entre la fe y el escepticismo puede llegarse a un valioso «intercambio de dones». Una fe que es más que una ideología religiosa, una fe que desde la «confianza ontológica primordial» salta a la capacidad de sentido del mundo y de la vida, puede ofrecer una fuerza terapéutica de esperanza. El escepticismo, a su vez, puede purificar a la fe de ingenuidades e ilusiones, de las proyecciones de nuestros deseos y preocupaciones, reforzando así su vitalidad.

El ateísmo crítico (a diferencia del ateísmo dogmático) puede servir como *ancilla theologiae* y desenmascarar formas de religión patológicas o infantiles. Puede cumplir una importante función iconoclasta y ayudar a la fe a cumplir su tarea primera, que le está encomendada por el primer mandamiento del decálogo: derribar los ídolos,

representaciones «excesivamente humanas» de Dios. Una fe madura, depurada de tales proyecciones, puede ayudar al que está dudoso a dudar de sus dudas, a no hundirse en el cinismo y el escepticismo amargo. Puede mostrar otras formas de fe distintas, más fidedignas y comprensibles, a un «ateísmo» que no es una negativa a Dios, sino solo una negativa a un tipo determinado de «teísmo» (ya sea en forma ideológica o institucional).

La reacción de los cristianos a la pandemia ha mostrado toda una amplia gama de formas del cristianismo actual. No ha faltado el retorno a prácticas de magia o a amedrentar a los hombres con un Dios vengativo y castigador, o el ya mencionado giro a las «celebraciones virtuales» en el ciberespacio. Pero también hemos sido testigos de una heroica solidaridad y capacidad de sacrificio al servicio de los enfermos y amenazados.

Justamente en estas expresiones del amor –sea en actividades de los «creyentes» o de los «no creyentes»– se ha manifestado algo incondicional y sagrado. Ahí se ha revelado algo que nosotros, los cristianos, denominamos «Dios»; esta experiencia nos hace posible acercar la concepción cristiana de Dios incluso a las personas que no comparten nuestro «juego de lenguaje». El Dios de la fe cristiana madura, depurado de proyecciones infantiles, no habita en un más allá desde donde alcanza a sus hijos con crueles castigos por los que hoy se perseguiría judicialmente a cualquier progenitor. «Dios es amor», dice el Nuevo Testamento: Dios es lo que hay de «sagrado» en el amor, lo que le hace estar por encima de todo en nuestra vida y nuestro mundo, lo que le hace trascender. Quien sabe de la sacralidad del amor sabe de Dios.

La experiencia del amor como «trascendencia en la inmanencia» constituye el fundamento del cristianismo; pero nosotros, los cristianos, no poseemos el monopolio de esa experiencia. El «ecumenismo de tercer tipo» consiste también en el esfuerzo por entender diversas plasmaciones lingüísticas de esa experiencia. Cuando transcurra algún tiempo, veremos qué clima moral predominará en las Iglesias; si el polvo, que el miedo a la pandemia ha levantado en remolinos, vuelve a depositarse. ¿Será el esfuerzo de construir un «mundo paralelo» como búnker para inseguros, desde el cual puedan emprender «guerras culturales» imaginarias contra la sociedad que los rodea? ¿O más bien se va a proseguir y profundizar esa «solidaridad de los quebrantados» (si se me permite tomar prestado este concepto de mi maestro, el filósofo checo Jan Patočka, defensor de los derechos humanos) surgida entre «creyentes» y «no creyentes», que se han unido tratando de ayudar a enfermos y amenazados?

En este tiempo voy reflexionando sobre cómo la doctrina de fe de la «presencia real de Cristo» en la eucaristía y la experiencia de la presencia real de los creyentes en la celebración eucarística se pueden unir con la «presencia real» de la Iglesia y de su fe en el mundo actual. Muchas cuestiones prácticas que surgen en este terreno requieren respuestas prácticas. Pero encontrar las respuestas correctas presupone de nuevo el arte de la contemplación: en el plano personal, el arte que san Ignacio y sus discípulos llamaban «discreción de espíritus»; en el plano social, el «arte de leer los signos de los tiempos».

La respuesta clave es la exhortación del apóstol Pablo: «No os acomodéis a este mundo, antes transformaos con una mentalidad nueva…» (Rom 12,2). Es una

exhortación a pasar de la conformación según el mundo exterior, de una «vida inauténtica» (tal como es vivida en el mundo, tal como «se vive»), a una reforma radical, que dimana de la transformación interior. Termino estas consideraciones con lo que me sirvió de comienzo: de lo que se trata es de la *transformación*, una transformación de la existencia humana en interconexión mutua, una transformación de la comprensión y de la praxis de fe, una transformación de la Iglesia y una transformación de la sociedad.

Lo que constituye el comienzo es la transformación del «hombre exterior» en un «hombre interior». Tratemos de dar un paso desde nuestro ego, nuestro egocentrismo, desde el «hombre exterior» y su religión exterior, a la hondura que dilata radicalmente nuestra perspectiva de percepción del mundo, nuestra autocomprensión y nuestra búsqueda de Dios. Tratemos de percibir, en los «ruidos del mundo» que a menudo nos inundan y nos engullen, la llamada de la conciencia, dándole espacio en nuestra acción, en nuestras Iglesias y también en nuestras sociedades. Demos los pasos necesarios para transformar a la Iglesia, de institución burocrática que controla la medida de conformidad de sus miembros, en una comunidad de apoyo mutuo y mutua inspiración; esforcémonos en «desplazar el acento de la ortodoxia a la ortopraxis», en el tránsito del legalismo a la autenticidad, del triunfalismo a la *kénōsis* de la autodonación. Liberemos a la sociedad pluralista del «*money*-teísmo», que ha reemplazado el monoteísmo por el culto al crecimiento del bienestar material; y hagámoslo con un estilo de vida ejemplar, respetuoso de los demás (también de los «desviados»), convirtiéndonos en voz de los que no tienen voz, de la naturaleza y de las siguientes generaciones[8]. Desarrollemos un ecumenismo cuyo objetivo sea entender a la humanidad como una familia (como hijos del mismo Padre) y el mundo como un hogar común.

Me gustaría concluir con una historia jasídica que aprecio mucho: «Rabí Pinchas planteó a sus discípulos la pregunta de cómo se conoce el instante en que termina la noche y comienza el día. “¿Será el momento en que ya de lejos somos capaces de distinguir un perro de una oveja?”, preguntó un discípulo. “No”, respondió el rabino. “¿Será el momento en que podemos distinguir una palmera de una higuera?”, preguntó otro. “Tampoco es ese”, respondió el rabino. “Pues ¿cuándo comienza el día?”, preguntaron los discípulos. “En el momento en que miramos el rostro de una persona querida y reconocemos en ella a nuestro hermano y nuestra hermana”, dijo Rabí Pinchas. “Hasta que lo consigamos, es aún de noche”».

[*] Título original: «Die Pandemie als ökumenische Erfahrung».

[1] Pablo VI, en su encíclica *Ecclesiam suam*, menciona también el diálogo en el interior de la Iglesia católica. Este tema es merecedor de un tratamiento aparte; en especial hoy parece que este «ecumenismo intraeclesial», la negociación entre los diversos campos ideológicos dentro de la Iglesia, es más difícil que el diálogo entre las Iglesias, entre las religiones e incluso el diálogo con el humanismo ateo.

[2] Ha sido sobre todo Emmanuel Lévinas quien ha señalado la necesidad de respetar la alteridad de los otros, su «exterioridad». No todos los no cristianos, ni mucho menos, se sienten halagados cuando se les designa como «cristianos anónimos».

[3] En el campo de la cristología me resulta inspirador el concepto de «Cristo universal», de Christian Rohr, inspirado en Teilhard y en la teología franciscana (cf. Richard ROHR, *The Universal Christ*, 2019 [trad. esp.: *El Cristo universal*]). Veo un valioso estímulo para la eclesiología en concebir la Iglesia como escuela en el sentido del ideal primitivo de la universidad como una comunidad de maestros y discípulos, una comunidad de vida,

aprendizaje y oración, y, con una metáfora favorita del papa Francisco, pensar la «Iglesia como hospital de campaña» (cf. Tomáš HALÍK, «Christentum in Zeiten der Krankheit», www.theologie-und-kirche.de, 02.04.2020; o bien ÍD., «Auf dem Weg in die Tiefe»: *Christ und Welt* 15 [1 abr. 2020]).

[4] Cf. Claude LÉVI-STRAUSS, *La Pensée Sauvage*, Paris 1962 [trad. esp.: *El pensamiento salvaje*, FCE, reimpr. 2006]; Thomas S. KUHN, *Structure of Scientific Revolution*, Chicago 2012 [trad. esp.: *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, 2013]; Rodney STARK y William BAINBRIDGE, *A Theory of Religion*, New York 1987.

[5] Niklas LUHMANN, *Die Religion der Gesellschaft*, Frankfurt a. M. 2000.

[6] El término *ecumenismo de tercer tipo* lo usa Eberhard Tiefensee para la relación de la Iglesia con el mundo secular. Cf. ÍD., «Mission angesichts religiöser Indifferenz»: *Texte aus der VELKD* 159 (2011), 7-17.

[7] CENTRE D'ÉTUDES OECUMÉNIQUES (Strasbourg), INSTITUT FÜR ÖKUMENISCHE FORSCHUNG (Tübingen), KONFESSIONSKUNDLICHES INSTITUT (Bensheim), *Abendmahlsgemeinschaft ist möglich: Thesen zur eucharistischen Gastfreundschaft*, Frankfurt a. M. 2007^2.

[8] Esta idea se pone de relieve ya en la obra de Hans Jonas: cf. H. JONAS, *Das Prinzip Verantwortung: Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation*, Frankfurt a. M. 1979 [trad. esp.: *El principio de responsabilidad: Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, Herder, Barcelona 1995].

5

Una profunda debilidad. Una gran esperanza[*]

JOSÉ CARLOS BERMEJO, MI

Así estamos hechos los seres humanos: profundamente frágiles y débiles, vulnerables. Y yo soy un ser humano.

La pandemia por coronavirus ha llamado a mi puerta y me ha golpeado. Yo diría que fuerte. Estoy en el proceso de lucha contra sus consecuencias.

A finales de marzo me sentí mal, con fiebre. Enseguida se dieron cita los otros síntomas conocidos: dolores articulares, diarrea, tos seca… No dudé en iniciar el aislamiento, aunque no hubiera métodos diagnósticos. Y también el tratamiento, por entonces reservado solo a privilegiados, con hidroxicloroquina. Pero el virus hacía su camino de invasión y expansión por mi organismo.

Una visita a urgencias, un diagnóstico de afectación pulmonar unilateral leve, me permitieron volver a casa y vivir una semana de suplicio con todos los síntomas al máximo de su expresión y todo el malestar concentrado en mi cuerpo. Poder medir la saturación, la temperatura y la tensión me mantenía controlado a distancia gracias a la profesionalidad y amor de mis compañeros sanitarios.

Una persistencia tenaz de los síntomas me hizo ir de nuevo a urgencias, y ahora estaban los dos pulmones comprometidos; de modo que quedé ingresado por una semana para seguir el tratamiento que ya había iniciado con azitromicina y, por supuesto, antitérmicos y analgésicos. Algunos valores de la sangre se habían alterado lo suficiente como para ser vigilado, y el momento crítico de llevar ya dos semanas me ponía en situación de alta vulnerabilidad.

Tras una semana de hospitalización, he regresado a casa con algunos síntomas, pero en proceso de recuperación. Me siento muy frágil y débil, necesitado de cuidado y en situación de aislamiento.

1. Muy necesitado

La primera experiencia es la de profunda necesidad de ayuda de los demás para poder estar en mis aposentos o en la habitación del hospital. He experimentado, como en otros

momentos de mi vida, la gran necesidad de los demás para sobrevivir, la pequeñez humana que me caracteriza, la enorme vinculación con los demás para la vida.

Esto me ha hecho vivir más intensamente el sentimiento de gratitud hacia mis cuidadores, profesionales o compañeros de comunidad, amigos o compañeros del centro. La solicitud y la disponibilidad me han permitido saborear lo que significa dejarse cuidar y querer con sencillez y naturalidad, así como conjugar mucho más el verbo *agradecer*, uno de los más importantes de mi vida espiritual.

No me ha resultado difícil dejarme cuidar (hasta ahora). En realidad, me siento muy cuidado en mi vida. Me cuidan en casa, me cuidan en el trabajo, me cuidan en la familia. Me dispensan atenciones y servicios que van permitiendo que mis potencialidades, más o menos visibles o activas, se vayan desplegando. Los demás para mí, yo para los demás. Unos con otros en relación interdependiente, que vivo en clave de salud.

2. No soy mayor

Si fuera mayor… de una cierta edad, y según el momento y el lugar de enfermar, habría sido excluido de la hospitalización y, muy probablemente, de los tratamientos. A mi acompañante, en urgencias, le habrían dado un poco de morfina para mí, como se ha hecho en tantos sitios.

Una bofetada a la ética. Al menos cuando la edad se ha convertido –en no pocos lugares– en el primer y único criterio de inclusión o exclusión. Ética en situación de guerra, pero para pensar y darnos cuenta de cómo el paradigma utilitarista puede generar distinciones excluyentes y no respetuosas de la igual dignidad de todo ser humano.

Que la edad sea un elemento más en los procesos de discernimiento y asignación justa de los recursos limitados y escasos –más escasos en algunos momentos y lugares– es comprensible. Pero que se convierta en único criterio es más que cuestionable.

El coronavirus ha puesto al desnudo también los límites de la sociedad en cuestión de capacidad deliberativa en ética. Algunas acciones «informativas-formativas» de profesionales de la salud para profesionales de la salud clamaban al cielo. La guerra es la guerra: se excluye y punto.

Protocolos simples, pero respetuosos de la complejidad, habrían sido más claramente humanizadores en esta crisis tan grande generada, en particular en las primeras semanas, sin preparación ni capacidad de respuesta a todas las necesidades.

He sido incluido porque no soy mayor.

3. Muy vinculado

Me he sentido muy relacionado. Paradójicamente. En medio de una situación de aislamiento y confinamiento, con las visitas totalmente prohibidas y los contactos visuales reducidos al mínimo, las relaciones han sido abundantes.

La tecnología, a través del teléfono y el ordenador, se ha convertido en el medio universal para mostrar nuestros vínculos y expresarnos el interés. Acompañarnos de

manera equilibrada ha sido un desafío.

He tenido vínculos que se han mostrado equilibrados, apoyando con la palabra oportuna y en cantidad adecuada, tanto verbal como escrita.

He tenido personas que me han molestado con preguntas insistentes y mensajes a deshoras. Visitadores inoportunos morbosos, tanto la primera semana como la segunda, la de hospitalización. Este es un gran desafío humanizador: pensar en las relaciones sanas en medio de la enfermedad.

Decidir yo mismo cómo, cuándo y cuánto comunicar ha sido un desafío permanente, siempre costoso, porque la combinación entre pensar en las expectativas de los demás y mis necesidades de reposo era difícil en todo momento.

4. Sendero tortuoso para varios a la vez

La enfermedad, pero en particular esta enfermedad, vivida en la distancia y estando solo permitidas las conexiones por teléfono, no solo afecta al paciente. Mi malestar es vivido vicariamente por los que me quieren. Es inevitable, es el precio de domesticarse, en palabras de *El principito*.

Por eso, «rosas y zorro» caminan por el mismo sendero, cada uno viviendo como puede el malestar del otro… y el propio. Búsqueda de información, equilibrio en el acompañamiento, deseo de hacer algo bueno y dificultad por la distancia, fantasmas sobre lo peor… se dan cita en el que sufre por amor. ¡Qué impotencia no poder hacer más que mantenerse en el estrecho sendero en el que cabría solo uno y que tienen que transitar varios, a esa novedosa distancia que aumenta la angustia!

Pero el amor y la amistad son los mayores motores que permiten ser «como una rosa fresca» para el enfermo. Es un amor que no puede ahorrar el sufrimiento: ni el del otro ni el de uno mismo. Ansiedad, angustia, impotencia, resignación, inventiva en la transmisión del deseo de bien… van juntas buscando paciente y torpemente la mejor forma de sanar por el amor.

5. Los ángeles de La Paz

Es obvio que los profesionales de la salud se convierten en referentes fundamentales para los enfermos. Para mí también. No solo el día en que aquella doctora de urgencias me rescató, en el proceso de ingreso, de la estancia durante un día (o quién sabe cuánto tiempo) en el gimnasio, convertido en hospital de campaña, lleno de sillones y unas pocas camas, para privilegiados…, de las que me asignaron una. Aquel ángel me asignó una habitación individual para la primera noche, muy dura, en la que yo vería desmoronarse en mi imaginación todos los proyectos con los que estoy vinculado.

Ángeles son aquellos profesionales de la salud, médicos, enfermeras, auxiliares, que se dejan la vida en los procesos de cuidado y que mantienen el firme propósito de la salud y del confort de cada uno de los pacientes.

Creativos y en verdadera tensión, buscan la mejor vía, se interesan por la higiene, el

buen comer, el bien-estar de cada uno de los pacientes, a partir de su situación concreta.

Hay también ángeles caídos, que no escuchan, que responden escaqueándose y generan daño evitable. Son pocos. También hay algunos médicos caídos en la dificultad relacional, sin habilidades para superar el interés por lo meramente biológico. Quizá no se entrenaron y también sufren ellos la torpeza relacional.

6. Rafael…

En cada historia de enfermedad de un ser humano aparecen ángeles de la salud, Rafaeles que protegen y acompañan.

Ni que decir tiene cuán importantes son los que me han acompañado y me van acompañando. Trabajar en un centro sociosanitario es una oportunidad de lujo para tener a mi alrededor un médico y varias enfermeras como referentes permanentes. Ellos me han protegido desde el principio, tomando en serio mi situación, arbitrando el tratamiento inmediatamente, procurando los medios para chequear mi evolución, pudiendo no solo tomarme autónomamente la temperatura, sino también la saturación, la frecuencia cardíaca, la tensión…

Pero esta situación extraordinaria lo es, sobre todo, por lo extraordinario de la disposición de servicio y porque se nota claramente que el objetivo es la búsqueda de la salud y el bienestar personales.

Es frecuente, como sabemos, que estos ángeles de la salud tengan nombre de mujer. Lourdes, Rosa, Laura… me han hecho la vida más fácil. No solo generan lo necesario para trabajar por recuperar la salud, sino que inspiran seguridad. Sentirse seguro porque alguien vela da mucha tranquilidad. No me imagino sin ellas visitando con riesgo cada día, llevándome al hospital, haciéndome tener lo necesario para una estancia confortable físicamente…

7. Los arcángeles de La Paz

Pero ángeles de categoría especial son unos pacientes para con otros, al compartir habitación. Uno velamos por el bienestar del otro, muy particularmente en ausencia de todo tipo de visita, situación tan particular de esta pandemia.

Mi primer compañero, Antonio, coordinador de un servicio de ambulancias de un gran hospital, vivía al límite. Mantenía conversaciones con sus hijas y nietos, videollamadas que, en ocasiones, se volvían duras para él: «Para eso no me llames», en particular si insistían en conductas que él no podía asumir. Con su oxígeno y sus medicinas (que un día me tomé yo por error de los profesionales), se le salían los pulmones por la boca, decía él.

El día en que por fin decidieron intubarle, por su deseo, porque no tenía más fuerza para seguir respirando, al marcharse le dije: «Antonio, vas a poder con ello». Y me respondió, mientras abandonaba la habitación hacia la UCI: «Y te iré a ver a San Camilo: espérame». Fue un momento angelical de refuerzo emocionante. Él ya me había

dicho varias veces que le quedaban pocas horas, que no tenía más tiempo.

Fue importante también que yo le pidiera que no viéramos TV, particularmente noticias sobre la pandemia, que nos haría más daño que bien. Y lo aceptó correctamente.

León, mi segundo compañero, profesor de Ciencias Económicas en una universidad de Madrid, tenía a su mujer enferma y con fractura de cadera en otro hospital. A él le dije que nos podíamos imaginar que estábamos en lugares que nos gustaban, para salir con la imaginación a un mundo amable y reforzante.

Cuando le llevaban a hacerle un TAC, me dijo que no me marchara, que yo le hacía muy buena compañía. Al volver le conté una supuesta visita de una bandada de palomas que se había perdido, durante su ausencia. Me habló del monumento al ángel caído del Retiro, que luego pude visitar en Internet.

Al marcharme de alta, además de haberme felicitado varias veces, me dijo que me echaría de menos. No era solo porque le retiraba las bandejas o ponía a cargar el móvil u otros pequeños servicios, sino porque habíamos generado un vínculo de respeto (pocas palabras) y de apoyo y solidaridad en el deseo del bien recíproco.

Unos, ángeles para los otros. Así que las enfermeras comentaban: «¡Qué buena habitación es esta!».

8. Rostros enmascarados

Si una de las cosas más humanizadoras que tenemos las personas es mostrar la «desnudez del rostro», presentarnos con ella, identificarnos con ella, asociarla a nuestro nombre…, la situación de pandemia por coronavirus lo ha impedido.

Las relaciones entre unos y otros, médicos, enfermeras, auxiliares, limpiadoras… era esa que se puede: detrás de máscaras, pantallas de plástico, gafas… Todo un mundo que vuelve anónimas a las personas.

Intenté humanizar mis relaciones preguntando el nombre a mis cuidadores y cuidadoras. Pero era prácticamente imposible asociar «Verónica», «Ana», «Pedro»… con las personas solo a partir de la voz y ese perfil difuminado que dejan los atuendos de protección, diluyendo formas y rasgos personales.

Después de algunos días de internamiento, conseguía identificar por el turno y estos mínimos rasgos a unos y otros. Pero algo gordo estaba ocurriendo en la relación profesional de la salud-paciente. El centro era el éxito del servicio, de las prácticas. El objetivo era el encuentro productivo en el sentido de los objetivos de salud. Todo por encima del encuentro «a rostro desnudo».

Así es más difícil entrar en el mundo subjetivo. «¿Le duele algo?» era la pregunta de la doctora a mi compañero un día. «El alma» fue la respuesta, arrancando a sollozar. ¿Qué se podía esperar de una joven profesional a esta respuesta, embutida como estaba –por necesidad– en aquellas diferentes escafandras? «Bueno, eso…, no sé. Pero ¿le duele algo?» fue la respuesta.

En particular, el diálogo médico-paciente se producía a la máxima distancia posible, desde el pasillo a la cama, a grito pelado. Lo de la intimidad es cuestión de otro

momento. Lo de la proximidad es para otros tiempos. El día que entre mis síntomas estaba tanto malestar en el abdomen, aquel médico decidió palparme, ante la sorpresa de su compañero, que le advertía: «Pero ¿vas a entrar?». Una palpación con rostro vuelto, hecha con un miedo descomunal y comprensible.

9. Humanizar en este contexto

Y entonces… ¿qué significa humanizar, en este contexto? ¿En un escenario donde parece que «lo humano» está prohibido…?

Humanizar sigue siendo lo que es. Hacer que el ser camine hacia el deber ser. Llevar las cosas a la mejor situación ética viable. Reconocer la intrínseca dignidad de todo ser humano, que radica en su vulnerabilidad y fragilidad, y honrarla en el encuentro interpersonal dotado de las características genuinamente humanas: la búsqueda del bien, el trabajo por la salud, el alivio del sufrimiento evitable, el sostén en el sufrimiento inevitable, el acompañamiento en la oscuridad de los valles oscuros de la condición humana.

Lejos de ser un añadido superficial al mundo de la asistencia sanitaria, humanizar es dar la mejor respuesta posible, justa, respetuosa, tendencialmente universalizable, a cada persona que necesita del otro para recuperar la salud, para prevenirla, para rehabilitarla, para paliar lo inevitable.

Aun escondidos, protegidos, detrás de las escafandras, es posible concebir la humanización de la asistencia sanitaria. Se percibe más claramente cuando también la palabra muestra la propia identidad. La palabra que nombra a uno mismo, presentándose, la palabra que pregunta de manera abierta, el tono de entrañabilidad que conecta desde la fragilidad y reconforta. La palabra y la escucha. Porque es difícil atender como profesional a un enfermo, a un doliente, si no es desde la escucha atenta de sus necesidades, sin prejuicios, sin juicios, sin alteraciones evitables del ánimo.

¡Qué ridículas respuestas de algunos profesionales! «Mire, estoy esperando desde hace una hora para que venga el celador y me acompañe a la puerta, según me han explicado, para irme a mi casa de alta». «No se preocupe, que lo valoramos luego» fue la respuesta por el telefonillo de la habitación del hospital. «Inaudito», exclamó mi compañero de habitación. «¡Que vengan ya, que se me acaba el tiempo!», dijo mi compañero de habitación cuando se le hacía larga la espera y veía que podía no llegar hasta la UCI… «No se preocupe, no se preocupe» fue la respuesta. O aquella otra, tras tumbarme vestido en la primera cama de aquel gran gimnasio del hospital. Desde muy lejos, alguien que podía parecer más un sargento que otra cosa, me dijo: «Señor, señor, no se puede estar vestido encima de la cama. Quítese la ropa, menos el calzoncillo, y póngase el camisón», a lo que hice ademán de comenzar, cuando la doctora, desde la misma distancia (muchos metros), volvió a gritar: «¡No, espere!». Estaban gestionando un traslado a una habitación. Estábamos en situación de grandísima gravedad, de amenaza colectiva e individual y… «no se puede estar vestido encima de la cama». Irrisorio, deshumanizador.

10. Fraternidad afectiva y efectiva

¡Cuánto amor en el servicio! Dejarme cuidar recibiendo la comida en la bandeja, a la puerta de mi habitación, recibiendo la comunión, así como los gestos entrañables de atención expresados en zumos y detalles de ternura, es sanante.

Mi comunidad ha reaccionado fantásticamente bien. Ofrecí nuestra hospedería –parte de la vivienda de comunidad– a los trabajadores sanitarios del centro y la aceptaron. En un momento eran dieciséis los huéspedes que se quedaban en «la comunidad» para no regresar a sus casas, en razón de la complejidad de la situación de sus familias.

Fueron enseguida tres los profesionales enfermos, además de tres religiosos. En un momento, nuestra comunidad se había convertido en una unidad más de cuidados por coronavirus.

Antes de enfermar yo, los visitaba y conversaba con ellos desde el pasillo, para que la soledad no fuera tan radical, para ofrecer lo que fuera necesario (utensilios, ropa…). Enseguida nos convertimos en una comunidad enferma que se apoyaba recíprocamente, con ánimos de unos para con otros, con aplausos por las ventanas para reforzarnos en los diferentes momentos en que cada uno de nosotros nos encontrábamos. También un día pedí a un compañero que tocara la flauta para que los enfermos la pudieran escuchar por la ventana.

La fraternidad, vivida normalmente como lugar de convivencia y oración, se convertía ahora en lugar de puro servicio a los enfermos, entre los que me encuentro.

Dejó de ser una comunidad que oraba en común. No era posible reunirse ni para comer ni para orar juntos un grupo de jóvenes expuestos cotidianamente a la presencia del virus en el cuidado a los enfermos y un grupo de religiosos mayores y vulnerables. De modo que varios turnos para todo. Una comunidad centrada en la salud y la protección los unos de los otros. Una comunidad de servicio.

11. Comunión universal

He sentido una profunda comunión con personas de los cinco continentes. Mi perfil personal profesional me pone en ese punto. Una marea de expresiones de solidaridad en el dolor y en la esperanza me han reforzado.

Yo notaba también la presencia del miedo de los demás ante el posible agravamiento de mi situación.

Una noche, en el hospital, decidí acoger expresamente el amor de los demás, hacerme receptivo. Abrí los brazos y las manos en signo de acogida, de recepción, de hospitalidad en mí del sentir positivo de un buen puñado de gente que me quiere y me reconoce en diferentes países.

Lo provocó el alcalde de Tres Cantos, que, espontáneamente, me dijo que «se lo pidiera a su madre», fallecida dos años antes. Al día siguiente insistió: «¿Se lo has pedido?». No es mi estilo ese modelo de relación con Dios, pero me hizo caer en la cuenta de algo que acepté: mi vinculación con todos los deseos de bien del mundo, mi

pertenencia al cosmos, por encima de vivos y muertos, de cuestiones religiosas y no religiosas. Yo pertenezco a ese mundo tan grande en el que soy una minúscula parte que puede reconocer la vinculación y el deseo del bien y el flujo del bien. Me entregué a la aceptación y a mi comunión universal con lo bueno, lo santo, lo relacionado para el bien.

Naturalmente, algunas personas representativas, de diferentes países, al hacerse presentes discretamente en mi enfermedad, me transmitían mi sentimiento de pertenencia al mundo, muy especialmente al mundo de la salud y, muy particularmente, a la orden de los camilos. Sus contactos me reconstruyeron, me hicieron bien humanamente, y los cuidé en la forma y proporción en que era capaz por mi situación física, particularmente por mi dificultad para respirar.

La preocupación de los religiosos de las comunidades, la de mis compañeros del centro, la de mi familia, se me hacía, por una parte, ayuda y, por otra, fuente de mi mayor preocupación.

12. Las alas del Espíritu Santo

Tanto la tarde del gran gimnasio del hospital como la noche en la habitación de urgencias, como el internamiento en planta, me evocaron, inevitablemente, aquellas alas de la nave del Hospital del Espíritu Santo en Roma en tiempos de san Camilo. Son diferentes los cuadros que lo representan, además de haberlo visitado; y ricas y llenas de detalle las vidas de san Camilo que lo describen.

Al oír los gritos, nacidos de respiraciones trabajosas, me retrotraía a aquella nave del Hospital. Ayes, llamadas de auxilio, solicitud de calmantes, gritos de «no puedo más», «se me acaba el tiempo», intentos de toser y toser de manera improductiva, fiebres que se oían cantadas por las enfermeras por los pasillos como quien canta números de lotería… eran las músicas que acompañaron mi internamiento.

Ni que decir tiene que, de entonces a hoy, la gran diferencia está en los medios con que contamos. Tener oxígeno, analgésicos, antipiréticos, antibióticos… es un grandísimo avance para salir al paso de estos síntomas, aunque no haya una medicina para el virus.

Me imaginaba el colmo de aquellos pobres enfermos del siglo XVI, que eran tratados no por enfermeras y médicos vocacionales…, sino por los presos que eran enviados a los hospitales a pagar sus penas. No me extraña que un espectador con experiencia de enfermo, como lo fue Camilo, tuviera el sentimiento profundo de desear cambiar aquel mundo deshumanizado por un mundo de respuesta compasiva. Pero las llamadas de los enfermos y los malestares producidos por la naturaleza humana me parecía que eran los mismos. Los gritos humanos, los de entonces y los de hoy, gritos son.

13. Entre sueño y realidad

La intensidad de la experiencia de malestar hace que el propio organismo reaccione en todas las direcciones. Un día intenté reconstruir la realidad y no me era posible distinguir esta de los sueños. Literalmente.

Un día intenté poner orden en los hechos y percibí que no era posible distinguir entre hechos y sueños. Efectivamente, había soñado que había tenido vómitos de una y otra forma… y no cuadraba con la realidad. Se trataba de un sueño, localizado en el primer día de ingreso, en la habitación de urgencias. Comprendí que mi persona hacía todo lo que podía para expulsar al enemigo, al virus, despierto y dormido. En el fondo, me dije a mí mismo, quizá es indiferente que sea sueño o realidad. Es la realidad de mi persona, que trabaja consciente e inconscientemente por recuperar la salud expulsando el mal.

14. Síntomas de mentira

Los síntomas molestan mucho. Claro, la fiebre, la diarrea, la excesiva diuresis, los movimientos de espasmos en el abdomen, la tos… Todo un conjunto de síntomas que, juntos, hacen un cuadro de malestar impresionante en los días de mayor gravedad de mi situación.

La noche de urgencias, por ejemplo, tuve tanta diuresis como habría sido normal en una semana. También al día siguiente. Fueron los dos primeros días de ingreso. Era difícil que los médicos le tomaran a uno en serio, porque parecían síntomas no relevantes en absoluto. Pero eran tan reales como incómodos. Ahora los interpreto como totalmente psicosomáticos (así lo creo), como expresión del miedo, del profundo miedo, de mi cuerpo.

Quizá también aquellos movimientos de temblores y guerras intestinas (literalmente), pudiendo deberse a algunas pastillas recetadas telefónicamente para parar la diarrea, podían ser la expresión de mi rechazo total al mal. Pero, en todo caso, su aparición, presencia y persistencia me hacían estar mal. Muy mal.

15. Diario de sesiones

Desde antes de enfermar hice mi diario, que continúo, para que alguien pueda contar la historia, si no lo hago yo, basada en la realidad, no solo en la aproximación por los recuerdos. Así es que cada día anoto las cosas que me parecen más importantes de mi propia evolución, al igual que de la de mi entorno.

Mi diario es doble. Una parte, como más íntima, escrita en verde. Es el mundo de mis sentimientos. Poca literatura. Con lagunas en algunos días, pero es donde yo me voy describiendo en lo más íntimo a nivel emocional y espiritual.

Sentí que, como en la guerra, alguien tenía que «pintar la escena» o narrarla, para que la verdad en el futuro pueda ser narrada con más o menos fidelidad, al menos para el que busque conocer «lo que pasó». Así, voy dando puntadas a un tejido de bordado narrativo, sencillo, con datos y emociones, con miedos y anclas donde agarrarme.

Deseo que alguien herede la información, aunque no sea pronto; pero que alguien pueda escribir, aunque poco, con fuentes objetivas y próximas. Una especie de deseo de dejar un legado, o encontrarlo yo mismo si sobrevivo y en algún momento quiero poner orden. Es una especie de necesidad del alma, un modo de sobrevivir más allá, más allá

del hoy, un modo de trascender.

16. La liturgia del servicio

Una verdadera liturgia es el encuentro entre personas para el servicio en la enfermedad. En particular, en el hospital.

La llegada de las enfermeras en sus rondas, la llegada de los médicos en su breve visita…, una liturgia. Solo que, esta vez, los atuendos no son para dignificar y evocar con la belleza y armonía la dignidad del momento, sino para protegerse. Una liturgia de guerra, unas vestimentas de defensa, de despersonalización. Como mitras, gorros desechables; como albas, mandiles de plástico y batas de protección. Calzado recubierto. Gran pantalla de plástico para aislar el rostro, además de mascarillas y gafas de plástico. Totalmente enfundados.

Los vasos sagrados: los utensilios de servicio y de control para la salud-salvación de cada uno de los enfermos. Los gestos: más o menos atrevidos según la personalidad del maestro de ceremonias y de los miembros de los diferentes cortejos. Las palabras, a veces enlatadas en una distancia: «¿Le duele algo?», a veces salidas de la más profunda ternura.

¡Cuánta ternura en mis cuidadores en casa! ¡Cuánta en mis compañeros de trabajo! ¡Cuánto deseo de bienestar, mezclado con temor a que vaya mal!

17. Cosas del fondo…

¡Cuántas paradojas en esta época! Estábamos hablando en la sociedad de la posibilidad de respetar al máximo la autonomía de las personas, hasta el punto de poder terminar con sus vidas si sufrían, con la eventual legalización de la eutanasia.

Estábamos hablando de atender a las personas de manera personalizada, con las implicaciones de respetar los valores, deseos, preferencias… de cada individuo según su identidad…

Y, de repente, saltamos a un cierto otro extremo: todos hablando del bien común sobre la autonomía de las personas, de la necesidad de cuidar y proteger a los más frágiles, particularmente las personas vulnerables por la dependencia o la enfermedad.

Parecería que la vida nos estuviera dando una bofetada para que tomáramos conciencia de nuestra radical interdependencia, por encima de toda forma de afirmación de la autonomía personal. Somos tan interdependientes que necesitamos los unos de los otros para sobrevivir, para prevenir, para afrontar la enfermedad, para ayudarnos en las situaciones de sufrimiento. Unos relacionados con los otros.

Hablábamos del riesgo de colonización tecnológica y posible deshumanización a partir de tanta tecnología y… de repente, la tecnología de las comunicaciones se convierte en nuestro más fundamental aliado para poder hablar, relacionarnos, informarnos, apoyarnos en la fragilidad. No es posible visitarse, estar juntos. Es posible hablar, escribirse…, y el teléfono y el *e-mail* se convierten en nuestros mejores aliados

(con riesgo de sobreutilización) para mantenernos vinculados en el aislamiento y en la enfermedad.

18. Nunca tan desorientados

Teníamos manuales de orientación, referentes éticos para tomar decisiones, claves de valor para deliberar en situaciones complejas. Sabíamos de la complejidad de las situaciones de enfermedad, final de vida, duelo. Pero no sabíamos todo.

La pandemia ha introducido grandes novedades en nuestras vidas, una gran necesidad de seguir siempre buscando el norte en medio de las tormentas. Este ha sido y está siendo un huracán que se lleva por delante, sin mucho tiempo para discernir, a muchas personas, dejando mucha desolación sin ritos y sin esa belleza que somos capaces de poner los seres humanos al final de las vidas y en los procesos de duelo.

Cómo encarnar los valores, cómo realizar esas claves de bien que admiramos, cuando los intereses individuales y de los grupos pequeños quedan sometidos al gran bien de la salud pública, constituye un desafío insólito para la humanidad.

Un gran reto para la creatividad en las respuestas, para la unión en torno a un objetivo común. Nunca la salud ocupó de manera tan palpable, universal, central…, un lugar tan primordial en la atención de toda la humanidad.

19. Duelos insólitos

Veníamos trabajando sobre el duelo en las últimas décadas. Estudiando el fenómeno de adaptación al dolor por la pérdida de un ser querido… Veníamos tomando conciencia del valor de los ritos en la socialización del dolor y en la simbolización de lo sagrado y expresión de la esperanza. Y… de repente, los ritos se hacen imposibles, los difuntos son enterrados sin la presencia de más allá de un puñado de personas de entre los más íntimos.

Veníamos trabajando sobre el acompañamiento al final de la vida. Describiendo los procesos y subrayando la importancia de la dimensión espiritual, hecha de valores, sentido, trascendencia, creencias. Poníamos en su sitio a los agentes del acompañamiento espiritual y las necesarias competencias de los profesionales de la salud para diagnosticar las necesidades espirituales y poder acompañarlas y satisfacerlas. Y… de repente, se muere en soledad por imperativo legal de aislamiento y razones de salud pública.

Un gran vuelco. Una bofetada al trabajo de humanización en lo que rodea al final de la vida. Relegados a hacer del domicilio un tanatorio, del mundo virtual el único modo de compartir no solo el dolor por la muerte de un ser querido, sino el modo cruel de vivir el final.

20. Mi mayor enemigo

Como personalidad, soy ansioso, anticipatorio. Preparo las cosas con tiempo y eso me hace ser eficaz como profesional. Este es uno de mis puntos fuertes: la agilidad, la anticipación, la programación.

Ha sido también mi mayor enemigo. En mi mente, me anticipé a todo. A lo mejor y a lo peor. En las semanas primeras de la pandemia, me anticipé preparando unos apuntes sobre la esperanza y me dio tiempo a entregarlos, ya enfermo, pero en casa, a la editorial: «La esperanza en tiempo de coronavirus».

«Dos terceras partes de lo que vemos están detrás de nuestros ojos», dice un proverbio chino. Y es que, en efecto, vemos según nuestra mente, nuestros esquemas, nuestros juicios, gestos y estereotipos.

Pero también me dio tiempo a preparar mentalmente el peor escenario. Muy anticipadamente a mis primeros síntomas, hice una lista con los teléfonos de mi familia, mis amigos, mis compañeros… y dejé todo preparado para «con un clic» entregar la lista, que se titulaba «Si yo perdiera la capacidad de comunicar». Apreté esa tecla en el momento en que salía por primera vez a urgencias del hospital.

21. Mi testamento espiritual

No he podido evitar, como hijo de san Camilo, preparar mentalmente mi testamento espiritual. He redactado una y otra vez los términos y los diferentes párrafos. No lo he llegado a escribir, porque me parecía que, efectivamente, en el momento en que lo hiciera estaría entregando mi ánimo de forma definitiva. Un ánimo muy bajo por razones obvias, por la situación física.

Los términos de mi testamento iban en la línea de dejar claro que mi vida, si terminaba, no había sido corta, sino llena de sentido. Que no había por qué sufrir dramatizando, sino recordando y agradeciendo.

Visualicé lo peor, el tratamiento aséptico de mi pobre cadáver, la incapacidad de reunión para celebrar la vida y la muerte…, pero, sobre todo, sufrí por el sufrimiento de los demás, el sufrimiento de mis seres queridos, familiares, amigos, compañeros, religiosos… Sufría por su sufrimiento. Un sufrimiento anticipado y vicario. Lo peor de mi experiencia, lo más duro.

Imaginar a mis hermanos, a mis compañeros, las comunidades religiosas… sin ritos, sin funeral, sin encuentro, me parecía un caos de tal envergadura y crueldad que me hacía sufrir. Viví reiteradamente ese funeral difuso por mí mismo, funeral inexistente, dolor concentrado, atomizado, con forma de vil cuchillo devorador del equilibrio de mis seres queridos.

Este sufrimiento ha sido muy intenso en mí. Lo más duro. Muy duro. Amargamente doloroso. Liberarme de ello era una tarea que había de hacer con pensamientos compensatorios, opuestos, de dibujo en la imaginación de escenarios de retorno, mejoría, reconstrucción. Pero lo que tenía al lado, en la tele (hasta que la dejé de ver), en mi conciencia de «experto en duelo» –diría yo–, no era tan favorable para pensar solo en el escenario de mejoría.

Las tentaciones en la gestión del pensamiento han sido reiteradas. El miedo a volver atrás estaba focalizado tanto en este asunto del duelo de mis seres queridos como en la incertidumbre de contar con suficientes recursos para afrontar una recaída: tanto internos como externos, tanto físicos como emocionales, tanto relacionales como espirituales. Miedo al abatimiento ese que sentí varios días en la cama, experimentando mi cuerpo como un plomo hundido en el colchón.

22. Recursos espirituales

A lo largo del proceso, me voy uniendo espiritualmente a claves de valor, a los demás en fraternidad y a Dios.

Me he centrado en la clave de la esperanza. El estudio y la reflexión me van ayudando. Mi insistencia en su vinculación con la paciencia, la tenacidad, el coraje, la perseverancia, el abandono… han sido claves que me han servido y me siguen sirviendo. Me han servido para cultivar la confianza en los demás; en que, en todo caso, seré cuidado en función de mis necesidades y, en último término, me tendría que abandonar totalmente.

Recitar algunas oraciones, entonar el himno a san Camilo, escuchar alguna canción sobre la esperanza, me ha reforzado. También imaginar espacios de la naturaleza, jugando con la imaginación para soñar que mi paseo por la habitación del hospital era por el Retiro de Madrid, o que mi mesa de comer de hospital era una terraza en un pintoresco pueblo…

Antes de que iniciase mi proceso, al ver el sufrimiento de los demás, pensé que un modo de ayudarles era crear una oración de un minuto para compartir por las noches, pasadas las diez, en clave de acción de gracias. Esta clave me pareció oportuna. Prepararlas en grupo de varias, pensando en compartir una cada día, me ayudó. Me reforzó ver que cada vez más me contaban cómo se pasaban a grupos diferentes y cada vez eran más los que respondían «amén» o me decían que rezaban en familia para terminar el día con el minuto de oración que yo había preparado. Aun estando en el hospital, pude enviarla a la misma hora cada día y crear nuevas, con mucho temblor en las manos, para grabarlas. Esta cadena de oración me ha reforzado porque me ha permitido ayudar a cultivar la interioridad, en clave de esperanza, compartida con otros. Me convertí en el provocador de una asamblea orante.

23. Orar sin pedir

Orar es presentar a Dios nuestra vida, reconocer que Él está presente en ella, darle espacio y entablar algún tipo de diálogo confiado, como de amigos, nacido de la intimidad, de la verdad.

Sobre la oración de petición, me ha tocado leer y hablar. Soy fan de Torres Queiruga y su planteamiento. Lo reconozco, también yo, limitado. Pero esa insistencia en no «usar a Dios» o esperar que intervenga de manera extraordinaria, saltándose las leyes de la

naturaleza, siempre me ha parecido interesante. En lugar de pedir, desear; en lugar de decir a Dios lo que tiene que hacer, reconocerle presente misteriosamente en la historia.

Sé que hay opiniones para una cosa y para la otra. E incluso que «no pedir a Dios» puede ser un acto de orgullo, soberbia… Sea como sea, mi sencilla –y no abundante– oración es en clave de acción de gracias a Dios por la vida. Le cuento lo que cuenta para mí, lo que es importante, aquello por lo que quiero comprometerme, aquello que deseo.

Pedir la intercesión de san Camilo («San Camilo, ruega por nosotros») es una fórmula que me resulta cómoda para conectarme espiritualmente con este gigante de la caridad y todo el movimiento de solidaridad y humanización generado desde su conversión, en el siglo XVI.

Sin querer dar lecciones a nadie, simplemente siento que Dios, presente en lo más íntimo de nuestra intimidad, no necesita ser informado, ni presionado, ni provocado para una intervención fuera de las leyes de la naturaleza. Yo sí, yo necesito reconocerme vinculado a Él, y por eso me dirijo a Él y le cuento. También las oraciones tradicionales son buenas. El avemaría, por lo que tiene de repetición que puede generar bondad en el ánimo y distracción de los malos pensamientos. El padrenuestro ya son palabras mayores.

24. Incertidumbre

La primera conversación con dos amigas que quisieron llamarme la atención sobre las decisiones que tomara en el centro, dada la gravedad de la situación, estuvo centrada, por mi parte, en la incertidumbre y la situación cambiante cada día.

La incertidumbre nos genera inseguridad, falta de control, dificultad para programar o tomar decisiones a medio plazo y, por supuesto, a largo. La incertidumbre nos hace estar particularmente pendientes de la novedad, dispuestos a los cambios, abiertos a la creatividad, a lo inédito viable, a lo que nunca pensamos en el pasado ni tampoco aún en el presente.

Vivir sanamente la incertidumbre ha supuesto para mí abrirme a la novedad, disponerme a no controlar más que lo posible, entregar mucho de mi confianza en los demás, en la naturaleza, en las personas, en Dios.

La incertidumbre puede dar paso al miedo. No. No es malo el miedo. Es una situación de alerta ante la amenaza que, si no es alimentada, nos permite prepararnos, aumentar la atención, prever, en medio de lo posible, la defensa que podemos arbitrar.

25. El herido sanador

Uno de los momentos más angustiosos de mi enfermedad fue el día que recibí un audio de una compañera de trabajo del Centro San Camilo. Su marido estaba grave y «muriéndose solo en el hospital». Ella, en casa. Me grabó el audio de desesperación, en el que decía expresamente: «Mi marido se está muriendo solo en el hospital y yo aquí. Ayudadme. Haced algo, por favor». La inmensidad de tristeza, impotencia e indignación

que yo sentía tenía tanta envergadura que no se puede medir.

Naturalmente, respondí. Por escrito. Enviando varias veces un mensaje así: «Te abrazo», «te abrazo tiernamente», «te abrazo cariñosamente». Y nada más.

Días antes, la psicóloga me había pedido que grabara una oración en un audio para ella porque estaba desesperada. Desplegué mi empatía –hasta donde soy capaz– y puse palabras a aquello que yo sentía que podía habitarle el corazón para dirigírselo a Dios. Se lo envié con mucha humildad y sentimiento de impotencia. Pero con muchísima ternura.

Su marido murió. Fue terrible para mí saberlo estando yo enfermo. Insistí en el envío de abrazos. También había preparado una oración con uno de mis compañeros para otra compañera que perdió a su padre, en vista de que no podrían celebrar ritos. Una oración de exequias en una eventual «asamblea virtual». Se la mandé.

Lo más reconfortante para mí fue cuando, después de algún día del fallecimiento de su marido, me escribió dándome ánimo. Varios días. Me envió un vídeo de unos delfines. Me pareció tan elegante y sanador (para ambos) que, naturalmente, me conmovió. Desde el profundísimo dolor propio, le quedaba energía herida para lanzar un mensaje sanador.

26. Dios, más presente que nunca

En este contexto, nunca he dudado que Dios estuviera presente. Más visible que nunca. Nunca ha surgido en mí la pregunta «¿por qué?» o «¿por qué a mí?», preguntas tan traídas y llevadas en la teología, de la mano de Job y de la teología del sufrimiento.

Siempre he aceptado que formaba parte de la naturaleza, del azar y de la real exposición a la presencia del virus en mi entorno (también centro de mayores).

Y a Dios le he sentido presente, sufriente, gritando, generando dinamismos de bien y salud, de recuperación y de consolación. Parecería que ahora sí, el templo más importante es el cuerpo roto del enfermo; el que más reclama nuestra adoración, nuestro servicio, nuestra liturgia. Una liturgia del encuentro tan importante en la búsqueda de la salud y en la travesía de la enfermedad, de la cruz.

Los pensamientos vinculados a la pasión de Jesús no me resultaban reconfortantes. La vieja exhortación a pensar en lo que sufrió Jesús no me resultaba, para nada, consoladora, justamente por mi facilidad para identificarme (quizá neuronas espejo) y el efecto que tiene sobre mí. La angustia, en esos intentos de pensamiento y asociación con la pasión, me aumentaba.

Vivo habitado por la esperanza de que el momento en que me encuentro sea camino hacia el bienestar y la salud, y con ese pequeño temor de que pueda haber retrocesos. Doy gracias a Dios por la vida de cada día, por lo pequeño, por las personas que me quieren, a las que voy amando.

22 de abril de 2020

[*] Escrito originalmente en lengua española.

6

Una experiencia con la covid-19 en Nueva York[*]

MARK-DAVID JANUS, CSP

Os voy a contar cómo sobreviví a la covid-19. Mi historia no es más que una entre muchas, cada una de ellas singular en cuanto a la configuración de los síntomas, la respuesta corporal o el acceso a asistencia médica. Hay cientos de miles de historias que algunas personas no han vivido para contar. Tendrán que contarlas sus allegados, que hoy lloran la muerte de sus seres queridos.

Mi historia comienza con el ataque del virus, rápido, sin previo aviso, y que me dejó desvalido a las pocas horas. Dado que vivo en Nueva York, no me tendría que haber cogido por sorpresa. Las noticias amenazaban con la llegada del virus. Primero China, luego Europa, Seattle… Que alcanzara Nueva York solo era cuestión de tiempo. La gente se preparó como si se tratara de una tormenta de nieve, acumulando grandes cantidades de provisiones, igual que si fuese un fin de semana largo. Se trataba de un virus más contagioso que otros, que podían incluso contagiar las personas asintomáticas; así que la gente empezó a trabajar desde casa. Se canceló el desfile de San Patricio de Nueva York. Acontecimientos deportivos, conciertos, óperas, *ballets*, hasta los teatros de Broadway bajaron el telón. Todos los encuentros sociales se aplazaron hasta que la tormenta amainara.

Tenía un fuerte resfriado, pero me fui a la cama sin preocuparme, relajado, con ganas del día siguiente. Al cabo de pocas horas me desperté con fiebre, escalofríos, sudores, una sed constante. Me dolían el pecho, la frente y la espalda. Me ardía la parte superior de la cabeza. No tenía control alguno sobre mi cuerpo. Perdí la noción del tiempo, los días se entremezclaban, el agotamiento se volvió confusión y después delirio. No tenía ni idea de en qué día vivía, no tenía ni idea de si las semanas transcurrían, ni me preocupaba. Tan solo me preocupaba hallar una postura que me permitiera descansar sin dolor. Mi comunidad religiosa[1] llamó a un médico para que acudiera a mi domicilio excepcionalmente. El médico estaba seguro de que tenía el virus, pero no pudieron hacerme el test debido a la falta de test. No había ningún tratamiento específico y, como podía respirar y tenía bien la presión sanguínea, me iban a tratar en casa, aislado en una

cuarentena estricta y con medicamentos para aliviar los síntomas. Si la respiración empeoraba y aumentaba el dolor, tendrían que hospitalizarme inmediatamente.

Durante la primera semana de la enfermedad no pensé en si viviría o moriría, ni pensé en si me recuperaría. Estaba demasiado agotado como para angustiarme. Mi cuerpo se centraba en huir del dolor y sobrellevar la fiebre. No tenía tiempo para ser consciente de mi situación ni para el miedo. Mis únicas referencias temporales eran las sensaciones de la enfermedad, los breves alivios que me concedía el sueño y los ratos de delirio, un regalo que me permitía escapar del sufrimiento. No entendía qué le sucedía a mi cuerpo. No tenía fuerzas para rezar.

A partir de la segunda semana de la enfermedad, mi suerte cambió. Los medicamentos hicieron efecto y, poco a poco, atenuaron los síntomas lo suficiente como para dejarme dormir. El virus empezaba a salir de mi cuerpo sin que me hubiera afectado la devastadora deficiencia respiratoria que enviaba a la gente al hospital o a la tumba. Mi comunidad religiosa me permitió dedicar las pocas energías que me quedaban a ponerme bien. No tenía que preocuparme por mi sustento ni por el de mi familia. Tampoco tenía que preocuparme por si me quedaba sin trabajo. Las santas hermanas religiosas[2] de la rectoría me llamaban a la hora de las comidas, me animaban, me preparaban comida que mi sistema digestivo pudiera tolerar y me la dejaban en la puerta de la habitación, completamente aislada.

A medida que los síntomas remitían, aumentaba la conciencia de mí mismo y, con ella, la conciencia de que no estaba solo. Sabía cada vez más de la presencia de aquellos que me protegían. Casi como si se tratara de un sacramento, muchas personas me ungían cada día a través del móvil, con mensajes que se saltaban la cuarentena a base de atenciones, preocupación, amor, y siempre con promesas de oraciones. Los correos electrónicos se convertían en anuncios angélicos que decían «¡No tengas miedo!». Puesto que me resultaba muy difícil hablar, la gente me escribía mensajes de texto y correos electrónicos: mi hermana varias veces al día, miembros de la comunidad religiosa, mis amigos, los feligreses; todos ellos me expresaban su amor y rezaban por mí. Mis amigos de Facebook también se organizaban para quedar y rezar en línea. Cuando no pude orar por mí mismo, lo hicieron todas estas personas. Sus oraciones respiraron por mí. Siguen haciéndolo.

Poco a poco dejé de sentirme presa del virus. No me iba a obstruir los pulmones. Me dejaba dormir. Me permitía recuperar la consciencia y notar cómo los sentidos se me iban despertando. Estaba débil, pero iba a sobrevivir. Vi en las noticias que el virus había creado una comunidad mundial de los que lo padecían como yo, que fui uno de los más afortunados. Constantemente oía las sirenas de las ambulancias que llevaban a urgencias a los que estaban más graves que yo. Estos enfermos eran parte de mí y, sin pensarlo, sin palabras, rezaba por todos nosotros. Espontáneamente me vino a la cabeza el rezo pascual, el *Regina Coeli*, y, con esa música que acudió sin yo invocarla, encomendé a los enfermos –a mí incluido– a lo que Dios quisiera para nosotros.

Mi primera oración, de nuevo plenamente consciente, fue ver al papa Francisco rezando en una plaza de San Pedro desolada y desierta. No recuerdo nada de lo que dijo,

ni las palabras de sus oraciones, pero tengo grabada la imagen de su figura, sencilla y austera, sentada bajo la lluvia, en soledad, rezando por todos nosotros, por los que han muerto, por los que han perdido a sus seres queridos, por el personal sanitario, por los que se han recuperado, por mí mismo. Mientras miraba la plaza, sentado, me asaltó un recuerdo de mi infancia. Me vino a la cabeza una imagen de mi padre, en Jueves Santo, cogiéndome de la mano para asistir al oficio de la parroquia del Santo Redentor. Las ceremonias eran ostentosas, con coros, procesiones, el altar al descubierto, el tabernáculo abierto con el Sacramento reservado sobre el altar. Los niños del barrio cogían de los jardines todas las flores que podían para engalanar el sagrario. No sabía por qué estábamos sentados o arrodillados ante el altar lateral. «Aquí está Jesús, preso tras ser detenido, y tenemos que hacerle compañía»: así me lo explicó mi padre. Fuimos andando a iglesias que estaban en barrios adonde no me dejaban ir: San Miguel, Santa Teresa, San Josafat, San Marcos, San Enrique, San Estanislao. Visitábamos a Jesús en los altares laterales de cada iglesia, siempre representado tras una reja, pronunciábamos una oración y le hacíamos compañía. En la basílica de San Pedro, el papa Francisco estaba sentado ante el Santísimo Sacramento, haciendo compañía a todos los presos de la covid-19. Me senté junto a él. El papa Francisco bajo la lluvia, y yo desde mi lejano sillón, unidos en su oración por todos nosotros.

Esa noche, y la mañana siguiente, y todos los días posteriores, recé por los enfermos, por las personas que les cuidaban, por los que habían fallecido, por sus seres queridos, por los que han perdido el trabajo y están preocupados, nerviosos por conservar su casa, encontrar comida y, en definitiva, salir adelante. Desde ese momento me persigue una pregunta. ¿Por qué yo? ¿Por qué me recupero cuando muchos otros no pueden? ¿Qué significado puede tener esto? No me malinterpretéis. No creo que Dios mate a algunos y salve a sus predilectos. Dios nos ama a todos por igual, puesto que nos creó por amor y para el amor; fuimos creados, tal como Jesús nos dice, para la vida en toda su plenitud. Quizá no haya ninguna razón por la que yo contrajera una cepa del virus menos virulenta, mientras que almas más santas y sacrificadas sufrían su versión más mortífera. Tuve miedo por primera vez, miedo a la fragilidad de la vida, la vida que a unos les es concedida y a otros, segada. Este miedo me enseñó que, mientras no sepa por qué yo estoy vivo y otros no, es responsabilidad de los vivos rezar por los que han muerto y por los que lloran a sus muertos.

Al cabo de unos días iba a ser Domingo de Ramos y, después, la Semana Santa, una Semana Santa diferente de cualquier otra, una Semana Santa tan peligrosa que impedía a la gente rezar en la iglesia. Durante la cuarentena yo tampoco podía ir a la iglesia. Tuve que hacer lo que jamás había hecho en mis cuarenta y un años de sacerdocio: celebrar una misa privada. Un hermano sacerdote me dejó en la puerta de la habitación los enseres para oficiar una misa, y el Domingo de Ramos celebré una eucaristía que me costará olvidar. Me invadió un profundo sentimiento de gratitud al entender que me había sido dado el regalo de la vida: no solo se trataba de haber sobrevivido, ¡sino de estar vivo! Vertí mi agradecimiento en las lecturas, la Pasión, las palabras de la liturgia. Oficié la misa con lentitud y la ofrecí, profundamente agradecido, por todos aquellos que

respiraron en mi lugar con sus oraciones y con su amor; pedí por todos los que me habían estado protegiendo y cuidando durante la cuarentena y recé por todos los que sufrían en soledad, los que morían solos, recé por los que no se podían despedir de sus seres queridos ni enterrarlos. Al recibir la eucaristía, en comunión con Jesús resucitado, estaba también en comunión con todos aquellos a los que ama Jesús crucificado. La última bendición fue una bendición de Dios para la ciudad que yo observaba desde la ventana de la habitación. Soy predicador. Tratando de comprender los susurros del Espíritu Santo, publiqué una homilía digital para la ciudad en cuarentena[3].

«Sucedió todo rápido, muy rápido.
Aquel domingo fue feliz, triunfal.
El jueves por la noche nos reunimos
para pasar la Pascua judía en compañía.
A la noche siguiente, murió y unos desconocidos lo enterraron.
Todo se acabó en cinco cortos días.
Hoy la Pasión según san Mateo me aflige
como jamás lo había hecho.
Ahora, sin embargo, todo pasa muy rápido.
La gente enferma y muere y no nos damos cuenta.
En Tom River, la matriarca de una gran familia italiana
ha muerto sin saber que antes de ella
también dos de sus hijos fallecieron.
Esta semana en Nueva York
ha muerto una doctora en los brazos de su esposo,
los enfermeros se han hecho batas con bolsas de plástico
y los médicos han caído rendidos en sus turnos.
La gente se queda sin trabajo:
no hay dinero para pagar el alquiler,
ni comida, ni abrazos, ni futuro.
Un lunes fui a trabajar
y esa misma noche caí enfermo;
y lo siguiente que supe –o no supe–
es que era domingo. ¿Qué domingo?
Nos pasó todo aquello en una sola semana.
China, Milán, España y Nueva York…
No hubo tiempo para prepararse, para reaccionar,
para pasar el luto, ni siquiera para pensar en el futuro.
Hasta para Jesús, el mundo acaba pronto.
Las palmas que portemos este domingo no nos consolarán.
Nos consolará saber que la velocidad
con la que el repentino desastre nos llegó,
la velocidad del duelo y sufrimiento,
también la padeció Jesús en la cruz,

que a velocidad de vértigo nos devuelve a la vida
tal como Él fue resucitado,
sin tiempo más que para amar.
Amén».

El virus redujo mi vitalidad a una mera cáscara, que tardó más de lo que esperaba en rellenarse. Las noticias de las muertes en todo el mundo penetraban las paredes de mi cuarentena y me angustiaban durante las largas horas de mi recuperación. El número de muertos en Nueva York no dejaba de crecer. El teletrabajo y la distancia social se convirtieron en lujos fuera del alcance de la mayoría, y los más vulnerables eran también desproporcionadamente numerosos entre los muertos. Las residencias de ancianos no podían atender a sus enfermos, que enseguida engrosaron las torrenciales cifras de muertos. Lo que se ocultó en Wuhan se revelaba en toda su envergadura como una enfermedad que invadía Europa, Gran Bretaña, Irlanda, Canadá y alcanzó finalmente la India y Pakistán. También infectada, la economía mundial se colapsó y la carestía crecía en África, Sudamérica, la India, las Filipinas. En los Estados Unidos se alcanzaron tasas de desempleo que no se veían desde la Gran Depresión de la década de 1930. Me sentía desvalido no solo por el estado de mi cuerpo, sino también por cómo estaban mi país y mi mundo.

En el momento en que escribo estas líneas, el virus todavía no está controlado. Aunque en ciertos lugares han conseguido disminuir su avance, en otros los contagios se propagan a gran velocidad. En mi país, las pruebas son escasas, y la vacuna, una esperanza lejana que quizá no llegue hasta dentro de varios años. Parece claro que no volveremos a abrir si no nos reinventamos, empezando de nuevo, asumiendo que dictará los parámetros de nuestra nueva vida un enemigo al que no hemos vencido y cuyo regreso tememos.

Las iglesias están cerradas. La gente no puede visitarnos, ni nosotros a ella. A pesar de que nos esforzamos por retransmitir la misa y predicar el Evangelio, tan solo llegamos a algunos de nuestros feligreses. ¿Cómo se puede ser católico sin la comunidad, sin la eucaristía? Aun así, hacer lo que mejor se nos da es infeccioso, un peligro para el pueblo de Dios. Soy un sacerdote ordenado para la palabra, para el sacramento y para el servicio, y las estructuras de este ministerio se encuentran vetadas y su futuro es incierto. La vulnerabilidad se vuelve frustración, y la frustración, rabia. Cuanto más dure la pandemia, más presente se hará la rabia, una rabia más mortífera que la propia covid-19.

La frustración, el duelo y la rabia nos pueden cegar y, envueltos entre su niebla, nos impiden ver a Jesús resucitado. Resulta más difícil creer en la Pascua cuando no se celebra. Escuchando estas palabras del cardenal Carlo Martini, me di cuenta de que había estado buscando la Pascua siempre en lugares equivocados:

«Dios no hace ningún milagro para salvar a Jesús de la muerte; este Dios está con Jesús, se pone de parte de Jesús, da la razón a Jesús. No a través de espectaculares milagros poderosos, sino en el estar con cada uno de nosotros en nuestras pruebas, en

> hacernos compañía en nuestra soledad, en el estar junto a nosotros en nuestra agonía, con la esperanza de una vida para siempre. Dios se muestra “Dios con nosotros”, igual que se ha mostrado Dios y Padre del Señor Jesús. Dios está donde se sufre como Jesús, donde se muere como Jesús, donde se vive y se sufre por amor, por la verdad, por la justicia, por los pobres, para disminuir los sufrimientos del mundo. Este es el Dios de Jesús que se proclama en la resurrección de Jesús»[4].

El virus ha cerrado las estructuras de la Iglesia, pero no ha drenado la vida de la Iglesia, entendida esta como el pueblo de Dios. Cada tarde, la gente de todo el mundo sale a los balcones, abre las ventanas o baja a los portales para aplaudir el amor y el sacrificio de todos los que trabajan en la atención sanitaria: médicos, enfermeros, internistas, camilleros, celadores, conductores de ambulancias. Su amor y sacrificio son palpables. El Espíritu de Jesús resucitado respira a través de ellos.

El Espíritu respira a través de las acciones piadosas y compasivas que han emergido con la pandemia. Pienso en las noticias, prácticamente diarias, de casos de personas que van a hacerles la compra a sus vecinos. Los dueños de los restaurantes que han bajado la persiana y ahora cocinan para los que no tienen nada que comer. La gente que dedica su tiempo de cuarentena a coser mascarillas para los que las necesitan. Los empresarios que han reconvertido sus fábricas y ahora producen desde batas hasta respiradores para los hospitales.

Lo ordinario se ha vuelto ahora heroico, con conductores de autobús y de metro, dependientes de supermercados, transportistas, camioneros, policías y bomberos que a diario se arriesgan al exponerse al contacto del virus. Su trabajo garantiza que todos los demás podamos seguir trabajando, comprar la comida y estar protegidos. Los profesores tienen que preparar las clases en línea para unos alumnos que no pueden salir de casa. Los padres están confinados con sus hijos; los esposos, en estrecha convivencia; los compañeros de piso no pueden salir a airearse; todos ellos demuestran una gran paciencia, amabilidad y la gentil disposición a perdonar y a entregarse con generosidad. Los amigos se esfuerzan por estar juntos de las maneras más diversas a pesar de la distancia impuesta. Las funerarias, tristemente, ahora tienen que encargarse de honrar los cuerpos de los muertos y enterrarlos en nombre de sus seres queridos. El papa Francisco se refiere a estas acciones como «santidad de lo cotidiano». Se trata de manifestaciones de Jesús resucitado en la vida diaria. No poder ir a la iglesia, a la sinagoga o a la mezquita no ha impedido que la gente insuflara santidad al mundo, un mundo golpeado por el virus.

La historia que os cuento concluye con una lección. Un virus inapreciable para el ojo humano nos está enseñando lo frágiles que somos, y que vivimos en estrecha relación unos con otros. Este vínculo no solo es una ocasión para la enfermedad, sino que también es una oportunidad para la comunión. Al fin y al cabo, solo estamos vinculados con Dios gracias al amor. Jesús resucitado permanece unido a nosotros por el amor, un amor que nos une a todos mediante unas vidas de servicio, piedad y compasión. Así es como venceremos al virus y reconstruiremos el mundo.

[*] Título original: «Experiencing Covid-19 in New York City».

[1] Soy miembro de la Sociedad de Sacerdotes Misioneros de San Pablo Apóstol, conocidos como padres paulistas, la primera orden religiosa masculina de los Estados Unidos.

[2] Las Hermanas Oblatas de Jesús Sacerdote se dedicaban a rezar por los seminaristas y sacerdotes y a atender sus necesidades.

[3] Dr. Mark-David Janus, CSP. Domingo de Ramos, 2020.

[4] Carlo MARTINI, *Discípulos del Resucitado*, PPC, Madrid 2016.

Epílogo

WALTER KASPER

Como una tormenta que descarga de repente, la crisis del coronavirus nos ha sorprendido y ha cambiado súbitamente el mundo y nuestra vida personal. Ha destruido muchas vidas, casi ha paralizado por un tiempo la vida de la sociedad, también la vida pública de la Iglesia, y nadie se atreve a decir cómo y cuánto tiempo va a proseguir esta crisis. Lo único seguro es que después no va a ser lo mismo que antes.

Esta situación global, única en su género, es la que pretende abordar este libro. No puede ni quiere entrar en todas las numerosas y múltiples cuestiones. ¿Quién podría hacerlo? Se limita a preguntas existenciales que nos conciernen como seres humanos y como Iglesia. Cada uno de los autores que han colaborado escribe desde su experiencia personal de las semanas y meses últimos, desde su visión cristiana de las cosas y bajo su propia responsabilidad. Es normal que se pongan acentos diversos. Común a todas las colaboraciones es su alejamiento de teorías extremas sin sentido, así como de la utopía de que tras la crisis se reinvente, por así decir, el ser cristiano y la Iglesia.

Todas las colaboraciones entienden la crisis en el sentido que el papa Francisco expresa en su prólogo. La crisis nos ha hecho cobrar nueva conciencia de nuestra índole finita, vulnerable y mortal. Es una señal de alarma que nos llama a cambiar de mentalidad, a la conversión y renovación. Nos invita a sacar de nuevo de la fuente de la vida esperanza, valor, fortaleza y alegría, y con ello acompañar a las numerosas personas a las que la crisis ha puesto en dificultades y en gran necesidad.

Agradezco a todos los autores, también en nombre del P. George Augustin, la rapidez con que se han declarado dispuestos a colaborar. Gracias a la editorial Sal Terrae por haber puesto en marcha este libro tan rápido como era posible, a pesar de las restricciones impuestas por la crisis. El papa Francisco ha sido el más rápido de todos los coautores: en solo tres días dio respuesta inmediata a la solicitud del prólogo. A él en especial le transmito mi gratitud.

Los autores

GEORGE AUGUSTIN, SAC

Doctor en Teología. Catedrático de Teología Dogmática y Fundamental en la Escuela Superior de Filosofía y Teología de Vallendar (Alemania). Acompaña espiritualmente a sacerdotes en la diócesis de Rotemburgo-Stuttgart.

JOSÉ CARLOS BERMEJO, MI

Doctor en Teología Pastoral Sanitaria. Delegado General de la Provincia Española de los Religiosos Camilos. Director del Centro de Humanización de la Salud (Tres Cantos, Madrid).

BRUNO FORTE

Doctor en Teología. Arzobispo de Chieti-Vasto.

TOMÁŠ HALÍK

Doctor en Teología. Profesor de Sociología en la Universidad Carolina y rector de la iglesia universitaria de San Salvador en Praga.

MARK-DAVID JANUS, CSP

Doctor en Teología. Presidente y editor de Paulist Press (Nueva York).

WALTER KASPER

Doctor en Teología y cardenal. Presidente emérito del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos (Roma).

Índice general

Índice